

Seix Barral Biblioteca Breve



Pedro Lemebel

Tengo miedo torero



Tengo miedo torero



Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel
Tengo miedo torero

Este libro surge de veinte páginas escritas a fines de los ochenta y que permanecieron por años traspapeladas entre abanicos, medias de encaje y cosméticos que mancharon de rouge la caligrafía romancera de sus letras. Aquí entrego esta historia y se la dedico con inflamado ardor a Myrna Uribe (LA CUENTA MYRNA), pequeño epicentro esotérico, que con su relajo poético alejó la tarde del coyote. A Cecilia Thauby (LA CECI), nuestra heroína enamorada. A Cristián Agurto (EL FLACO). A Jaime Pinto (EL JULIO). A Olga Gajardo (LA OLGA). A Julio Guerra (EL PATO), se me aprieta el corazón al recordar sus ojos mansos y su figura de clavel estropeado, agujoneado de balas por la CNI en el departamento de Villa Olímpica. A Oriana Alvarado (LA JULIA). A la vieja del almacén, copuchenta como ella sola, pero una tumba a la hora de las preguntas. Y también a la casa donde revolotearon eléctricas utopías en la noche púrpura de aquel tiempo.



COMO DESCORRER UNA CASA sobre el pasado, una cortina quemada flotando por la ventana abierta de aquella casa la primavera del '86. Un año marcado a fuego de neumáticos humeando en las calles de Santiago comprimido por el patrullaje. Un Santiago que venía despertando al caceroleo y los relámpagos del apagón; por la cadena suelta al aire, a los cables, al chispazo eléctrico. Entonces la oscuridad completa, las luces de un camión blindado, el párate ahí, mierda, los disparos y las carreras de terror, como castañuelas de metal que trizaban las noches de fieltro. Esas noches fúnebres, engalanadas de gritos, del incansable «Y va a caer», y de tantos, tantos comunicados de último minuto, susurrados por el eco radial del «Diario de Cooperativa».

Entonces la casita flacuchenta era la esquina de tres pisos con una sola escalera vertebral que conducía al altillo. Desde ahí se podía ver la ciudad penumbra coronada por el velo turbio de la pólvora. Era un palomar, apenas una barandilla para tender sábanas, manteles y

calzoncillos que enarbolaban las manos marimbadas de la Loca del Frente. En sus mañanas de ventanas abiertas cupleteaba el «Tengo miedo torero, tengo miedo que en la tarde tu rúa flote». Todo el barrio sabía que el nuevo vecino era así, una novia de la cuadra demasiado encantada con esa ruínosa construcción. Un mariposuelo de cejas frunciadas que llegó preguntando si se arrendaba ese escombros terremotoado de la esquina. Esa bambalina sujeta únicamente por el arribismo urbano de tiempos mejores. Tantos años cerrada, tan llena de ratones, árnimas y murciélagos que la loca desalojó implacable, plumero en mano, escoba en mano rajando las telarañas con su energía de marica falsete entonando a Lucho Gatica, tosiendo el «Bésame mucho» en las nubes de polvo y cachureos que arrumbaban en la cuneta.

Solamente le falta el novio, cuchicheaban las viejas en la vereda del frente, siguiendo sus movimientos de picaflores en la ventana. Pero es simpático, decían, escuchando sus líricas pasadas de moda, siguiendo con la cabeza el compás de esos temas del ayer que despertaban a toda la cuadra. Esa música alharaca que en la mañana sacaba de la cama a los maridos tranochados, a los hijos vagos que se enroscaban en las sábanas, a los estudiantes flojos que no querían ir a clases. El grito de «Aleluya», cantado por Cecilia, esa cantante de la Nueva Ola, era un toque de diatna, un canto de gallos al amanecer, un alarido

musical que la loca subía a su tope máximo. Como si quisiera compartir con el mundo entero la letra cursi que despegaba del sueño a los vecinos con ese «Y... y tu mano to-o-o-mará la mio-a-a-a».

Así, la Loca del Frente, en muy poco tiempo, formó parte de la zoología social de ese medio pelo santiaguino que se rascaba las pulgas entre la cesantía y el cuarto de azúcar que pedían fiado en el almacén. Un boliche de barrio, epicentro de los cotorros y comentarios sobre la situación política del país. El saldo de la última protesta, las declaraciones de la oposición, las amenazas del Dictador, las convocatorias para septiembre. Que ahora sí, que no pasa del '86, que el '86 es el año. Que todos al parque, al cementerio, con sal y limones para resistir las bombas lacrimógenas, y tantos, tantos comunicados de prensa que voceaba la radio permanente.

COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO,
MANOLA ROBLES INFORMA.

Pero ella no estaba ni ahí con la contingencia política. Más bien le daba susto escuchar esa radio que daba puras malas noticias. Esa radio que se oía en todas partes con sus canciones de protesta y ese taracán de emergencia que tenía a todo el mundo con el alma en un hilo. Ella prefería sintonizar los programas del recuerdo: «Al compás del corazón», «Para los que fueron lolos», «Noches de arrabal». Y así se lo pasaba

tariles enteras bordando esos enormes manteles y sábanas para alguna vieja aristócrata que le pagaba bien el arácnido oficio de sus manos.

Aquella casa primaveral del '86 era su tibieza. Tal vez lo único amado, el único espacio propio que tuvo en su vida la Loca del Frente. Por eso el afán de decorar sus muros como torta nupcial. Embutinando las cornisas con pájaros, abanicos, enredaderas de nonneobides, y esas mantillas de Manila que colgaban del piano invisible. Esos flecos, encajes y joropos de tul que envolvían los cajones usados como mobiliario. Esas cajas tan pesadas que mandó a guardar ese joven que conoció en el almacén, aquel muchacho tan buenmozo que le pidió el favor. Diciendo que eran solamente libros, para literatura prohibida, le dijo con esa boca de azucena mojada. Con ese timbre tan macho que no pudo negarse y el eco de esa boca siguió sonando en su cabecita de pájara oxigenada. Para qué averiguar más entonces, si dijo que se llamaba Carlos no sé cuánto, estudiaba no sé qué, en no sé cuál universidad, y le mostró un carné tan rápido que ella ni miró, cautivada por el tinte violáceo de esos ojos.

Las tres primeras cajas se las dejó en el pasillo. Pero ella le insistió que ahí molestaban, que las entrara al dormitorio para usarlas de velador y tener donde poner la radio. Si no es mucha la molestia, porque la radio es mi única compañía, dijo arrebolada con cara de cordera huachta, mirando las chispas de sudor que encintaban su

frente. Las restantes las fue distribuyendo en el espacio vacío de su imaginación como si amañara un set cinematográfico, diciendo: Por aquí Carlos, frente al ventanal. No, Carlos, tan juntas no que parecen aludes. Mas al centro Carlos como mesitas raras. Paradas no, Carlos, mejor acostadas o de medio lado. Carlos para separar los ambientes. Mas arriba Carlos, mas a la derecha. perdón, quise decir a la izquierda. ¿Estás cansado? Descansemos un rato. ¿Quieres un café? Así, cual abejorro zumbón, iba y venía por la casa empunhando con su estola de Sr. Carlos. No, Carlos. Tal vez, Carlos. A lo mejor, Carlos. Como si la repetición del nombre bordara sus letras en el aire arrullado por el eco de su cerámica. Como se pedía de esa lengua manchada obstinara en nombrarlo llamándolo tan riendo de saboreando esas sílabas mascando ese nombre. Tenandose toda con ese Carlos tan prohibido tan amplio ese nombre para quedar se toda sapito, arropada entre la C y la A de ese Carlos que iluminaba con su presencia toda la casa.

En todo ese tiempo fueron llegando cajas y más cajas cada vez más pesadas, que Carlos cargaba con su estola para ir. Mientras la obra levantaba nuevos muebles para el decorado de fundas y tapices que ocultaban el polvoso secreto de los sarcófagos. Después fueron las retenciones, a medianoche, al alba, cuando el barrio era un oleón de torquidos y pesos que uñaban a tapa suelta la Marsellesa del sueño. Fe-

pleno aguas era, estando. Llegaban esos amigos de Carlos a reunirse en el altillo. Y uno se quedaba en la esquina haciendo el leso. Carlos le había pedido permiso, entrecerrando la pestana de sus ojos. Luce. Son compañeros de universidad y no tienen donde estudiar, y tu casa y tu corazón son tan grandes. ¿Cómo negarse entonces si el morenazo la tiene toda empapada sudando cuando se le acerca. Además, los chiquillos que pudo ver eran jóvenes educados y bien parecidos. Podían pasar como amigos, pensaba ella sirviéndoles café, retocando el brillo de sus labios con la punta de la lengua, sacando baladas de amor que repetía la radio. *Tu me acostumbraste y por eso me preguntas*, y todas esas frases frías que desconcentraban la estrategia pensante de los chiquillos. Entonces ellos le contaban la inspiración cambiando el dial, señalizando ese horror de noticias.

COOPERATIVA ESTA LLAMANDO. VIOLENCIAS
INCIDENTES Y BARRIDAS SE REGISTRAN EN
ESTE MOMENTO EN LA ALAMEDA BERNARDO
O'HERRIN.

Al correr los tibios aires de agosto la casa era un chiche. Una escenografía de la Pergola de las Flores improvisarla con desperdicios y afines hollywoodenses. Un palacio oriental encielado con torlos de seda, crespas y mariposas vivas, pero temozarlos como augures del apocalipsis.

centuriones custodios de esa fantasía de loca tufipán. Las cajas y cajones se habían convertido en cómodos tronos, sillones y divanes, donde estaban sus huesos las contadas amigas maricas que visitaban la casa. Un reducido grupo de chicas que venía a tomar el te y se retiraba antes de que llegaran «los hombres de la señora», bromeaban insistiendo en conocer ese arsenal de músculos admiradores de la dueña de casa. Pero ella, ni ionta, recogía las tacitas, sacudía las migas y las acompañaba a la puerta del baño, a que los chiquillos no querían conocer más colas.

Ahí, las reuniones y el destile de hombres por la casa empowada fueron cada vez más asustosos. Cada día más ángeles subiendo y bajando la hilachenta escala que amenazaba decaerarse con el trote de machos. A veces ni siquiera Carlos podía subir al aludo y le embobnaba la perdia para que ella no viera a algunos tapados vultantes. Ni siquiera él podía participar de esas reuniones y le cerraba el paso cuando él a amablemente curiosa ofrecía calé. Porque deben estar muertos de frío allá arriba, decía mirando la cara insobornable de Carlos. Además, por que no puedo subir si esta es mi casa. Entonces Carlos bajaba la guardia y tomándola de los brazos le hundía aquella mirada de hiron en su ausencia de paloma. Son cosas de hombre, tú sabes que no les gusta que los molesten cuando están. Tiene un examen importante. Va van a terminar. Mira, siéntate, conversemos.

Carlos era tan bueno, tan dulce, tan amable
Y ella estaba tan enamorada, tan cautiva, tan so-
nambula por las noches e inertes que pasaba ha-
blando con él mientras terminaban las reunio-
nes. Largas horas de silencio mirando su fanga
de piernas olvidadas en el raso fucsia de los co-
pnes. Un silencio ~~en el opelo~~ rozaba su mejilla
azulada y sin alenar. Un silencio espeso, cabe-
ceando de cansancio iba a tumbarlo. Un silencio
aletargado de plumas, pesando de plomo su ca-
bera caía y ella atenta y él a toda algodón toda
delicadeza, estraba una almohada de espuma
para acomodarlo. Entonces esa textura, ese vo-
lante, ese plumereo del guante coliza que acer-
cándose a su cara iba a tocarlo. Entonces el so-
bresalto, la crispación de ese rizo eléctrico
despertándolo ~~paranoico~~ y amando a buscarse
algo urgente en el cosido, preguntando: ¿Que
ocurrió? ¿Qué pasó? Nada, te quedaste dormido.
¿Quieres una frazada? Bueno. ¿Todavía no han
terminado? No dejes que me duerma, hablame
de tu vida, tus cosas. ¿Tienes otro calc?

Así, separados por bastidores de humo, del
fumar y fumar chapando la vigilia, ella teja la
espera, hilvanaba trazos de memoria, pequeños
recuerdos fugaces en el acento ~~maritimo~~, de su
voz. Retazos de una errancia protubular por ca-
llejones sin nombre, por calles sucias arrastran-
do su enunada «vereda tropical». Su son mara-
co al vuvu de la noche al vergazo oportuno de
algún ebrio pareja de su baile, sustento de su

destino por algunas horas, por algunas ni-
etas, por compartir ese frío huacho a toda cachá
caliente. A todo refregon vagabundo que se
desquita de la vida liando con el sexo la mala
suerte. Y después un calzoncillo tieso, un cal-
cetín olvidado, una botella vacía sin mensaje,
sin rumbo, ni isla, ni tesoro, ni mapa donde en-
rielar su corazón golondrino. Su encrespado
corazón de niño colibrí, huérfano de chico al
morir la madre. Su nervioso corazón de ardilla
asustada al gruta paterno, al cortezo por sus cal-
gas marcadas por el cinturón reformador. Él
decía que me hiciera hombre, que por eso me
pegaba. Que no quería pasar vergüenzas, ni pe-
learse con sus amigos del sindicato gruñándole
por vo a había sido lallado. A él tan macho,
tan canchero con las mujeres, tan empujado con
las putas, tan burla la csa vez map meando. La
ardiente su cuerpo de elefante encima mio pun-
trando, ahogándome en la penitencia de esa
peza, en el desespero de aletear como pollo em-
paado, como pichón sin plumas, sin cuerpo. No
va a para existir el impacto de su nervio dur-
entrazándome. Y luego el mismo susabir del
no me acuerdo, el mismo calcetín olvidado, la
misma salina gotada de pecas os rojos, el mis-
mo ardor, la misma botella vacía con sus S O S
naufragando en el agua rosada del lavatorio.

Yo era un cacho amañonado que na madre
le dejó como castigo, decía. Por eso me daba
duro, obligándome a pelear con otros niños

Pero nunca pude defenderme, ni siquiera con
unos menares que yo me daban igual y corrías
trunfantes con el chocolate de mis narices en
sus paños. Del colegio lo mandaron llamar ve-
rras veces para que me viera un psicólogo, pero
él se negaba. La profesora decía que un médi-
co podía enronquecerme la voz, que solo un
necio podía aferrarse a esa caminata sobre hue-
vos, esos pasitos filí que hacían reír a los niños
y le desordenaban la clase. Pero él contestaba
que eran puras huevadas, que solamente el ser-
vicio militar iba a corregirme. Por eso al cum-
plir dieciocho años me fue a inscribir, y hablé
con un sargento amigo para que me dejaran en
el regimiento. A Carlos el sueño se le había eva-
porado y tomaba café cabizbajo. Hiciste el ser-
vicio militar, entonces?, preguntó mirando las
manos de alondra pesadas en las rodillas. Esas
hizo, ni soñando. Por eso me fui de su casa y
nunca más volví a verlo. Un sonido de pasos en
el ático indicaba que la reunión había termi-
nado. Mañana me cuentas la otra parte, dijo
Carlos como en secreto, al tiempo que se para-
ba largo y tan alto que ella lo miró hacia arriba
jugando con los flecos de la cortina.

*De mi pasado preguntas todo que como fue
Yo antes de amar debo tenerse fe
Dar por un quarter la vida misma, sin morir,
eso es carnis, no lo que hay en ti-*

LA PRIMAVERA HABÍA LLEGADO a Santiago como todos los años, pero esta se venía con vibrantes colores chorreando los muros de grafitis violentos consignas dictatorias, movilizaciones sindicales y murallas estudiantiles dispersas a paso guatemalteco. A todo penasazo los edificios de la universidad resisan el chorro mugriento de los paños. Y una y otra vez volvían a la carga tomando la calle con su ternura molotov inflamada de rabia. A bombazo limpio estaban la luz y todo el mundo comprando velas acaparando velas y más velas para encender las calles y cunetas para regar de brasas a memorias, para trazar de espas el olvido. Como si bajaran la cola de un cometa rozando la tierra en homenaje a tanto desaparecido.

Todos los años era lo mismo, tanto acumular energía para septiembre y después todo se va a agua. Y de septiembre a septiembre, el viento te levanta el mugor tal en preoxapat al bruto, que cada fin de semana, cuando ardía la protesta,

parva en la caravana de autos blindados a su casa de campo en el Cañon de Maipo. En esa quebrada florida cerca de Santiago, el sol primavera brillaba solo para él, leyendo estrategias para esas comarcas para controlar la rebeldía. En ese silencio pagareado de jilgueros, escuchaba los trinales de la «Marcha Radetzky» con los oficiales citados cabeceando el peaje ronco de las comarcas sublimado por esos flautos de bronce hasta la elevación. En tal niyana hidermano, los noticieros de radio y televisión estaban prohibidos, y más aun esa Radio Cooperativa y su taran marxista que tenía revolucionados a los flautos de este país. A esa patota de zapateados que no querían trabajar y se lo pasaban en protestas y subversiones al orden. No le aprendían a tanto joven honrado, a tanto trabajador que apoyaba al gobierno. Como esa cuadrilla de obreros que estaban arreglando el camino cuando la nueva presidencia subía por la cuesta Achupalla. A esa hora que se juntaban señores todavía dejando esos cabros que los saldaros sacándose los cascos. Esos eran hombres de bien que hacían patria.

Muy de mañana, al alba del barrio todavía dormido, un auto se detuvo en la casa de la Loca. Fue un golpe apresurado zamarra con la puerta. Élla, aun en los albores del sueño, salió de la cama a medio vestir, cubriéndose

pudorosa con su bata nupona regada de he-
chos plateados. No son horas para despertar a
una condesa retumbano, bajando la escasa para
abrir el picaporte. En el umbral, Carlos y dos
amigos cargaban un agresivo tubo de metal que
sin preguntarle introdujeron al interior. Dejen-
lo por aquí no más, susurró entre bostezos mi-
rando el extraño aparato. Es delicado, son todos
de manuscritos súper valiosos. Mas parece un
condón para disminuir la velocidad a transformar en
una columna para la salita, y le cerró un ojo a
Carlos, que despreciándose en la puerta se traba-
ba de decir: Después te explico. Pero ella no po-
día esperar ni quedarse con la duda que había
dado rondaba su cabeza. Además, si nunca había
prometido ni burlarse en las capas, esto era
diferente. Parece un torpedero submarino, pen-
so despegando la cinta adhesiva que sujetaba la
tapa. Y si fuera así. La duda paralizaba de los
atributos y deteniéndolos por la cotidianidad. Pero
no Carlos no podía mentarle, no podía haberse
engañado con esos ojos tan dulces. Y si lo había
hecho, mejor no saber mejor. Fue así la leña, la
más tonta de las locas, la más bruta, que son sa-
bía bordar y cantar canciones viejas. Mejor volvía
a pegar la cinta y se olvidaba del asunto. Mas
bien seguía con su teatralidad decorativa. Y
atemangándose la bata arriba, el pesado in-
dicio escaleras arriba, hasta ese rincón vacío de
la sala. Allí quedaba bien, le daba sentido a pe-
ro no. Y terminó la escenografía coronada por

hinchado artefacto con una maceza de alegres
giadulos.

¿Cómo se ve? Lo recibió mostrándole el raro
ikebana, mientras acariciaba con su mano la-
garufa los contornos del acero revestidos de
blondas entuladas y monas de cunas. Se ve pre-
cioso, ni se nota lo que es, se contestó ella mis-
ma, tratando de no mirar el asombro divertido
de sus ojos pardos. En realidad no se nota lo
que es, musió Carlos dando unos pasos eme-
cunado acercándose tomándola por sus grue-
sas ancas de vegua cohlor, atrayéndola a su pe-
cho en un abrazo agradecido de andola toda
temblorosa, sin respirar. Como una chuquilla
engualada de rubor como una caracota anti-
gua enroscada en sus brazos, a centímetros de
su corazón haciendo ue-tac ue-tac, como un ex-
plonso de pasión engrantado, por su estética
de brócoli maridor.

*Deten el tiempo en tus manos,
haz esta noche perpetua.
Para que nunca se vaya de mi.
para que nunca amanezca.*

Ya, está bueno, no es para tanto. Y se despe-
go de esa primera vez que lo tuvo tan cerca. Se
correa por la tangencia simulando la emoción
evitando que él sintiera temblar su anhelo ala-
do e imposible. Parece que le gustan las flores,
le escuchó decir ya más distante. ¿Te gusta el

campo. Podrías acompañarme mañana al Cajón del Maipo. Tengo que hacer un herbario para la clase de botánica. Me consigo un auto y vamos. Qué dices.

Ella se quedó con la huella de sus manos apretando le las caderas. Se quedó sonambula, encandilada, así tan muja frente a un prado de flores amarillas. Y mucho después que Carlos se hubo ido, contestó que sí quiero ir, que por supuesto. Que debería cocer un pollo y huevos duros para el picnic, y llevar ese mantel divino bordado de pajaros y angelitos, y comprarle pilas a la radio para escuchar música y quizás una pelota para que Carlos se entretenga chutando y Yambuz—in Ebro. No mejor una revista para hojearla distraída y ociosa en esa gran alfombra verde. Casi una pinata como ese calendario antiguo donde una niña de rizos descansa en el amplio ruedo de su falda. Apenas ensombrecida por la capelina amarilla y el gotasol color champana haciendo juego con la gran centrifuga de su vestido. Y al fondo, bien al fondo, casi confundido con el azulino de los cerros, un soldado a caballo con quepis de plumas, risas contemplandola extasiado. Pero no. Carlos era hombre y muy serio, y ella no lo iba a avergonzar con manco tetas le tarandota ni pora pones de loca cancau. No iba a ir a perder el paseo, vistiendo a la tentata y de usar ese hermoso sombrero amarillo de ala ancha con

cinta a lunares. Esa maravilla de sombrero que le quedaba tan bien, que nunca se había puesto porque jamás ningún hombre la había invitado a un día campestre. Pero por si acaso, por si hace mucho viento, por si el sol pega muy fuerte, por el cuidado de la piel, digo yo...

*Porque eres y serás para mi alma
un día de sol, eso eres tú.*

Así no dormimos la noche entera dando vueltas, excitada por la emoción, y por tanto bombazo que desordenaba su idílica postal. Ya estaba en pie cuando llegó Carlos vistiendo un puñetero color pimienta con el pelo teñido por el agua de la ducha. ¿Estas listo? No hay nada que devolver exactamente a las seis. ¿Ficiste comida? Un pollo. El aire del campo da hambre. ¿No? Yo la bajo, no te preocupes, te espero en el auto. No muevas tanto el canasto que se quiebran los huevos. Esperate un poco, los vasos, servilletas, la sal, el pan, la radio. Cuidado, no seas loco, las bebidas. Parece un niño, se dijo hurgueando cosas, buscando el sombrero amarillo, que estaba segura lo había guardado allí, en esas cajas, con los guantes de pañitos también amarillos y las gafas negras con brillos como Jane Mansfield en esa película, estaba segura que ahí estaban, completamente guardados, pero se los había encontrado a tanta amiga y las locas eran tan ladinas.

tan perfidas. Tan envidiosas y esa bocina del auto llamándola. Ya voy, amor...

En el camino, tan cómoda junto a Carlos, su lengua parloteera habló de cualquier cosa, evitando comentar el paisaje y la población despeltejada por el polvo, cada rotonda humeando por restos de fogatas, pedazos de muebles y letteros en el suelo que las ruedas del auto iban esquivando zigzagueando las brasas y palos y saldos chamuscados de la noche protesta.

Después, rumbo a la cordillera, la periferia rocosa se fue poniendo más verde, más radiante por ese sol amarillo por esos vendedores de volantes y banderitas que chispeaban de color la carretera. Y Carlos tan divertido, celebrando sus chistes, tuteando las curvas con un. ¡Sigue mansueta, otra vuelta y otra cosa, ¡Ay, que bruto! ¡Que chofer! Que por favor Carlos, más lento, mi corazón es de cristal Carlos, que las heladas Carlos, que este auto no es tuyo. Carlos, que me hago pipi de risa, que para un poco, que por suerte ahí viene un control policial. Entonces Carlos se puso serio, varios militares controlaban el camino haciéndoles señas para que se subieran a la herma. Ponte el sombrero, ¿quieres? ¿A para qué? Para que te vean como dama elegante. Pero... Pónsetelo, te digo, y hazte la loca. Hazlo por mí, después te explico. Pero Carlos nunca le explicaba nada, él era así, tenía esas ideas tan extravagantes. Por eso le hizo caso, porque no le costaba nada ponerse el sombrero

amanillo y los lentes de gata y los guantes con puertos y guestar a los milicos. No le costaba nada hacerlos reír con su show de mala muerte, dejándolos tan encandilados que ni siquiera revisaron el auto y apenas miraron los documentos de Carlos que estaba tan nervioso. Y los dejaron pasar sin problemas gruando: «Feliz luna de miel, mancones». Porque buscaban otra cosa, dijo ya. ¿No es cierto, Carlos?

Varios kilómetros más allá, tomando una horcajada de asfalto, Carlos volvió a reír, y siguió riendo desbocado mirándola de reojo, escurriendo la tenaza carinosa de su brazo para apresar sus hombros de queltehue. Lo hiciste muy bien. Es que tengo alma de actriz. En realidad yo no soy así, actúo solamente. Y las risas de arriba se confundieron en el viento tibio que dejaron atrás. Las nubes rosadas de los cielos y el resplandor de los arroyos pasaban fugaces a morir en sus espaldas, dejando una nevada de papales pegados al parálisis. Parecen mariposas muertas, dijo ella con un dejo de urteza, y encendió la radio para no tocar para bien de allí para escapar de esa bobberre le acidad en la diadema encantada del bolero. Pero por más que buscó el anagésico de esa música girando la perilla de lado a lado, todas las emisoras solo tocaban arpas y guitarras patrias. El «Se vas para Chile», cantado por los Huasos Quincheros, era cadena nacional ese mes, y solo escapaba el timbre agitado del «Diario de Cooperativa».

SERGIO CAMPOS DA LECTURA A LAS
NOTICIAS. EL AUTODENOMINADO FRENTE
PATRIÓTICO MANUEL RODRÍGUEZ SE
ADJUDICÓ EL CORTE DE ENERGÍA QUE DEJÓ
SIN LUZ A LA REGIÓN METROPOLITANA.

De tanto oír esa radio, ella se había acostumbra-
do a soportarla. Es más, cuando no en-
contraba su música preferida, cuando los
bombazos cortaban la luz, cuando tenía que
ponerle pilas a la radio, la voz de Sergio Cam-
pos era un bálsamo protector en esas tinieblas
de guerra. No sabía por qué, pero esa voz ca-
da lograba aplacar los latidos de su corazón agi-
tado por tanta revuelta. La voz segura y abyante
de Sergio Campos la había abarcado a diez años
de Carlos, con su fanatismo de "que fuese
pegado escuchando noticias. Que los pacos
aquí y los terroristas allá, que ese Frente Pa-
trio no se cunche y todas las penurias de esa
pobre gente a la que le habían matado a un ta-
milar. En todo ese tiempo, ese tema había lo-
grado conmoverla, mientras escuchaba los tes-
tamentos radiales bordando sabanas para la
gente rica con ruanas sin espinas. Partían el al-
ma los sollozos de esas señoras escarbando
piedras, estibando mojaditas por el guanaco,
preguntando por ellos, golpeando puertas de
metal que no se abrían revolcadas por el cho-
cho de agua frente al Ministerio de Justicia si-
jetándose de los postes con las medias rotas.

todas chasconas, agarrándose el pecho para que esa agua negra no les arrebatara la foto prendida a su corazón.

¿Te pusiste triste? ¿Qué pasa? Carlos había detenido el vehículo junto al camino. Aquí nos quedamos. ¿Pero por qué en esta cueva, en este barranco tan peligroso? ¡Huy!, la altura me da vértigo. Porque aquí tengo que hacer el trabajo de botánica. Mira, allá hay una lomita. Saquemos las cosas del auto y subamos.

No tuvieron que subir mucho para quedar instalados sobre el camino, en esa terraza natural forrada de un musgo suave salpicado de florcitas. Desde allí la visión panorámica era perfecta. Los murallones cordilleranos señalaban la tizada de cielo arrebolada de nubes luminosas. Y abajo, muy abajo, el río quejándose al chocar tumultuoso contra las piedras. La cresta plateada de la carretera era lo único transitable, el único borde entre cerro y abismo donde pasaban los autos lentamente, encapuchados por el peligro. Nada más, la vida había quedado lejos para ella y Carlos que la ayudaba a desplegar el mantel sobre la hierba. En kilómetros no se veía un alma. A esa hora, ese pedazo de mundo era solo para ellos. Carlos era solo para ella, su risa, sus dientes blancos, su boca jugosa mordiendo el polo, sus dedos largos y sexuales deslizándose con hueso duro. Su cuerpo era arqueado de ven y nervio como lo en un peñasco, su cuerpo nudoso y elástico

cuando se sacó el pullover, cuando se tendió a tomar el sol, tan cerca de ella. Una loca vieja y ridícula posando de medio lado, de media perfil, a medio sentar, con los muslos apretados para que la brisa imaginaria no levantara su pollera también imaginaria. Así, tan quieta, tan Cleopatra erguida frente a Marco Antonio. Tan Salomé recatada de veas para el Baile a Absolutamente figura central de ese cordillero sujetando con la pose tensa la escenografía hircónica de ese minuto. Amarrando con su gesto teatral los puntos de fuga de ese cuadro. Congelando ese momento para recordarlo en el futuro, para pajearse con la vulnerabilidad de recuerdo suspendido en el vuelo de ese pájaro, en el grito asustado de ese pájaro, en el alboroto de alas por el zumbido de un helicóptero, en el sobresalto de las arenas ululando a lo lejos, escoltando la comitiva presidencial que subía por el camino. No te muevas, estás para una foto. Carlos buscaba la cámara precipitadamente. Pero me gustaba con sombrero. Anímate, no te muevas, te dije. Pero alcanzé el sombrero que te cuesta. Por que tan rápido? Está bien, toma. El sombrero giró por los aires como pájaro volador. Las arenas se acercaban, pudiendo verse la culebra de autos que ya tomaban la curva. Por fin Carlos encontró la cámara y enfocaba tembloroso, ¿Cómo estoy, baby? Carlos trabaja de encuadrar el camino como fondo. Así estás bien, no te muevas, no

güevos, no respire. Las motos policiales y vehiculos blindados pasaron a su espalda y ella sintió un hielito repentino al sonreír para el cliché de la foto.

Le fijas que se usen los sombreros. La Primera Dama iba recostada en los algodones de la limusina tocada por la capelina Dora que Gonzalo, su escolta, le había traído en Ibiza. Pero son para gente joven, mujer, ¿no viste que era una pareja de políticos? El sería joven, pero ella se veía bastante mayor, a pesar del sombrero amarillo que era una monada, te diré. Gonzalo dice que el amarillo hace furor en Etiopía, fue el color de la temporada y primavera-verano. La voz a erranga unsegual, ¿ese. Pero tú tienes a tu ciudad. No ves que la prensa comunista lo único que hace es reírse de tus sombreros. Mira tú, ¿no? ¿Y como ves que no se sacan la gorra ni han ni para hombre. Entonces los sombreros son cosa de hombres solamente? Fijate tú. ¿Ah?

Semana a semana las mismas discusiones le llenaban la cabeza. Que Gonzalo me dijo, que Gonzalo dice, que Gonzalo cree, que deberías tomar en cuenta la opinión de Gonzalo que es tan fino y tiene tan buen gusto. Y dice que todo es cosa de estética y color. Que la gente no está descontenta contigo ni con tu gobierno. Que la culpa a tener el gris de los uniformes es color tan depresivo, tan sobrio, tan apagado, tan

poco combinable. Imagínate que con rojo es la única manera que se ve bien, la única forma de armonizarlo. Mira que contradicción. Mira qué brillante es Gonzalo al pensar así. Y tu no lo tomas ni en cuenta cuando te corta el pelo y te sugiere tenerte esas canas gruesas de celestie azulado. Por tus ojos, dice él. ¿Por qué otra cosa va a ser? ¿Ah? Además, esas cejas blancas que parecen chasquillas. ¿Por qué no dejas que Gonzalo te las pinie y te las depile?, para que la gente te vea los ojos y aprenda a quererte, digo yo. Y ese bigote de escutullun escarchado, tan antiguo, tan pasado de moda que te tapa la boca y por eso los marxistas dicen que eres cinico. ¿Por qué no dejas que él te lo recorte?... Gonzalo es mago para esas cosas y si te lo sube un poquito de las comisuras a gente siempre te ve ra sonriente. ¿Por qué no te pones las camisas guayaberas que Gonzalo te trajo del Caribe con tanto cariño. Todo porque son cubanas, pero son alegres, llenas de montos y palmeras y a tra pa a que te siga puro agodón. Fresquitas para venir para acá en estos días de calor. ¿No te fijaste en ese joven que le sacaba fotos a tu polola, la del sombrero amarillo? ¿No viste que usaba una camisa sport afuera del pantalón. Y tú con ese uniforme plomo, color burro, cerrado hasta el cogote. ¿No tienes calor hombre? ¿No te molesta? Abre un poco la ventanilla para que entre viento. ¿Para que tanta seguridad? ¿Quién te va a hacer algo en estos peladitos?

¿Quién se va a atrever con este ejército custodiándonos? ¡Ah! Conza dice... Ya estaba cansado de estar hablando haciendo la lengua, halagando a ese manposón que se metta hasta en sus calzoncillos. Pero no podía hacer otra cosa, e insistió en venir y todo el fin de semana iba a escuchar ese ruido pegajoso. Por suerte una de sus marchas favoritas y llegando pondría a todo cuando esas retretas para evaporar el calor hostigoso de su mujer. El título de Primera Dama había transformado a la joven sencilla que conoció cuando era soldado raso. Estaba de permiso en la provincia, donde alguna vez también compartieron una picnic campesite ignó que esa pareja de son berris amarillos. A su lado, e la seguía hablando mientras hojeaba una revista de modas. Afuera, la cinta del paisaje circuncunaba de verde en verde sobre el paisaje de las praderas, y pudo resistir la tentación de decirle la comitiva para invitarla a tenderse en la yerba por un rato. Total él era presidente y podía hacer cualquier cosa. Pero nunca a tirarte en el pasto como una vaca. ¡Imaginate que pase un periodista! Imaginate que sea de esa Radio Cooperativa con lo copuchena que es. Con mayor razón van a decir que eres un huaso meudo a gente.

La tarde iba cayendo rápido sobre el Campi del Mapo. El sol fue interceptado por los cerros y

la luz se amorugó por sombras rasantes de color anaranjado. Carlos sacaba fotos, tomaba medidas y hacía raros planos del terreno sumando metros y perímetros con reglas de cálculo. No era sobre plantas su trabajo: sobre botánica, flores o algo así. Ella no entendía mucho, no sabía de esas cosas universitarias. Y prefería no preguntar para no meter la pata. Prefería hacerse la cucha, ya que él la creía tonta contestándole siempre: Después te explico. Por eso ella lo dejaba tranquilo, lo veía agarrarse sobre el camino, de guata en el suelo. Lo miraba subir y bajar la cuesta una y otra vez, acomodarse al precipicio, mirar la hora, contar los minutos, quedarse pensando, volver a mirar y regresar a sus apuntes. Trataba de no interrumpir: fingiendo leer la revista *Vandules* que había llevado. La misma revista que se salva de memoria que agaña de sus atigas locas de olvidada en el living de cajetes de su casa y ella la hizo propia al descubrir un reportaje a Sorrita Montiel. ¿Puedo poner música, torero? Carlos levantó la vista de los papeles. Y como siempre, la loca lo sorprendió con su alucinada fantasía barroca. Con su modo de adornar hasta el más insignificante momento. Y se la quedó mirando embozado, encarada sobre una roca, con el mantel anudado en el cuello simulando una capa llovada de pajaros y angelitos. Alzando el garbo con las galas de gata, morriendo seductora una florecita, con las manos

enguantadas, los tirantes amarillos y los dedos en el aire crispado por el gesto andaluz. La miró divertido, haciendo un paréntesis en su serio trabajo. Y fue él quien apretó la tecla de la radiocassetera, sumándose de espectador al tablao, para verla girar y girar remecida por el baile para quedarse por su cuerpo apañado en esos viajes, esos «besos brujos» que la loca le uraba soplando corazones, esas pantoflas carmesíes que hizo flamear en su estado quebrándose cada tanto a pulso dinámico de palpeo, a pulso zapateo descalzo sobre la tierra moja sobre el musgo «verde de verde limón, de verde albahaca, de verde que le quito como el uvo verde de tanto es pero verde y negra solista».

Nunca una mujer le había provocado tanto cataclismo a su cabeza. Ninguna había logrado desconcentrarlo tanto, con tanta locura y livandad. No recordaba polola alguna, de las muchachas que rondaron su corazón, capaz de hacer ese teatro por él, allí, a todo campo, y sin tantas espectadores que las mortajas se gesticulas por la sombra vendida. Ninguna se dejó mirándolo con los ojos bajos y confundidos. Intentando recibir el pulso de su emoción. Tratando de volver al razonamiento frío de los números y ecuaciones de tiempo que requería el trazado de su plano. Porque el día se iba rápido y no existía una segunda oportunidad para corregirlo. Por eso le pedía que por favor, que a menos por media hora de para de un momento así

con esa llamarada oscura quemando su virilidad, demandando su cariño, Que por favor cortara la música, ese casete presagiando desgracia, ese disco de burdel antiguo ensangrentando la tarde de antemano. Que después podía ponerlo las veces que quisiera pero ahora era urgente terminar el trabajo. Se me acaba la luz. Toman algunas fotos y tendremos hasta las seis nada más.

En el viaje de regreso casi no hablaron. Ella se quedó dormida junto a la ventana y él la tapó con su pailover color pimienta. En realidad ella no dormía, solamente había cerrado los ojos para reponerse de tanta dicha y poder retornar su drama a su realidad. Era mucho para un solo día, demasiadas emociones agolpándose en su pecho, y prefería no hablar, no decir nada para no entorpecer esa alegría. Quedarse quieta, meada por el arrullo del motor, casi sin respirar, cuando sintió las manos de Carlos arropandola con la flaca lana de su falda. Así de extasiada se hizo la bella durmiente para oler el vértigo erótico de su axila ferunda, esa fragancia de maratón, de camarin deportivo en el doble oloroso de su cuerpo mareandola, incitando sus dedos tarántulas a deslizarse por el asiento hasta tocar esos muslos duros, tensados por el acelerador. Pero se contuvo, no podía aplicar en el amor las lecciones sucias de la calle. No podía comenzar a interpretar los continuos roces, sin querer, de

la pierna de Carlos en su rodilla. No era la misma electricidad porno de la micro, donde ese fratele o de pantuflas era el automa de otra cosa, una propuesta para tocar, amasar y soñar lagartos en la ruta sin peaje. Por eso congeló la escena retirando la pierna con un gesto recatado. Y se acurrucó pichona pegada al vidrio, de amarse envolver por el agotamiento luminoso de ese día.

Al llegar, el barrio parecía un pueblo de provincia apenas iluminado por algunos faroles salvados de los peñascos. Los niños corrían por la calle esquivando el auto, y en la esquina la misma patota de jóvenes sumergidos en la nube ácida de la verba. En los aires entumidos del anochecer se plegaban las radios, imbualeando el rock punga de Led Zepelin, los arpegios revolucionarios de Silvio Rodríguez y el tambar despablado del flash noticioso en el almacén.

COOPERATIVA, LA RANCHO DE LA MAYORIA,
MANOJA ROBLES INFORMA. UN
COMUNICADO DEL MINISTERIO DEL
INTERIOR SENALA QUE ES EL ALLANAMIENTO
EFECTUADO POR SERVICIOS DE
SEGURIDAD EN VARIAS POBLACIONES, SE HAN
ENCUENTRADO ARMAS DE PESADO CALIBRE Y
NUMEROSO MATERIAL IMPRESO LLAMANDO A
LA REBELION. PERTENECIENTE AL LLAMADO
FRENTE PATRIOTICO MARI EL RODRIGUEZ.

¡Uhh, baby, por fin llegamos. Hay que bajar las cosas con cuidado porque... ¡Shit! Carlos la hizo callar escuchando atento con las manos al volante. Ella también escuchó, pero no le hizo caso. Ninguna noticia iba a opacar ese romántico momento del adiós. Por eso recogió el sombrero amarillo con un ramo de flores silvestres junto a las pesacas del picnic, entró en la casa y trepó la escalera, esperando que Carlos subiera tras ella para despedirse. Pero el violento rechinar del acelerador la hizo volver sobre sus pasos, y alcanzó a ver la cola del auto doblando la esquina, tagándose apresuradamente como si hubiera de su novela campesina, de sus odios malva-rosa con esa partata tan abrupta.

Nada es perfecto, se dijo cerrando la puerta poniendo las flores en agua, ahincándose a las llaves para que ese repicar de latata asoltara el nudo fluvial que se agolpaba en su pecho. Nada es ideal, insistió para sentir el verdadero calor de la pena humana cuando la tritata descomiendo apenas la acuática azul de las flores marchitas que esperaban el rucio amargo y traítero de su llanto. Pero no pudo llorar, por más que trató de recordar canciones tristes y arpegios sentimentales, no podía desagotar el océano atormentado de su vida. Ese boñero seco que manaba tan a leña de amores peregrinos, tanta lirica cebollera de amor barato. Le rogaba de amor con «bata se, gre, maldito amor que te creías, «yo que todo te lo di»,

«tú querías que te dejara de querer». «tú te quedas, yo me voy», «tú dijiste que quizás... tú me arrojaste y por eso me pregunto». Amores de folleto, de panfleto arrugado, amores perdidos, rastroyados en la guaracha plañidera del maricón solo, el maricón hambriento de «besos brujos», el maricón drogado por el tacto imaginario de una mano volación rozando el cielo turbio de su carne, el maricón infinitamente preso por la lepra coliflora de su paula, el maricón trululú, atrapado en su telaraña melancólica de riza y embelezos, el maricón ríñe entretejido, halyanado en los pespantes de su propia trama. Tan solo, tan encapullado en su propia red, que ni siquiera podía llorar no habiendo un espectador que apreciara el esfuerzo de escenografiar una lágrima.

Es como devolver perlas al mar, concluyó sacudiendo las flores, esparciendo chapas de vidrio en el aire carnavalizado por su gesto travestí. Carlos no se merece ni una lágrima, ni una goma, de ninguna manera desperdiciar la jova de su pena en alguien tan mal agradecido, tan engañatico el lindo marchándose así. Sin siquiera decirle chao. Tomándola, dejándola como si ella fuera una cosa, una caja más para el decorado. Diciéndole siempre: Después te explico, tú no entiendes, mañana conversamos. ¿Creea que ella era una loca tonta, una bodega para guardar cajas y paquetes misteriosos?, ¿qué se creía el chuquillo de mierda que ella no

se daba cuenta?, ¿qué tanta reunión de barbones en su casa? ¿qué tanto estudio? Mira tú. ¿Ahí? Que si se hacía la lesa era nada más que por él. Que si aguantaba tanta chuva de libros en esos cajones era por hacerle un favor al lindo. Pero no iba a soportar humillaciones. ¿Qué se creía el cabro guevón para tratarla así? Creía que porque era universitario, y buen mozo, y joven, y tenía esos ojos tan... Solamente por él se hacía la señorita, porque la intimidaba con esos ojos amables, la achunchaba con su cortesía de chuquisillo educado. Y si no fuera por eso, si no fuera porque lo quería tanto, le sana la torta y mandaba todo a la churcha. No le gustaba quedarse sola otra vez, no faltaria el roto que le moliera el mojon por un plato de comida. Nunca faltaban los cabros que haciéndose los amables le llevaban la bolsa de la feria y después, cerrada la puerta, una vez adentro de la casa, ella no tenía que hacer ni decir nada, porque empezaban con que vivís solo, ando verde, pasemondo bien. Nunca faltaban los pasajeros del toque de queda; esos volados que se quedaban ca reteando hasta tarde y no podían llegar a su casa, y bueno, todo sea por no caer preso. Sobraban los cesantes que por unos pesos, por un cigarrillo, por una tania caliente le hacían el favor sin más trámite. Y ella no tenía que hacer tanto verso y esfuerzo para que la quisieran por un rato. No tenía que desahucarse tratando de ser fina, leyendo miradas de corazón para

que Carlos, solamente y muy de vez en cuando, la abrazara como amigo dependía tan caliente te que se sentía culpable de desear ese cuerpo prohibido. Todo sería más fácil si no tenía que soportar el embriajo de su presencia. Volvería a patinar la calle recogiendo purgas y erecciones momentáneas con el arpón de su pesca milagrosa. Y el amor enguantado en ese nombre maldito. Lo dejaría prohibirse con los restos del picnic en las huesas despolvo que iban a fermentar en esa cueva del Cajón del Maipo. Donde nunca iba a regresar, donde jamás volvería a bailar como una vieja ridícula para ese malnacido.

Entonces los golpes de la puerta fueron cras en su atribulado corazón

*Te vas porque yo quiero
que te vayas
Y a la hora que yo quiero
te detengo.
Yo sé que mi cariño te hace falta,
nunque quisiera o no
yo soy tu dueño.*

Mientras bajaba a escalera arrojándose las cuatro mechas, sabía que no le diría nada, ni siquiera haría mención del asunto. Total, Carlos era tan descuidado que todo se le podía

perdonar, con tal de verlo aparecer de nuevo en el arco de la puerta como un sol sofocado dando explicaciones. Diciendo que no se enojara con el por ese día le que se había presentado un imprevisto, que se había hecho tarde y el auto tenía que devolverlo temprano, que no fuera tan sentimental, que no fuera taimado, que volviera a mirarlo, ya pues, a ver, una risita, le pedía el mucoso hermoso como una esmeralda marina. A ver, un puchero, le decía con esa boca de fresa, conquistándola otra vez con sus mirerías de cachorro. ¿Qué pensabas, que me había enojado? ¡Si lo pasamos tan bien en el paseo! ¿No te gustó? Además, cuando me vaya, capaz que sea para siempre. Carlos bajó la voz mirando las cajas del misterio, y una cortina de vacío al por instante. Entonces algo gubio en su alma de loca-mateo. Algo le estaba diciendo Carlos que le provocaba una irización de verdad. Un miedo, un presentimiento, algo intangible que opacaba su risa de niño bueno. ¿Cuándo sería? La pregunta pido a Carlos desprevenido. ¿Que cosa. Tu cumpleaños. Carlos se relajó con una sonrisa cómplice. Falta todavía. ¿Qué me vas a regalar? Una flecha. ¿Y el arco? Yo seré tu arco.

La COMUNICACIÓN de regreso, después del largo fin de semana en que el Dictador y su mujer exigieron sus pensamientos en el oasis cordillerano del Caño del Mapo. Como el 10 de agosto, ella no había parado de chucharrear de la mañana a la noche, en que cada rendida dormíase pesadamente bajo el amfiteatro de avión que trajo del viaje a Sudáfrica. Pero en la mitad del sueño, cuando él se disponía a cerrar los ojos, ella sonámbula seguía en su charla molesta. Sonaba que venía en el avión, regresando de esa fabulosa visita a Sudáfrica. «Viste? No te dije te lo advertí mil veces que te asgararas bien a nos iban a recibir esos cholos malducados. Pero no, tú dele y dele conque ese presidente era amigo tuyo. Tu insistiendo que nos iban a recibir como reyes, porque ellos estaban de acuerdo con tu gobierno, porque era uno de los pocos países que te adoraban por haber derrotado al marxismo. Fíjate tú, por hacerte caso, mira tú qué bochorno, qué plancha, qué vergüenza. Dios mío llegar al avión tener que devolverse al tiro sin siquiera bajar del avión»

En mi vida me había sentido tan mal, tan humillada por esos negros mugrientos, y todo por tu culpa de viejo porfiado. Gonza me lo dijo, me lo advirtió tanto que no debía ir. El calor es terrible me dijo, y tanta humedad y tanto negro resentido, y tanta revuelta. Mejor quédese aquí. Gonza me vio el I Chung y ahí salía. No te digo. «No cruzar la gran agua, permanecer quieto», decía ese libro sabio. Pero tú nunca me haces caso, tú siempre tan mercedulo, tu siempre desconfiando de Gonza que es tan buen chiquillo. Tan amoroso, que me prestó su cañón de se la para. Y me dio las maletas de ropa fresca y sombreros de safari y repelentes. Para que no la piquen los mosquitos que sacan el pellazo en esas selvas, me advirtió. Y me regaló docenas de guantes, para que dé la mano como la reina Isabel porque allá hay tanta sarina y esos negros siempre tienen las manos sudadas. Y síquese muchas fotos de blanco, solamente de blanco. Como la Marlene Dietrich en esa película. ¿Te acuerdas? Esa que se perdía en la jungla con el joven buscador de diamantes. Además, me dio todos los datos para reconocer las piedras auténticas, para que no me hicieran esa porquería tanta imitación serrana, tanto enguño que deshumbra y es solo vidrio. Compré un collar, no, mejor una uña, para recibir al Papa cuando venga, y la verá como a la Grace de Mónaco. Y para ti, me recomiendo un alfiler de corbata y unos gemelos discretos,

apenas unos brillantitos en los puños de una camisa negra. Porque no vas a ir de uniforme a la ópera, me imagino. Aunque eres tan porfiado, tan cabeza dura. Tan insoportable que cuando se te mete algo en el mate siempre sales con la uva. Ya ves lo que conseguiste, todo el mundo va a saber que nos hicieron este desaire. Me imagino esa Radio Cooperativa como se va a reír contando ese mal rato. Porque si al menos nos hubieran hecho pasar al hall del aeropuerto, siquiera una disculpa una noche por lo menos en Ciudad del Cabo para sonreírte la única ponesa y pasar por turista y poder salir a comprar un engrainito, una cosa poca, un par de colmillos de cefalópodos para la sala, una piel de tigre para que te caliente las patas en el escritorio, cuando te aprendes los discursos que te hacen los secretarios en esa pieza tan helada tan llena de fierros y sables y pistolas y cachurreos militares que tú cuidas como si fueran flores. Si al menos nos hubiera hecho algo nos regalos con su edecán, ese africano roto. Y tú traéndole armas apoyándolo con casaca para doblegar a los orgos revoltosos. Tu tanto, auspiciando intercambios culturales de puras mugres que traían de Sudáfrica. Porque si al menos ellos tuvieran una Glona Simonetti, un Antonio Zabaleta, un Gonzalo Cienfuegos en pintura, unos Huasos Quincheros, te crece. La uva son los diamantes, que a ellos no les sirven porque no los lucen. Imagínate

una chola con aros Caruer en esos peladeros sin alma. Porque dejándose de cosas, es harto feo ese país por lo poco que pude ver desde el avión. Puro barro, pura tierra y vapor, puras hechas y animales y tanto negro chico inflado de hambre. Pero, aun así, habríamos soportado con dignidad esa pobreza porque los chilenos somos educados y nunca le hacemos eso a una visita ilustre. ¿Dejarla con los crespos hechos, ahí parada como idiota en ese aeropuerto? Sudando la gina gueta empapados de calor, y ni siquiera nos ofrecieron un refresco, ni una aguita. Y yo desmayandome de sed, afebrada como camello. Y tú: Esperate, mujer, que tiene que llegar las autoridades a recibirnos. Tiene que haber problemas de protocolo, estarán preparando la suite presidencial Calmar. mujer, no te desesperes que ya va a llegar la lluvia. Tienen que estar empujando las cales porque llegamos un poco antes y no aviguamos con tiempo. Tú sabes como son estos países salvajes. Pídele a la azafata una bebida, tranquilízate y trata de entender. Sí, una bebida, una bebida, sabes como engorda. Tú todo lo arreglas con una bebida y con tu famoso: trata de entender. ¿Viste que no había nada que entender? ¿Viste que si me dices eso me pones como tonta cuando yo siempre tengo la razón. Conzalo lo sabía, por qué no le hice caso. Imagínate dos días metidos en un avión con este estado infernal en la cabeza. Me parece que toda la vida

vamos a seguir volando, sin que nadie en el mundo nos quiera recibir. Me siento como esos trauvistas rotos que te exhibe después del 11 dando vueltas y vueltas a la tierra sin que nadie nos ofrezca asilo. Porque ya nadie te quiere, porque ya no son los puros comunistas — como tú me decías. Ahora son tus propios amigos, y estoy segura que si Franco viviera — tampoco nos hubiera recibido. Y para que hablar de ese Somoza, tan compinche tuvo un amigo de tu gobierno. Así te como terminó con esa boniba? Volando por los aires, igual que nosotros.

Por suerte ahí se le había agotado la pila, por fortuna se había quedado muda transformándose en — en esa planta en un conquillo rezagado. Era preferible el insomnio que le provocaban esos fuelles tronadores — a seguir oyendo el susurro de mal agüero. Por eso ahora en el auto, él trataba de no hacer ningún ruido para no despertarlo, y que siguiera concando hambida bajo el sombrero — mientras la noche — omeva regresaba a la ciudad con las suetas apagadas.

Los pastos ardían anaranjados por el ocaso, y muy poca gente se veía en el camino, porque aún la primavera no era tan cañosa. En el verano esto será una fena, pensó, una tropa de pobres que se comen la mierda los don ngos para mojarse el pelo en ese río. Podría prohibir la entrada a este valle, dejar ingresar solamente a los propietarios y artistas. Pero como ha zarran esos opositores, dirían que me creo patrón de

fundo, que el país es de todos, y más aun el Cajón del Maipo, que está tan cerca de Santiago. A solo media hora, por eso vienen tantos cabros con sus novias a estudiar. Como esa pa'ca del sombrero amarillo. Ahora que la caravana tomaba la cuesta, pudo recordar, volviéndola a ver en el faldeo rocoso. Él corriendo con la cámara fotográfica, muy joven, con el pelo al viento y la camisa abierta. Y ella tan señorita de sombrero, tan dama y colijunta sentada de medio lado en el panto. Tan extraña esa mujer como de una lino anagua. Tan rara con esos hombros anchos y esa cara de hombre. Y ahora que lo pensaba mejor a lo que la recordaba con más calma, caía en cuenta que era eso. Un maricon. grito indignado despertando a su mujer, que saltó en el asiento perdiendo el sombrero. ¿Qué cosa? ¿Qué te pasa hombre que me asustaste. ¿Te acuerdas de aquella pa'ca del sombrero amarillo, cuando veníamos. Era un homosexual, es un tipo homosexual. Dos degenerados tomado el sol en mi camino. A vista y paciencia de todo el mundo. Como si no bastara con los comunistas, ahora son los homosexuales exhibiéndose en el campo, haciendo todas sus cochinas al aire libre. Es el colmo. Eso sí que no iba a soportar. mañana mismo hablaría con el alcalde del Cajón del Maipo para que pusiera vigilancia.

Ya van, ya van. Casi echaban abajo la puerta golpeando tan fuerte despertándolo un temprano, trizando a patadas su aguado sueño de amazona cabalgando por la pradera al amparo de un misterioso jinete. Nunca pudo verle la cara, no sabía quien era, tampoco por que miran de salvajadas compartiendo la taquiarquia del miedo, arrojando de un anónimo peligro rozando su espalda con garras de hielo. Entonces ella se apretaba al pútre para no sentir ese rasguño rasante. En la emergencia, sus manos de loca adhesiva, se anudaban a la cintura masculina empapada de sudor, salto a salto en el camino resbaloso de la bestia, tratando de sujetarse para no caer, sus dedos alerrados al cinturón, a la hebilla incrementarla en el estómago ardiente. Sus dedos tocando esa guata de hombre, ese tripa nerviosa, ensado por la fuga. Sus dedos privilegiados festejaban los renuncios y dolores de su ombligo, sus dedos tarantulas se agarraban fierros de esas crines duras jugaban con ese pezonzado, con ese «tanunito al cielo», vientre aharto quebrada abajo, donde se hacía más espeso el natural aspero del pubis. A un tema grabada esa presión de clidar que pa pinaba a alto con esa certana atrobadora. An atados ninguna mano huesuda podía alcanzarlos. Tan juntos, iban a escapar de lo que fuera, como fuera galopando sobre las nubes si era preciso. Entonces se pararon la puerta y ella se quedó con un a brazó vacío entre las manos, despertó como una ciega

tanteando el aire descolorido de la pieza. Ya nunca iba a saber que pasaba con el rapto después que el rabado saltó a las nubes. No había derecho, no tenían respeto, volverlo a su museo con esa brusquedad. ¿No podría enseñarla a alguien por este atropello, se dijo arropándose con una mantita bordada de abedules. A estas horas llama por teléfono una mujer y dice: la señora del almacén que vaya al tiro. ¿Quién podía ser? ¿Qué mujer tenía el descaro de tirarlo al suelo de las mechas, cortándole la película de rompe y raja de un solo costalazo? No supo cómo se puso los pantalones, y cruzando la calle recién se acordó que había olvidado los bienes postizos. Simulando un bostezo se tapó la boca con la mano cuando tomó el auricular. Ahí. Por fin lo encuentra. ¿Dónde se había metido? ¿En qué estaba que todavía no me viene a dejar el mantel que le mande bordar hace un mes? Tengo una comida para los generales compañeros de mi marido. ¿Y qué voy a hacer? Fracdoña Catta, la señora del general, su cliente más antigua, la más regia. Una verdadera dama que lo trataba tan bien. El mantel ya lo había terminado, pero de loca se le ocurrió llevarlo al picnic y estaría todo sucio, manchado entero de pollo y bebida que Carlos derramó sin querer. Debía lavarlo con blanqueador, almidonarlo, plancharlo, y entregárselo con el dolor de su alma. Por suerte pagaba bien, y lo consideraba un artista. Por eso se destizo en

explicaciones—argumento un viaje sorprendente
naufragio y rescate a una tía lejana, cayeron las siete
plagas de Egipto sobre su familia. ¿Que familia?
Si tú me habías dicho que no tenías familia. Pero
que no le conté, señora Caita, no le he dicho que
la encontré. Fíjese. De pura casualidad. Usted sabe
que a mí no me gusta la tele y escucho pura radio.
Un día la prendo, y en un programa de esos que
buscan gente escucho mi nombre, casi me morí.
Ellos me andaban buscando. Fíjese la sorpresa, me
lo hicieron todo. Tantos años, tanto tiempo sin
madre, ni padre, ni perro que me ladre, y de la noche
a la mañana me salen sobrinos, primos, hermanitos,
tíos, abuelos y una chorrera de parientes que
he tenido que conocer; por eso no le he podido
entregar el mantel. He estado tan ocupado
atendiendo, ayudando a tanto familia. Usted
sabe que siempre he sido huérfano y tan sola
señora Caita. Pero más es que es la vida y que
milagrosa es la Virgen. Por eso estoy tan contento
que esta misma tarde le voy a dejar el mantel. Sí,
y no se preocupe, me quedó bien. Usted sabe
como su trabajo. Me quedó precioso. Le voy
de aves, boratadas y angelitos bordados con
ese hilo tornasol de importación que a usted
le gusta. Lo único que no me resultó fue ese
escudo chileno con las tablas cruzadas que
usted quería que le bordara en la cabecera
de la mesa. Sabe, yo encontré que era recar-
gado demasiado. Si se que usted insistió que

era importante. Pero que quiere que le diga, se veía... cómo decirle... un poco picante. Como mantel de londa. -Me enjunde- Si, señora Catta, yo sabía que usted se iba a enojar si no le ponía el escudo chileno, pero también sé que usted es una dama de buen gusto, y después iba a estar de acuerdo conmigo, lo iba a encontrar ordinario. Sí, sí sé que usted lo quería para el 11 de septiembre. Pero veamos primero y después me re- ta. Sí sí, como a las seis voy a estar por allá.

Antes de salir del almacén compró detergente y blanqueador Soft para remojar de inmediato ese mantel. Se le paró el corazón, no quería entregar ese pedazo de césped donde ella y Carlos habían sido tan felices. Pero el amor es puro viento, como dice la canción, y un día se va. Además, la señora Catta era tan estupenda con ese pelo violeta ceniza, y lo trataba tan delicada mirándolo con esas enormes ojos celestes. Le decía pase no más y espereme en la cocina mire que está ocupada con unas amigas. Le molestaba haberle inventado ese cuento de su familia. Pero qué podía hacer. No le iba a decir que un hombre era el culpable de todos sus atropellos.

En la entrada del bolche se topó con el mismo grupo de viejas que empezaban el día desvalando al barrio. Les hizo una gran venia y una piroceta de saludo para evitar abrir la boca y mostrarles sus encías despobladas. Era preferible tenerlas de amigas, de lo contrario te descuetan,

penso. Aunque igual sabía que se pelaban por cosas suaves divertidas. Este chiquillo está contento. ¿Y cómo no? Con el regimiento de hombres que lo vienen a ver. Pero no creo que todos... Por lo menos ese que se llama Carlos, así le dice. ¿No? Cuando lo nombra se le meten las trenzas de Rapunzel, no puede estarlo. Salen juntos, se lo pasan tardes enteras arriba del altillo, yo los he visto. Pero es muy joven ese cabro. Cuantos años tendrá. Igual que el Ririgo soy unos veintidos. ¿Que más. Y a ti va esta como gallina chueca, va no se corona de un hervor. Tiene más de cuarenta. Pero es tan simpático y tan simpático es el lava que estád le pida mejor que una mujer tiene la casa en mi espejo. A mí se me ocurre que Lav algo más. ¿Cual es que cosa? No se tanto bulto que entran y sacan de esa casa. Será el ajuar de novia, se irán a casa por. No ve que en Esmeraldas ellos se casan. Sintió lav pateadas a media cuadra pero se hizo el sordo, no le importo. Estaba cuando de tanta mofa que hacían de él. Será importante para estas viejas que no tienen de que preocuparse y se lo pasan todo el día en la esquina colorreando, sabiendo quien entra y quien sale de mi casa. Mientras puntaba agua para lavar sintonizó las noticias.

DISTRIBUCIÓN DE CONSIDERACION SE REGISTRAN EN EL EX PEDIMÓNITO. EL VALOR UNA VEINTENA DE ESTUDIANTES

HERIDOS Y MUERTOS DE ENEMIGOS POR FUERZAS
ESPECIALES DE CARABINEROS. ESTOS
ULTIMOS PASARON A LA FISCALIA MILITAR
COOPERATIVA, LA RADIO DE LA MAYORIA.

¿Que pasa? No habia un dia en que no pasaran cosas terribles. Y de Carlos ni un teléfono, ni una dirección, ninguna pista, por lo menos para saber que está bien. Que no cayó preso ni está detenido con esos estudiantes revolucionarios; porque si fuera así, ella podría aprovechar que esta tarde tenía que ir donde la señora Catita a dejarle el mantel. Podría decirle que le pidiera a su marido general que lo ayudara. Podía ser una posibilidad quizás lo había Ana le dudosa, con sus manos de palomas mojadas colgando el mantel, desde el aluflo lo vio venir cruzando la calle y el alma le volvió al cuerpo. Se quedó escondida tras el liuzo, espando su caminar arqueado, su pelo en la frente, sus hombros levemente gñados por la altura, como un niño que esturó de pronto. Entonces el viento voló el mantel, y él la descubrió arriba. Le hizo un gesto con la mano y le mostró el collar perlado de su risa desde el frente. ¡Ay! cómo lo amaba, como era capaz de presorarle ese escalofrío de amor, esa gota de escarcha corriendo por su espalda. Cómo era capaz de dejarla así toda tembleque y lluviosa, empapada como una sabana en la tormenta. Soy una vieja loca, se dijo, sinténdose tan efimera como

una gota de agua en la palma de su mano. Y Carlos lo sabe, es más, le gusta que sea así. Se siente acunado en esta casa, se deja querer. Nada más, eso es todo. El resto eran sus propias películas—su chuladería de manicomio amoldado. Y que se iba a hacer si el cabro la tenía a raya, con su modio amable y su educación universitaria. Así paga el favor que le hizo de guardarle esas cosas. Con su tonito amotinado paga el arriendo del alullo para que se reunan sus amigos. Y lo comprueba cuando le abre la puerta cuando Carlos entro demasiado contento alabando su camisa diciendo que bien que te ves hoy. ¿Que te busaste? El propósito recibió como un ramo de orquídeas que se secó en sus manos cuando Carlos agregó. Sabes, esta noche queremos reunirnos en el alullo. Si tu no vienes inconveniente. ¿Por qué era tan educado con ella si sabía que le daría que se le para que aceptaba esa cortesía de ver a amigos? Como si la viera tan mayor, con tanto respeto y respeto a parte respeto. Cuando ella lo miro que quería era que él le faltara el famoso respeto. Que se le tirara encima aplastándole con su tufo de macho en celo. Que le arrancara la ropa a tirones, desnudándola, dejándola en cueros como una virgen vejada. Porque ese era el único respeto que ella había encontrado en su vida, el único aliento paterno que le desrajó en hemorragia su cuerpo de vino martillo. Y con esa costra de respeto había aprendido a vivir

como quien convive con una gatta, entibiándola, domesticando su fiereza, amasando la una de la agresión, acostumbrándose a su roce violento, aprendiendo a gozar su rasguño sexual como única forma de afecto. Por eso la erlin acción de Carlos la violentaba con su alé para suavidad. Cabro pituco, murmuró divertida. ¿Qué cosa? Ay, qué cosa! Carlos se descolocó. No te entiendo. ¿Por qué eres tan cursa conmigo como si yo fuera una vieja renga, una abuela patuleca? Es mi forma de tratar. Menura, es puro interés. Si yo no tuviera esta casa... ¿Crees que es por la casa...? Y por que otra cosa. Porque nos llevamos bien y porque te aprecio, porque somos amigos. No. Y si somos tan amigos y me aprecias tanto, ¿por qué nunca me dices nada...? Por que no me tienes confianza y me cuentas de una vez de que se trata todo esto?

Ella estaba eufórica, tratando de mantener la pose desafiante para molestarlo, para destacarse ese modito caballeroso. Quería que la tomara, retándola, abofeteándola, que le hiciera algo. Cualquier cosa, pero que no se quedara así con los brazos cruzados mirándola con esa cara de mar muerto. Poco le importaba que le dijera el secreto de esas cajas, en realidad no le importaban nada esos cajones de mierda, esos libros o lo que fueran. Lo que ella quería era despertarlo, decirle que su amor silencioso la estaba asfixiando. Por eso le hacía este teatro dramático. Pero la seriedad nunca le había

quedado bien a la comedia manchusca de ser
loca. Nunca había convencido a nadie cuando
intento que la tomaran en serio. Menos Carlos,
que la miraba inmutable algo divertida, y sin
decirle nada prendió la radio, a grande y dial
sintonizó una musiquilla raianni. *Alta en el
coche Landia* y se la quedó mirando con una
tonetada de ternura paterna. Y con esa misma
tranquilidad cambió de tema. ¿Sabes que a los
niños en Cuba les celebran el cumpleaños a to-
dos pinitos, por barrio. En patotas, dice ella
burlosa. Me anagran la merba tosta. Eso sí es
importante. Te hablo de lo bonito que es. Me
encuentres. Un poco. Imagina a cada esta cua-
drícula una mesa gigante y los enanos jugando
y tocando sus corchetes. No importa si nacieron
ayer o pasado mañana, es por mes y todos son
invitados a su propia fiesta. Y eso a ti te gusta.
Carlos, no has injestado y ninguno lo a porque
su vecino tiene un cumpleaños mejor. Y tú,
Carlos, cuando estás de cumpleaños. Pronto.
Fresvarg. Más o menos. Entonces el tres. Te-
ño. El cuatro. Más caliente. El cinco. Me que-
ma. El seis. Bueno, digamos que es el seis. No
queda nada entonces. Bueno. e deio aquí en
la casa. Toma las llaves porque tengo que salir
a entregar un trabajo. ¿Se te pasó el enojor.
¿Que enojor. Las estre las no conocen el eno-
jo, no tenemos derecho. Y le dejó la última so-
de la respuesta titulando en su boca con un
beso preguntón.

Al salir, la tarde lo sorprendió con una bo-
canada nublada de día incierto. Y era raro este
cama maricón en pleno septiembre, que un día
de sol, al otro tormenta. Uno no sabe qué pít-
cha ponerse para estar de acuerdo con esta
cambiante media estación. Días de mierda,
pensó, tardes lacias en que uno quisiera que-
darse metido en cama tapado hasta las orejas.
Tal vez conversando con Carlos, fomentándose un
rico vino navegado para levantar la presión o
también para fumar un cigarro en su alegre
compañía, y susurrarle por la espalda un te
quiero escrito en letras de humo. Pero por des-
gracia tuvo que salir, enfrentarse a «esa tarde
gris» con su cara sin afeitar como puercoespín.
Y con esa tacha de gañán temía que atravesar
medio Santiago para llegar al barrio alto, don-
de vivía la señora Causa. En fin, espero que el
mantel le guste y me pague al tiro para venirme
y que no me pille la lluvia, se recitó a sí mismo,
mientras llegaba a la esquina y hacía parar la
tacto con el gesto de su dedo erecto por el bri-
llo de un diamante invisible. Luego, acodado
en el vidrio del vehículo, vio pasar calles, es-
cuchas donde los hombres jóvenes vestían las
piernas desmaripados por el esquivo sol sin tra-
bajo ni futuro. Después la cacharra se fue lle-
nando de obreros, mujeres, niños y estudiantes
acertados mirando para afuera hacéndose los
cosos para no dar el asiento. Que se parece. Es-
tos son los jóvenes de ahora, le murmuró una

vieja de mono sentada a su lado. Mire a esos zánganos que no tienen respeto y no le dan el asiento a nadie. Lo único que saben es andar tirando piedras y premebando harticadas. Estarán descontentos con algo, se atrevió a decir casi arremangando las paabras. ¿A de que. Mire usted que bonito sus padres trabajan para que estudie y él es haciendo desordenes y huegas. ¿No me va a decir que está de acuerdo con ellos? No le contestó, y acomodándose en el asiento se sintió molesto por el comentario de ese chatqui, atorrado en collares, esa vieja mona de chere que sigue aharaqueando con sus palabaz sola. No tienen ningún respeto, donde vienen a parar. Entonces no aguanto más y las paabras se saltaron a borbotones. Mire señora, yo creo que alguien tiene que decir algo en este país. Las cosas que están pasando y no todo está tan bien como dice el gobierno. Además, fuese que en todas partes hay rebeldes como si estuviéramos en guerra, ya no se puede dormir con tanto balazo. Mirando a todos lados, la Loca del Frente se asustó al decir eso, porque en realidad nunca se había metido en política pero el alegato le salió del alma. Varios estudiantes que venían escuchando la aplaudieron al tiempo que pitaban a la mujer de los collares, quien retufanando se bajó de la mecro mientras lanzaba un rosario de amenazas. Bah, uno tiene que decir lo que cree, esto se dijo sorprendiéndose un poco de por sí así.

Quizás con un poquito de temor al decidirse a hablar de esos temas, más bien de defenderlos en público. Y con un relajamiento de felino orgullo, entornó los ojos pensando en Carlos, y lo vio sonreír alabando la proeza de su gesto.

La micro rengueaba por un Santiago marchito, los pasajeros subían y bajaban renovándose el cargamento humano del vehículo. Faltaba tanto para llegar al barrio alto, era una hora pegada que tenía que viajar cruzando la ciudad. El paisaje cambiaba dejando al centro, diversos negocios coloreaban la vereda con sus carteles comerciales ofreciendo mil chucherías de imitación, un carnaval de utensilios de plástico y utensilios plásticos que había quebrado la precaria industria nacional. Mucha oferta, mucho de todo, hipnosis colectiva de un mercado expuesto para su contemplación porque muy poca gente compraba, eran contados los que serían de las tiendas cargando un paquete doblemente pesado por la angustia del crédito a plazo. El resto miraba, vitrineaba con las manos en los bolsillos tocándose las monedas para la cuenta. Pero venía septiembre y a pesar de todo, las vitrinas ostentaban cuelgas de banderitas y símbolos patrios que uniformaban con su tricolor el urbano semblante. Cabeceando en el vidrio, la Lora del frente se dejó convarnar por el alboroto de la tarde. Y no supo en qué momento cerró los ojos y al abrirlos por un violento hincazo ya estaba llegando a esos prados

de telja verde a esas calles amplias y amplias donde las mansiones y edificios en altura narraban otro país. Y era tan poca la gente que se veía en sus calles desiertas, apenas algunas empujadas paseando niños algún jardinero recortando las enredaderas que colgaban de los balcones, mas una que otra anciana de pelo azulado tomando el fresco en los regios jardines. Frunciendo los ojos, la Loca del Freno leyó los nombres de las calles que pasaban fugaces: Las Lunas, Las Anapotas, Los Crisantemos, Las Violetas. Me para en Las Petonias, le dijo al choter que le dio una mirada sarcástica mientras hundía el freno. Una alta reja de contención cerraba la calle, y en un costado, en una caseta de vigilancia un nativo con traje de caballero le frenó el paso apuntando con una metralla. Dónde va, le preguntando el paquete que a lo ca apretaba en sus manos. Vengo a dejar un trabajo donde a señora Catia que vive aquí al lado es la señora del general Chuzar que me está esperando. Hume y pregunte. Esperese aquí, le contestó el hombre amado mientras entraba a la cabina para hablar por teléfono. Cuando volvió tenía otra expresión más cordial. Adelante puede pasar, le sugirió abriéndole el portón de acceso. Muy amable, ven le canto ella mientras se fijaba en las manos oscuras y potentes que apretaban el arma. Está bueno el conscripto, pensó. Y por esos dedos largos debe tener un guanaco que me duele solo de imaginarlo.

Al tocar el timbre de la enorme cawina una voz le gritó: *Pase, está abierto.* Era la empleada de doña Laura, la gorda y simpática sirvienta que desde el jardín lo invitaba a pasar por la puerta de la cocina. La señora está ocupada con unas amigas, dice que pase y la espere un rato. *¿Quiere tomarse un tequio o una bebida?* No se moleste, yo la espero aquí, le contestó a la mujer, que sonriendo lo dejó solo en la enorme cocina, tan reluciente con sus azulejos amarillos tan brillante en la hileras de copas azules y poncheras que chispeaban en los estantes. Cómo le gustaría tener una cocina así, tan fresquita con esas cortinas abandonadas que mecia en un hospitalario de ese lugar. Porque a verdad, con tanta baldosa y esa hileras de cuchillos plateados que colgaban de la pared, esa nueva parece clínica de lujo, se dijo, dando vueltas por el espacioso recinto, que ni siquiera oía a comida. Debe ser porque los ricos comen como pájaros, apenas un peubuché, una cagadita de margarina diet en una cascara de pan dietético. Era lo único que le habían ofrecido en esa mansión donde chorrreaba la plata. Ahí mismo en la cocina, cada vez que venía a dejar un *tatapi* después de estar una hora en micro, cogarla de hambre, lo único que le servían era un agua de té y unas migas de pan con un aparataje de cubiertos y sacarinas. Nada más. *¿Será que esta gente nunca ocupa el comedor?* Porque deben tener un comedor en esa casa

rojas a la derecha, las azules a la izquierda. No, mejor al revés, dejando la de cristal translúcido al centro, porque habrá muchos brindis, con champana, vino blanco y también vino tinto para acompañar la carne, porque a los hombres les gusta a medio asar, casi cruda, cosa que al enterrarle el cuchillo la tajada se abra como una herida. Lo podía ver, podía sentir las risas de esos hombres con uniformes llenos de puchas y galones dorados rodeando la mesa. Primero los vio graves y ceremoniosos antes de la cena escuchando los discursos. Y luego, al primer, segundo y tercer trago, los veía desabotonándose el cuello de la guerrera relajados, permitiendo que las espaldas con sus saldos por la patria —os salud por la guerra— los salud por el 11 de septiembre porque habían matado a tanto marxista. A tantos jóvenes como su inocente Carlos, que entonces debe haber sido un niño cuando ocurrió el golpe militar. En su cabeza de una memoria la el chocar de las copas se transformó en estruendo de vidrios rotos y licor sagrado que corría por las bocamangas de los agregados generales. El vino rojo salpicaba el mantel, el vino lacre rezumaba en manchas de coágulos donde se alojaban sus pajaritos, donde matilmente crecaban sus querubines como insectos de hilo en harcados en ese espeso festín. Muy de lejos trompeteaba un himno marcial las galas de su música que, alternamente se iba acompañado por las cartajadas de los

genetáes babeantes mordiendo la carne jugosa, mascando fieros el costillar graso, sanguinolento, que goteaba sus dientes y enmataba sus bigotes bien recortados. Estaban ebrios victóricos, no sólo de alcohol, más bien de orgullo, de un soberbio orgullo que vomitaban en sus palabrotas de odio. En su ordinaria flojencia de solarse el cinturón para engullir las sobras. Para hartarse de ellos mismos en el chupeteo de huesos descarnados y vísceras frescas maquillando sus labios como pavas machos. Ese juego de cadáver pintaba sus bocas, coloreaba sus risas mariconas con el rouge de la sangre que se limpiaban en la carpeta. A sus ojos de loca sentimental el blanco mame bordado de amor lo habían convertido en un estropajo de habas y aserrinos. A sus ojos de loca lavandera, el albo lienzo era la sábana violácea de un crimen. La montaña empapada de patra de nido maldragaban sus paperos y angelitos. El cavernoso gong de un reloj mural la volaba castrando una asquerosa náusea en la boca. Un estomago y el deseo pavoroso de huir de ahí se recoge el manto de un toro de bilis evaporado y salir disparado cruzando la cocina al azar hasta la puerta de la calle. No le ha podido respirar, más bien tragarse un gran sorbo de aire que le diera fuerzas para llegar hasta la reja donde el milico de guardia le preguntó amable. ¿Que le pasa? Se siente mal. Está paudo. Y ella sin mirarlo, le contestó: No se preocupe,

es un bochorno de la edad, uno va no está tan joven. Y camina pauleta por la calle queriendo doblar pronto la esquina para desaparecer de esa mirada impertinente.

Después de varias cuerdas, recién pudo preguntarse: ¿Por qué había actuado así? ¿Por qué le bajó ese soplido de loca que tal vez la había hecho perder a su mejor clientela? A la señora Laura, que se iba a poner furia con él por no haberle entregado el mantel. Bah, vieja de mierda. ¿Qué se cree que una la va a esperar toda la tarde porque ella está atendiendo a sus amigas milicas? ¿Qué se cree que una es eluna de ellas? Todo porque tiene plata y es la mujer de un general. Uno también tiene su dignidad, y como dice Carlos: Todos los seres humanos somos iguales y merecemos respeto. Y apretando el paquete del mantel bajo el brazo, sintió nuevamente y por segunda vez en ese día una oleada de dignidad que la hacía levantar la cabeza, y mirarlo todo al mismo nivel de sus murciélagos ojos.

*Por eso fue
que me viste tan tranquila
amenazando seriamente
bajo un cielo más que azul.*

Estaba a media tarde, no había hecho nada de lo que pensaba hacer. Tal vez algún día iba a necesitar los trabajos de esa vieja y no debían

dejarse llevar por ese impulso. Pero bueno, ya lo había hecho. El sol apareció entre las nubes negando la posibilidad de aguacero y la ciudad fue víctima de ese resplandor cobrizo que arrastra por las aceras la resaca castaña del invierno. Pensó tomar la primera micro y volver a apido a la casa, pero aún era tan temprano y hacía calor que no se dejaba llevar por el traqueo incierto de un impulso. Eran muchos días que la obsesión de ese muñeco llamado Carlos la tenía encerrada esperando sus sorpresivas visitas. Pensar de él, imaginándolo tan suyo, que la calle había perdido atractivo para su loca patria dura y transiente. Y ya no le interesaba tanto como ayer, cuando solía bajar la el acatado del alba buscando un hombre en los zaguanes de la noche. El amor la había transformado en una Penélope domesuca. Pero nunca tanto, se encontraba, mirando achinada la numeración de las micros que paunaban el asfalto. Apeyando, Providencia Alameda Recordaba que aquel día se decidió de un salto recordando a las chiquillas de Recordeta, sus promesas a las has a quienes las tenía en el olvido y hacía varias semanas no sabía nada de ellas. La ciudad, zumbando en la película de la ventanilla le pareció más cálida al descender del barrio alto como en un tabogar de acurro humano por el laberinto de avenidas. De nuevo a la Alameda con sus estibados gises abrumados de estrog, de nuevo el centro y su homiguelo acelerado de

gente, y una vez Mapocho en su humareda de
pescado frito y vendedores de fruta en mangas
de camisa, agarrándose el bulto en relajado co-
mercio de tornasoleada vitalidad. Pese a todo
era su Santiago, su ciudad, su gente debatién-
dose entre la sobrevivencia apartada de la fic-
tadura y las serpentinadas tricolores flotando en
el aire de septiembre

¿Cómo se me ve este Chapo Nina Ricci? Augusto, me lo mandó Gonzalo de las Canarias, ¿viste que este chiquillo es carmoso. Imagínate que entre todos sus trámites en ese encuentro de esultistas donde fue invitado, se acordó de mí. Porque yo se lo encargué amarillo oro como se usan allá. Le dije: Gonza, si ves un sombrero de ala ancha parecido al que usa a porreta Margarita en esa revista mandámelo, valga lo que venga que Augusto aquí en Chile te da la plata. ¿Y viste que no se olvidó ¿viste que es buena persona? Y no pongas esa cara de amarte pensando que costo un dinero — apenas quinientos dólares, una ganga, una barata — comparado con la fortuna que tu ganas en los fierros mohosos de tu colección de armas. Y yo no te digo nada, nunca te he dicho que esas chatarras me enaucian el papel mural. Nunca te reeprimé por esa pistola de Hitler que tú que las comprar en Madrid cuando fuimos al funeral de Franco. Imagínate pagar treinta mil dólares por un cachueto así. Además, si siquiera tenías la seguridad de que era auténtica. ¿Y o

no fuera porque yo te di el pellucón en el brazo, si no fuera porque yo me di cuenta que esos tabificadores tenían un canasto de pistolas debajo del meson, tu caca redondo como gringo tonto con esos españoles ladrones. Yo creo que te vieron la cara de chileno o te reconocieron por las fotos de los diarios. Porque nunca vi tanto fotógrafo y tanta gente verdaderamente aristócrata como en el enserto del general Franco. Nunca, pues, Augusto. Jamás tuvimos la oportunidad de codearnos con la realeza. Porque no me vas a decir que tus amigos generales del Club Militar son gente fina, menos sus mujeres que se visten como empleadas domésticas en día domingo. Con esos trajecitos dos piezas de liquidación de Fababella, o esas batas burca-las sin gracia como sacadas de la Pérgola de las Flores. No me digas que no te has dado cuenta como se visten, como me miran, como me saludan haciendome la pata, cómo tocan las telas de mis trajes diciendo: Qué elegante es usted, señora Lucy, qué bien le queda esta se la tar exquisita. ¿—and you see que en el fondo se las come la envidia. Y no me mires así como diciendo que soy una vieja peladora. Por algo te casaste conmigo. No. Porque de jovencita mi madre me educó con clase y me enseñó los secretos del buen vestir. En ese momento sonó el teléfono en la otra habitación y la Primera Dama cacareando salió del dormitorio para atenderlo. El Dictador de gafas oscuras

estaba urado en el lecho como un elefante somnoliento, escuchando entre nubes la verbosidad hosugosa de su mujer. Por detrás la vio caminar chancleteando en los tacones amarillos, y la recordó de diecisiete años como la liceana canpestre que él conoció en la sencillez de la provincia. Y era otra mujer, una chiquilla recatada que recién había salido del colegio de monjas y asistía a su primera fiesta en el Club Militar. Entonces se veía tan bonita con su vestido de encaje en flor. Parecía una huastita tímida sentada en un rincón cuando él la sacó a bailar. Y ella lo miró hacia arriba con su cara de codorniz y le dijo: Pero esto no se baila, sargento. Sería una ofensa al Ejército bailar una marcha militar. Entonces la conversamos, le contestó él sentándose a su lado. Y ahí comenzó todo, allí se habían conocido, enamorado y casado con la promesa de tener muchos hijos. Se felicitó para siempre. Mas bien aguantaba para siempre. Soportar como su mamá parlotea que en la otra habitación para variar hablaba por teléfono. Terminaba de hablar y seguía hablando al regresar al dormitorio. Era la Caca. Era la mujer del general Ortúzar que te invita a cenar para el 11 de septiembre. Yo le dije que no estaba segura, que después sí confirmaba porque ese día tenemos tantos compromisos. Tan regia que es la Caca Ortúzar, que una hija ciertamente que mando a bordar una tela especial para la ocasión, pero estaba

tan deprimente porque tuvo un problema y no
va a estar listo para el 11. Yo le dije que haríamos
lo imposible para estar allí, pero si se nos pre-
sentaba un imprevisto, le daba más excusas de
antemano a ella y a todas las señoras de los ge-
nerales que son unas verdaderas damas. No es
cierto, Augusto. Pero el Dictador no le condes-
cendía sus vidrios negros de sus gafas dormía
profundamente sonándose en un gran empuje
ro. Con su traje de gala, cruzado por la banda
presidencial, marchaba como siguiendo el can-
cio de la carroza mortuoria, que cascabeleaba
tridía por cuatro pares de caballos. Dos mil
tambores tocaban a ritmo el redoble acompa-
ñado de la marcha. En las calles vacías, nada
daba de su andar por su drástico mandato, con-
gela-
han gigantescos respingos de seda colada
medidas longitudinalmente por la brasa. En cada
esquina de la ciudad, batallones formados en
file, desfogaban salvajes adios a su lugubre pa-
so. Y rasgando el vapor grisáceo, le asprava
una floritura de hilos gruesos a noignaba el pe-
so metálico del cortejo. Era el único color ex-
presamente elegido por escrito de su pila y le-
tra en el testamento. Porque era su funeral,
abona que lo pensara se daba cuenta ver de se-
tan solo como único protagonista en ritual de-
cto, marchando tan naufrago y abandonado
por las aves y las desercas acompañadas sus
despiques. Y quiso despertarse al amanecer ya
la mañana de su alcoba donde murieron

antes retoraba como Nerón en su lecho, donde la charla de papagayo que gorgoreaba sin parar mirándose en el tocador se oía tan lejos, apenas un murmullo agudo que lo sacaba al mundo y le confirmaba que todo era un sueño. Más bien una terrible pesadilla, obligándolo a caminar pisando las flores muertas de sus exequias. Andar y andar por el cemento reblandecido de la ciudad, hundéndose hasta la rodilla en un mar de alquitrán, de cuerpos, huesos y manos descartadas que lo tronchaban desde el fondo hasta sumergirlo en la espesa melcocha. Ese barro ensangrentado le taponaba las narices, lo engullía en una sopa espesa avinagrándole la boca, asfixiándolo en la inhalación torcida del pavor y la violenta taquicardia que le mordía el pecho, que lo hizo bramar con desespero el aullido de su abrupto despertar, sudado y muerto, temblando como una hoja, con los ojos abiertos a la cara de su mujer que lo remecía diciéndole: Que te pasa hombre. Otra vez te quedaste dormido con las manos cruzadas en el pecho.

Pocas veces salía a la calle a virrear, como decían sus amigas que vivían al otro extremo de la ciudad. La Lupe, la Fabiola y la Rana, sus únicas hermanas con las que compartaban un caserón por Recoleta, cerca del Cementerio General, en ese barrio polvoriento lleno de conventillos, pasajes y esquinas con boullé, así donde hacían nata los hombres, los jóvenes pobladores que pasaban todo el día borrachos avirreándose al sol. Así de ebrios y sin un peso, era fácil para sus amigas arrastarlos hasta el casey y luego adelantarse a los autos de vino tinto y terminar las tres a poto pelado compartiendo las caricias bobotas del ahorrado hombre. No sabes lo que te pierdes, linda, por no venir más seguido, le susurraba la Lupe, la más joven del trío, una negra treintona y chicha fresca, la única a la que todavía le daba para hacer show y vestirse como la Carmen Miranda con una multitud de plátanos que zangoneaba en la cara de los totos corados para despertarlos. La Lupe, hecha de anzuzo, levantaba hombres atados en la verdad, hombres vagabundos espulsados de su

hogar hombres cesantes que vagaban en la noche ocultándose de las patrullas hombres del Sur que llegaban a la capital con lo puesteo, y después de caminar semanas enteras buscando pega y durmiendo en las plazas, se encontraban con la Lupe, y sin pensarlo se encaminaban con ella por Recoleta hasta la casa donde aguardaban teperal, la Fabiola y la Rana, las dos viejas volizas abiladas de pan. En esa casa siempre había algún hombre dispuesto a desholotear algún orto desconocido. Esta casa se la pobre se la lea y hombre porque no tiene los cornudos y copines de caso que tiene a tu va tampoco nos visita amigos ni visitantes para recitar poemas de amor, le decía sarcástica la Rana, pero gracias a Dios todas dormimos tranquilas, ninguna toma Diazepam, porque cada noche no nos falta el pedicelo para sonar a los angeles. Y remataba el chiste con una violenta risotada.

Eran sus amigas, las únicas que tenía, y les aguardaba sus chistes y condas porque en esa relación de primas con el caso, los años habían engendrado cariño. Luciano antes de entrar a su casa cuando ella era una calle era peñolita, la única que le había dado a quince y un plato de comida era la Rana, una veterana cola de noventa kilos que la acogió como una madre, aconsejándola que no se dejara morir que la contactara con el trago que era la ra al curagulla que la hundió en el vicio, que

hombres había muchos, sobre todo ahora con la cesantía y los milcos. Tira pa arriba, niña, que aún estás joven, la encaraba la Rana, obligándola a banarse —prestándole ropa limpia— mientras quemaba con asco los trapos que hervían de piegas ahijarrados por el fuego. Después la Rana le dio trabajo. Porque no va a estar de princesa la linda aquí, pue. Así que toma esta sábana, esta aguja y saca hilo de color para que aprendas a bordar. Pero yo apenas sé escribir pos, niña, no creo que aprenda. Es parecido, fíjate bien, la puntada debe ser bien fina y seguir la línea del dibujo. Todo se aprende en la vida mirando, chiquilla, igual que la cochina, que la aprendiste solita. ¿No es cierto?

Así, la vieja Rana le había dado las armas para ganarse la vida bordando sevilleanas, mameles y sábanas con punto cruz, con bolillo, con deshilado y naveta que aprendió a manejar como una experta en poco tiempo. Y la vida le fue cambiando al recibir partes de trabajos caros para tiendas pitucas y lencerías a las zonas que aún conservan la costumbre de la lencería hecha a mano. Y por eso se tuvo que ir de esa casa, porque superó a la Rana en sus diseños más novedosos en su puntada pioja, metuculosa y delicada que coloreaba de oros los capullos de su sedoso bordar. Y luego las antiguas clientas de la Rana se encargaban a ella los trabajos, pidiéndole tarifas exclusivas porque al hacerla ya estaba medio ciega y hacía todo al lote.

Cria cuervos, le dijo con sorna la Rana una tarde que ella venía llegando cargada de paquetes y encargos de trabajo. Que a las se atrevió a preguntar la Loca del Frente. Mientras desempaquataba capas de helos, creas y benzos, mostrándoselos a la Fabiola que disimulada presintiendo la tormenta, salió de la pieza como cecate. La Rana se había parado comiendo una enaja agresiva con los puños en las caderas. Me e agave haciéndote la máscara muerta, más con cuidado. Te recogí te di de comer, te limpie la mierda, te enseñe todo lo que sabía y me pagaste con hetumadre. Nadie te obligo, le contesto en un susurro el coliza. Al tiempo que la Rana se le vino encima en una toneladas de pedretas y patadas que la tiraron al suelo rodando enredada entre las telas que no la dejaban ver que se despedía para se que la empujaban sin poder detenerse de ese elegante furioso que a agarro del pelo, porque entonces tenía pelo, y a punta de chueca en el buco la sacó por la puerta hasta la calle. Y ahí después de darle dos corchos de vapor a escupir, diciéndole. Te fuiste de aquí y agradecer que no te mato, mucón con olor a caca.

Pero eso había pasado hacía tanto tiempo, largos meses solos en que no volvió a ver a sus amigas. Y tal vez porque los rulos no son retrocorrosos, o porque de tanto recibir golpes unos pelos más son como olas en el mar, así da la pedorra, una manata haciéndose la amotosa.

llegó con una docena de pasteles para lenar los
rencores del reencuentro. Y a vos quién te in-
vitó, le gruñó la Rana al verla, parada en la
puerta con la bandeja en la mano. Pasaba por
aquí cerca y me acordé que a ti te gustan los
pasteles de crema. Y murmuró mirando al suelo
como una niña tímida. La Rana se mordió el
labio y permitió que a su corazón de tero lo do-
blgara la lástima, más bien cierta ternura que
te empantolaba los ojos anfibios y volvió a mirar a la
Loca del Frente, tan enclenque, tan entumida
en el marco de la puerta estrandote el paquete
de pasteles resendidos por la tierra. Pase por
aquí hace λίγο. Que viento te trajo por aquí y la
invito a pasar te tomando un alavez ronca de
Rana-Reina.

Después de aquello volvió una y otra vez a la
mansión de las tres princesas, como de costumbre
la recibía en el porche mirando las cucar-
achas que horregaban a sus pies. Como es-
ta vez en la mañana le preguntó cómo recogía
con un trapo mugriento las pozas de vino que
había dejado en la mesa la noche anterior. ¿Y
cómo está ese guapo Carlos se llamo? insistió a
la loca tratando de hacerla hablar que una vez
más le contara la tarde del picnic cuando Car-
los manejaba el auto a tu lado rozándole con
su pierna la rodilla. Ah, embias que haber as-
nado, la recriminó. Esa fue la oportunidad de
haberle torcido mano, nma, si te la estaba dando
en bandeja. ¿No iban solos? No era de noche.

«No le has hecho tantos favores prestándole tu casa para que guarde bulios. De alguna manera tendrá que pagarte. No crees. En algún punto se arrepintió de haberle con a ver por que la Lupe era una loca tonta que no entendía nada. ¿Que podía saber del amor esa maica estúpida que solo pensaba en ir a la disco gay. Para can biane el tema le preguntó. No estás las chiquitias. Por suerte dijo la Lupe suspirando mientras se echaba en un desatallado sofá. La Rata fue a entregar un trabajo y la otra se salió por maniconcando andara. Pero siéntate tonta. ¿Que es un techo. Mientras la Lupe iba poner la teleta, recorrió con su mirada las murallas cuarteadas de la habitación, los calenteros y techos de bombas masculinos que tapaban las grietas, el algodón embreado de una tela por donde una araña se descolgaba con desfachatez. Aquí no hay ninguna Camacenta que tanto este chiquero le guto a la Lupe que en la cocina campateaba las tucanas y tazas. Lamentoso una chira mugrienta y malagradecida que hace tiempo se fue le contesto la otra tirando el conchazo al tiempo que cruzaba la zona con astacitas en la mano. Había sido una princesa con clase que no se portó la magia, musito la boca del frente, estirando el cuello con un desprecio de avipa real. Ni sabe, era una tula que aprendió a bordar manteles y ahora se cree culta porque tiene un hecho universitario. Carlos creo que se llamar

Y las dos se rieron la risa mientras soplaban enfriando las humeantes tazas de té.

Cuando se despidió de la Lupe aún había luz en el cielo, pero espesos nubarrones venían subiendo tras la cordillera adelantando la noche. Bajo el brazo apretó la bolsa plástica con el mantel como si fuera su ajuar de novia. Había hecho bien al no entregárselo a la señora Cautas salir huyendo de ahí. Seguro que no lo llamarían nunca más, seguro que había perdido su dinero cuenta y sobre todo ya no contaba con la plata que le iba a pagar por su trabajo. Se había hecho algunas ilusiones con esos billetes, para pagar el arriendo, comprarse una pila de ropa, pero sobre todo darle una sorpresa a Carlos para su cumpleaños. Y faltaban solo unos días. Pero tenía otras clientas a quienes pedirle un adelanto por sus negos de sabanas y tandas que estaba bordando. En fin, de alguna forma se iba arreglar. Dios sabe más y acérrgicamente se repitió respirando hondo, como si quisiera tragarse el cielo de arboles rutilantes que se reflejaban los vidrios de la moto en su retorno a casa. El vehículo comenzó a llenarse a medida que cruzaba la ciudad acercándose al centro. Era la hora de salida de los oficinistas y obreros privilegiados que tenían trabajo. Ella venía sentada a la orilla del pasillo, donde los hombres sudados de cansancio le entregaban el bulto al pasar a su lado. Entonces ella se quedaba quieta y sin respirar sentada al lado de ese

ánima, posado en su hombro, era solo un minuto de éxtasis roto por el vozarrón del chofer ordenando que los pasajeros se corrían para el fondo. Pero el joven obrero que se paró tanto a ella ni se movió, es más, cuando la histeria apretada de gente pasaba a su espalda, le apretaba su entrepierna apegándosele al brazo. Y en el amasado de cuerpos que se bambolecaban con las frenadas de la micro, la Loca del Frente sintió cómo ese loro reptil se iba tensando en la contorsión de un enjaulado resorte. Lo sintió crecer nervudo como una pitón enroscada en su antebrazo. Y no se atrevía a levantar la cabeza para ver al responsable de ese mas turbulento que ya currucho de carno moza a las cadenas recalcante, disimulando las puntas castas con el vapor de la micro. Estaba a punto. Venía tan encima suyo apastándole el costado, totitando en los estretores de la vacilada venditera. ¿Me da permiso, por favor?, se atrevía a decirle al truco lacha, que desvencinado ya dejó pasar sintiendo el agarrón desesperado que la Loca del Frente le dejó como despedida. Yo sabe le falta Dios, pero yo me entré a la paja de la micro entre codazos y apretones de la gente. ¿Qué día' me pasó de todo en un micro chanceteando la vereda del barrio desde la cabeza correteaba ¡guercando los canchazos de amor hacer! Una pelota vino rodando hasta sus pies, un pa' de enroscado de tras para alcanzarla. Ella se detuvo, un momento, evocando su

ninez y el terror que siempre le provocó ese brutal juego del fútbol. Y enfrente, los dos niños también frenaron la carrera aguardando su reacción. Los dos pequenuelos, con los ojos muy abiertos, esperaban que ella les tirara la pelota. Qué mas da, pensó, no se me va a caer la corona por un pelotazo, y le dio un chute al balón, que voló girando sobre las cabezas de los chicos. Algun miedo del pasado se irizó con orgullo, y mas relajada se dejó aplaudir por los chiquillos que herían el crepusculo con el cascabel de sus risas. Son niños, solamente niños, se repitió mientras abría la puerta de la casa completamente oscura a no ser por el hilo de luz que se filtraba desde el jardín. Tengo que comprar muchos globos y serpentinas y dulces y cometas para que los cabros metan hasta su lla, pensó emocionada imaginando la cara que pondría Carlos con esa sorpresa. ¿Y quien le haría la torta?

¿Hay alguien por aquí?, preguntó con la voz colozata goteando con una segunda pesadilla de una claridad de luz tibia reptando bajo la puerta. Pero nadie le respondió, ni siquiera su propio eco cuando arrastrando a la coxa vieja escalera arriba, hizo sonar los tacos imaginarios escancaleta y deliriosa. Visto volvió a preguntar exhalando la lengua al llegar a la planta alta. Pero Carlos no estaba, ni huces de él, solamente un revoltijo de coques aplastados, que de al parecer el muchacho había dormido toda la

ludie. El ojo de mierda ni siquiera fue capaz de ordenar ese despelote. Y si yo no estuviera esto sería un chiquero inmundo, rezongó tomando la almohada con tibia que sostuvo su cabeza. Todavía guardaba su olor y la huelga de su cara estaba fresca en su raso húmedo que bebía su boca. Tal vez ella le trajo una oleada de ternura, un hilo eléctrico que la recorrió entera con su escalofrío sensual y peligroso.

*Tu aliento fútil
fuego lento
que quemó mis venas
y mi corazón*

El recuerdo de esa canción de Sandro la movió a entender la radio para reemplazar su ausencia con bandadas románticas, para llenar de besos y suspiros el vacío de su cuerpo amoldado a otros cuerpos. Ay, no sé, para que la radio me lo cubra en la ausencia de un amante que tiene existencia sin él. Pero por más que todo la pedía buscando su bálsamo cancionero, todas las emisoras parecían hablar la misma voz del Dictador hablando por cadena nacional. ¿Que honor! como si no hablara nunca este vejatorio griton. Como si no se supiera que es el único que manda en ese país de mierda, desde 1960 ni siquiera puede comprarse un tocador para cubrirse lo que quiere. Y pensando a bien es eso que iba a necesitar para el cumpleaños de

Carlos, un tocadiscos, como el que tiene la Rana guardado debajo del catre para que no se lo roben los ratos. No creo que la Ranita se cague por prestármelo. Ella sabe que soy delvata, sabe que se lo voy a cuidar porque conozco su significado; ella me contó que es la única reliquia que conserva de ese presbítero que regió a la en el Norte. Cuando era doña Rana y el alcalde en persona la venía a saludar para el día de fiesta la única casa de putas que tenía tocadiscos, niña, por eso venía el alcalde, y cuando estaba bien curado me sacaba a bailar un chachacha. Te contaba la Rana en esas tardes lluviosas cuando la vieja la recogió de la calle y le enseñó el arte de bordar. A mí me gustaba este disco que cantaba mi mamá cuando yo era chica, decía la Ranita, enchufando el aparato, abriendo un abanico de long plays en una nube de polvo. Aquí está, es la Naita Montiel. Mira escuchá. Entonces la Rana entornaba sus ojos capotados y se dejaba envolver por el chasquido rezagado de la aguja titilando en el aire los violines y la comparsa angelica de esa evocación. Algo en la Luca del Frente se fragilizaba en su alma de perla traste, algo incierto la dejaba como un estambre de tulipán sobrecogida de emoción viendo a la Rana flotar en el alarde maridotea de esa voz, musitando en silencio la letra cristalina que cantaba sacandote. Que toda era esa música. Como al herida de hueso compartí con su amiga Rana esos lejanos días. Pero algo

se quebró para siempre después de la pelea y luego que la Rana la sacó a punta de patadas de esa casa. Y aunque ahora el tiempo había borrado los recuerdos, entre ella y la Rana igual se levantó un muro de contención. Por eso, creo que no me va a prestar ese disco que no está en casa. Aunque me gustaría tanto que Carlos lo escuchara. Pero no importa, con el tocadiscos me basta, y los discos los puedo buscar en el mercado persa que está lleno de long plays viejos, y es posible que hasta encuentre el cumpleaños feliz.

Cuando escuchó el trote en la escalera, reconoció sus pasos de atleta que subían de cos en cos. Tres días que no apartaría el desgraciado, tres mananas, tardes y noches que la hizo pensar lo peor tomando gotas de homeopatía para calmar el tambor tronante de su pecho. No lo miraba, permaneciendo indiferente mirando por la ventana cuando Carlos entró precipitado saludándola a la rápida sin ni siquiera darse cuenta de su total apatía. Vengo de pasada, le dijo. Tengo que lavarme dos cosas de estas porque necesito con urgencia estos libros. Así es que disculpame, porque te voy a dejar sin mesa de centro. Y sin esperar respuesta Carlos recogió la maleta de flores plásticas, las cartuchas, los ceniceros y la carpeta de broderie que cubría los cajones. No te puedes esperar un poco, tienes que ser tan rápido. Le echó ella calmada sin darse vuelta, con la vista

perdida en el mar plateado de los techos. Carlos detuvo el gesto de arrastrar las cajas hacia la puerta y acercándose a su espada, le puso la mano en el hombro que ella retiró con frialdad. No me toques, no quiero que me trates como si consolaras a una puta vieja. No fue mi intención, dijo Carlos confundido. ¿Que te pasó ahora?, ¿qué te pareció mal? No puedo venir todos los días porque tengo que estudiar las cosas tan importantes... tan importantes... que si tú las supieras... No me importa, no quiero saber nada. Nunca te he preguntado nada. Pero entonces, por qué te pones así porque me llevo estas cajas. No es eso, son tuyas y al fin tenían que irse, como algún día tú también te irás. Esto es el comienzo de algún final, dijo ella, como si le hablara a la acuarela nublada de la ciudad, a ese cielo triste que el atardecer marchitaba de colores. Ahora Carlos se había sentido confuso, y una curva de preocupación alteraba el trazo terso de sus lindas cejas. Lo había conseguido con su diálogo de comedia antigua, había logrado conmovier al cielo y lo había hecho entrar en la escena barata que representaba su loca fatal. Lentamente fue girando sus hombros hasta quedar frente a él, mirándolo con una llamada de sebra oscura. Nunca te importe ni un poquito el asunto moviéndose el labio. Nunca, se repitió teatrera, tragándose el nunca en un sollozo ahogado. Lo único que le importó era que te guardara esas

cajas de mierda. Tú sabes que no es solo eso. Le contestó Carlos improvisando una explicación. Y que más, ella le increpó desafiante. Bueno en todo este tiempo te he tomado cariño. Hemos compartido tantas cosas, ni música. Hasta me he aprendido de memoria algunas canciones. ¿Quieres que te cante alguna para que se te pase la mala ruda. Pero si yo nunca te he escuchado cantar. gorgoreo la Lucha del Frente dejándola a rapac en el suelo. Ah no, es que tú no sabes que soy un gran cantante, respondió Carlos parándose hidalgo con una mano en el pecho, y carraspeando la dejó en el boteo desafiando de sus noyas.

*No hay bella melodía en que no surjas tú
ni yo quem escucharla si no las escuchas tú,
es que te has convertido en parte de mi alma,
y nada me consuela si no estas tú también.*

En ese momento la voz de Carlos se quebró en un grito lírico que no hizo rones y oser desandose le nos ojos de lágrimas por el ahogo y la risa que se ataró por el sin poder parar sin poder repetir esa relación de gna esa con reson de las carcajadas que les apretaba el estomago con los ojos anegados de lágrimas tendose a tras no poder unidos por el chivo de Carlos, que se le vino encima abrazandose en un palmeto de caricias aristosas y cosquillas en las axilas que la reventaban de risa en sus brazos.

que la hacían querer huir desprendirse de él. Ya está bueno. No sigas, güevón, que me muero.

¿Molesto? La voz de la mujer en la puerta los separó de un plumazo. Carlos se puso como un tomate y con nerviosa seriedad retrocedió unos pasos intentando decir algo. Hace media hora que te estamos esperando ando, en el auto. No tienes respeto por el tiempo de los demás. La interrupción fue un aleteo extraño que escucho de gravedad el air buente. ¿Caritas son las cartas para pedirte a alguien que las baje va que tú estas tan ocupado, dijo la mujer con sorna mirando el decorado estalalario de la casa. No se trata de eso, señoría, salto la loca, él va se iba, va ha queza le chitexuve conversanda. Ustedes no se conocen, interrumpió Carlos tratando de bajar la tensión. Ella es Laura, compañera de universidad, y él es el dueño de casa. Así es pues, linda, le enrostró la loca con un guiño de manos, y como usted que es universitaria debiera saber para entrar a una casa siempre se pide permiso, y eso también es respetar el espacio de los demás. Y sin más trámite salió de la pieza, no rana de indignación al tiempo que Carlos iba tras de ella pidiéndole que disculpara a su amiga. Porque es muy joven, porque no te conoce porque había sido que estaba esperándome. No te enojas otra vez, y trata de entender que después te explico. Y se había ido de pautas la valetita de rana, andole el famoso después te explico. Como si ella no se hubiera dado

cuenta que esa mujer era su novia, su amante o que se yo. Que patudez venirse a meter a mi propia casa con esa mala facha de puta. Con esa nariz adondata apretada y esos glóbulos de tetas que se le arrancaban por el escote y ese largo pelo sedoso que se alaba sacándole pira a sus tres mechitas de vete cabra. Mire que compañera de universidad, las chaquillas estudiantiles no se le arrancaban por las axilas — tan lindas — mucho en un momento mirándose al espejo del baño que le devolvía su triste máscara de luna ajea. Un arrellado azogue mucho bordeaba su reflejo cuando en el cristal y la resaca de los años se había aposentado en charcas acuosas bajo los ojos. La nariz nunca espigada pero alguna vez tenía habido su timbido a la gravedad lujosa de la vejez. Pero a hora que amano abundaba con todo que mora su beso (traves) todavía era capaz de atraer un manojo con el mismo labia de su libertad perfecta. Nunca fue bella ni siquiera atractiva lo supo de siempre. Pero la compañía en mancha de sus largas noches había conformado un andar o sondeo para sostener un brillo intenso en el misterio de sus ojos. Con eso me basta se conformo al anciano en un tanto os pupulos con un alce de pestañas mochas.

LA MAÑANA DE ESE DÍA cortaba los espacios de la casa con bombas de luz dorada que repartían los ambientes en acuarios translúcidos, con exótico diseño. La Loca del Frente amononaba los cojines y alineó una serie de cajas en el centro de la habitación como una larga mesa que fue cubriendo con el mantel de los pajaritos y angelitos. Porque no creo que en Cuba, como dice Carlos, usen manteles tan finos en esos cumpleaños de tantos cabros chicos. Ah, mas, manteles de plástico por si los meaos derraman el chocolate. Pero allá hace tanto calor y esa gente es tan pobre que a lo mejor les dan puro agua. Ya propusiste el chocolate, pero corriendo a la cocina donde en una gran olla se agoraba el espeso líquido, a punto de rebalsar su ebullición. Por suerte me acordé, respiró en un suspiro de alivio... apagando el gas, y con una coctara de palo probó el humante brebaje que despetía fragancias de canela, clavos de olor y ralladura de limón. Rico, rico, como le dijo el cura al piro. Esa le chapuse los bigotes, y espero que me avance para todos los chiquolitos

de la cuadra que se me ocurrió invitar. Porque de seguro vendrán todos como les dice a las mamás que no te dan que traer regalo. Y por decir a la Carolina y Jeanette. Y puede ir a dar al Pablito Felipe?, que nunca ha ido a un cumpleaños. Y no va a invitar a la Cecilia Paulina que es tranquilita. Yo me esforzo por a cuidar la lección las viejas. No de ninguna manera digno importante. Solo a nos nada más que zumbos pueden ir a a besta. Y en realidad había ocurrido porque ella de una no en a nada. Y Carlos a veces se portaba como un cerro galdón. Cuando le ponía esas tantas de pollo marisco. Un segundo de asma me hace dala la atrape cuando a mesa de cumpleaños solo una tajada de tiempo que ella deslizo con su apetite trapunta. Leña que poner los globos todos el colores mayas azul real amarillo paño y rojo paño sobre todo rojo como creo que le gusta a Carlos. supongo por eso vamos inflando hasta quedar mareada de tanto soplar de tanto amarra hasta formar inmensos racimos que cogen desde el techo. Agregué de anchas cintas de papel que remataban en los colores matizores pegados a la pared. Nada de chafas ni esas serpientes ornamentadas que dejan todo lleno de basura, y después la única tonta que va a limpiar soy yo. La única que me falta es la parrilla y los platos cumpleaños y los gorros en ca la paesto. A Carlos le había comprado

una corona de cartón metálico va que él será el rey de esta tarde, el festejado, el que iba a apagar las velas de la torta. Y hablando de torta, tenía que ir a buscarla donde la señora del almacén, que fue tan amable cuando se ofreció a hacerle una gran torta para todos los niños del barrio sin cobrarle nada. Usted solo me paga los ingredientes y compra las velas. ¿Y cuantas velas le va a poner. La pregunta a píla desprevenida, sin saber qué contestar, porque más allá de lo copuchenta que fuera esta vieja, ella no sabía qué edad cumplía Carlos. Veniste, le contesto, porque todos llevamos veinte años en el corazón. Y salí del almacén llevando en sus brazos la inmensa torta de piña decorada como una lujosa catedral. A la salida lo detuvo el choque de vecinas que se sustaban allí a pelear. ¡Qué linda torta, vecino! Es la más grande que se ha hecho en el barrio. Debe estar exquisita. ¿No quiere que le ayude a vender algunos? No se preocupen porque ya tengo todo listo. Y después les voy a mandar torta con los niños para que la prueben. Así, se había logrado deshacer de esa manga de viejas patudas pero que en el fondo eran buenas, eran mujeres sencillas que se iban a encargar de promover la gran fiesta en todo el vecindario.

A las cinco de la tarde, ya tenía todo casi listo. En la puerta, una bulia de chiquillos carpameaba en la vereda donde las mamás los habían tomado en una larga fila para mantenerlos en

orden. Pero cuando abrí la puerta se metieron en tropel, por debajo de sus piernas, curtiendo desesperados, al tiempo que un solo grito cesó en seco. Un momento pareció así que esto no es un parto. Y el primero que gritó a haga desorden se va para la casa. El vizarrón afeminado descolocó a los chicos que se quedaron nosos esperando órdenes. ¿Tú, podemos subir al segundo piso? se le usó una pequeña desde su metro de estatura. Así se piden las cosas, mija, con educawon, así van a ir pasando de a uno al comedor, donde vamos a esperar a los chicos que llegue a tu mamá que esta de cumpleaños. A ver Carolina Patricia, tu mamá me dijo que sabes una poesía, ensayemola para que se la digaya, no. A tu Álvaro Andrés, váya a digu el coro que a va a cantar cumpleaños feliz al no Carlos cuando llegue. Ahí no quiero que vuele manitas, porque es una sorpresa, él no sabe que ustedes están aquí. Por eso tú, la viera con el Lucio, que son más grandes, te van a ayudar a prender las velitas. Por el momento, mientras esperamos, se pueñan sinta chitas para ti papitos, los gomitos y las cornetas. La vi, una na de panitos lo miraban corriendo alrededor de la mesa, como si fuera una mamá paterna. Más bien, como un personaje asexual de cuento, que a cada uno iba poniéndole el nombre con extrema delicadeza. Yo, como Manuelito me quitó la corneta. Yo, la Javiera se quedó con el gomo de princesa. Yo, la Claudia

le metió el dedo a la tarta. Tío, el Samuel me está sacando la lengua. Tía, el Manolo se equivocó y le dijo la. Las voces las iban en aumento, amenazando desbordar el orden conseguido. Basta, les gritó en un aullido maracaeca. No pueden estar un minuto tranquilas. El sonido de llaves en la puerta lo dejó quieto escuchando. Y haciendo un shut de silencio absoluto, les hizo una seña a la Javiera y al Luchan para que comenzaran a prender las velas.

De seguro, era Carlos el que llegaba, va que era el anco a quien ella le había entregado las llaves de la casa. Ahora reconoció sus trancos largos que trepaban la escalera, y cuando la puerta se abrió, un angelito coral triunfó con el cumpleaños feliz. Carlos titubeó un momento antes de entrar, quiso echarse para atrás, ponerse con la boca de rosado brillante, pero se quedó tan quieto, tan descolorado mandola veen con la torta inundada de velas, dispersando la fiesta de sus años. Se parece a Cadiz, le suplico ella a todo, casi en secreto. Y la mirada de Carlos se nubla, lo atagante, una pena tan dulce, viendo las cartitas empanadas de los pequeños de sabadito, mandole cumpleaños, Carlos, sintiendo que su pecho macho se usaba con esa estampita burbosa del rostro de la Loca del Frente iluminado por las velas, como una Blancanieves en medio de tantos angelitos. ¿Y estos años de dónde salen?, preguntó abogado por la emoción. Cayeron del cielo, le contestó ella estrándole la

torta para que su soplo potente apagara las llamas. Antes tienes que pedir un deseo. En voz alta. Como quieras, es tu sueño. Y Carlos cerró los ojos al pasaje ciego de la ilusión que se fue laminando con el verde primavera de esa fiesta en el Cajón de Maipo. Y cuando soplo con todas sus fuerzas una estampida de aplausos en un nublado una fumarola de humo sobre el formato de los cerros. Ojala se te cumpla, le confidencio ella a atrevida sirviendo bebida en los vasos y galletas en los platos. Y el chocolate Carlos que se quema en la cocina. Y asame un copón que la Paola no alcanza a la mesa, mientras yo te doy torta a la Moniputa. Y cuando con el chocolate que está leyendo Carlos, no se vayan a quemar. Y tú,UCHIN pásame la corona de rey para que se la ponga el testarudo. Así no que esta chueca se se la acomodó yo te doy pasteo en la boca a esta criatura mientras tanto el no Carlos la toma en brazos. Y Carlos pásame. Y Carlos torta y Carlos lleva y Carlos que no coman la torta con la mano y Carlos que no se pavan la mano por el pelo y Carlos que no se tuerca la torta por la cabeza y Carlos de que te ríes tu grandote dando el tiempo, honreado cuento. No me abaces con las manitas con merengue, no me hagas risquitas, huntu que no aguante que me rebato que me caigo, Carlos, sietame. Y los dos cavaron juntos en medio de la chubaca pinganfla que aborotaba la fiesta de los pitutos, rojos de

tanta risa, de tanta torta y golosinas que comieron hasta hartarse jugando a la gallineta y jugando a la ronda de San Miguel, el que se fue se va al cuartel. Así, el cumpleaños a la cubana de Carlos fue una agotadora alegría para María que solo se relajó cuando los primeros faroles de la calle comenzaron a prenderse, cuando las mamás, una a una, desfilaban recogiendo a sus hijuelos somnolientos de tanto ruidoso varrén. Hasta que se fueron todos, y cuando la última mamá se despidió con un beso de los ojos, solo entonces la casa bostezó un largo silencio de mamut anochecido. El despelote era tal, que no había un sitio donde el merengue no hubiera dejado su huella pegajosa. No te preocupes, yo te ayudo a limpiar todo esto. Es lo menos que puedo hacer, dijo Carlos tomando una escoba. Deja todo así, y siéntate, aun hay algunas. «Otra sorpresa? Otra y privada» —oísteo la Laca del Frente enchufando el tocadiscos mientras con la otra mano sus dedos metidos se calzaban la aguja en los surcos del long play.

*¡Tengo miedo torro,
tengo miedo que en la tarde
tu risa flote!*

Carlos había cerrado los ojos echado sobre sí mismo un resaca de jando que acompañaba de esa canción la adormecera con ese ajeno placer. Las notas clavaban el aire con su pentagrama de

vidrios lagrimeros. Las notas eran tarareadas por la Loca del Frente que entró en la habitación con una bandeja en la mano. Sorpresa, es la hora de los mayores. Y con un rápido gesto retiró la servilleta de pardo y una botella de piscu, una bebida y dos relucientes copas. Ahí vamos a brindar como la gente. Cuánto pisco. ¿La mitad de la copa? Ah, está bueno. Tómala a tu salud. No a la tuya, por favor. Pero tu estas de comparar. No importa, quiere brindar por haberte conocido y por el mejor cumpleaños que he tenido en mi vida. Ante estas palabras ella bajo los ojos ruborizada y campearando los tragos se bebió de un sorbo el escapo burbujeante de la copa. Otra más, otra más. Carlos alzando a botella. Otro y otro y otro más como dice la canción. Que cance me sea tan conocida de Lucho Barrios del marzo, *quiero otra copa que quiero olvidar*. Y que quieres con la loca esto dijo ella con hablar de un mismo mirando con afeitada travesía la basura de globos como los papeles dorados y comiendo pisoteada en el suelo. Quiero olvidar esta tarde. Y pidió ella sobreviendo a llenar los vasos. Olvidar que la vida es tan me regoma y tan pocas veces te da estos ratos de felicidad. Pero no te preocupas a este la trato de consola. Carlos alzando la copa. Déjame estar triste, es la única forma que conozco de estructurar la felicidad para que después no me pene. Pero no por eso vamos a dejar de tomar, reina. *quiso Carlos*.

poniéndole la corona al extender sus labios en una sonrisa perlada de licor. Claro que no, primero extraño y desconocido. ¿Por qué desconocido? Porque no sé nada de ti, solo sé que te llamas Carlos y hoy estás de cumpleaños. ¿A qué quieres saber? No todo, porque sé que no me puedes contar todo. Pero al menos regátame un secreto. Algo que nunca le hayas contado a nadie, replicó la Loca del Frente zambulléndose en el vaso. Carlos se puso serio, solo le faltaba perignarse para decirle que estaba frente a una religiosa confesión. Su cabeza era un carrusel de algodones empapado por la embriaguez del pisco. Amanas, tratando de buscar recuerdos sumergidos, con voz grave comenzó. No me preguntes fechas ni lugares, pero yo debí haber tenido trece o catorce años, no vivía en Santiago, y en el campo con mis amigos pasábamos las tardes chutando una pelota de trapo en un potrero. Que lata es el fútbol, rezongo ella mojándose la boca con un sorbo de trago. No importa, no se trata de eso lo que te voy a contar. Si viene un poco más, ¿quieres? Le doy la mitad del mio. Te escuchó. Eramos una patota de cabos pobres y no teníamos una entretenición. De todos ellos, mi mejor amigo era el vecino porque teníamos la misma edad. Pasábamos todo el día juntos. En el colegio hacíamos las tareas y después nos íbamos al potrero a cazar lagartijas, buscar huecos de papas en los nodos de los árboles. A veces organizábamos

pechangas en el grupo con todo el calor detrás de la pelota. Quedábamos muertos de cansancio, respiramos enteros y con la camisa pegada al cuerpo apostábamos a quien dejaba primero al trapiche donde nos sacábamos la ropa y nos metíamos al agua. Toda la ropa preguntó la loca con un hilo de malicia. Toda, porque no te vamos a hacer de lana y si nos bañábamos en calzoncillos no se alcanzaban a secar. Que ni nos tan pobres, interrumpió ella con fingida ironía. Si te vas a buclar ni se cuenta ni gana nada. Si era broma, sigue no más. Un día no se por qué nos quedamos solos mi amigo y yo mirando el sol de guata en una pequeña playa de arena que se formaba a la orilla del agua. La arena estaba tibiecita y no se por qué al viento empezó a moverse como si estuviera vivo y me decía que rico hacerlo mi amigo. Y yo empecé a mirarlo viendo a mi lado su cultura como que apretaba y soltaba las nádegas en ese subir y bajar. Yo lo miraba reír ganándole en la arena caliente y no pude más porque de un salto lo monté pero él se dio vuelta y me dijo que yo primero pero yo le contesté que al cagando que me dejara ponerle la panchita para panchita. Y así estábamos los dos frente a frente con el picazo duro y con cada uno de los dos porque ninguno de los dos quería dar se vuelta. ¿cachos? La primera le decía yo y me estaba molestando. No, el primero me contestó a mí el papacitos acercándose su pichula

descuerada. Y no sé por qué yo no me moví cuando le salió el chorro de moco que me mojó la pierna. Con betun madre le gote pa andar me y persiguiéndolo en pelotas por la criba de tranque. Y lo pillasier, interruigo el a. ¿tatanio de contener un acalorado escanoma. No puede porque el guevo se tiro al agua y nadaba mucho mas rapido que yo. Si lo hub era agarrá lo le saco la cresta. ¿Y por qué, si los dos estaban de acuerdo. ¿Que culpa tenía tu amigo de estar porre or le reprocho decirnida. No se pero me quedo una vergüenza tan grande que ni hablé con él nunca más. A los dos nos quedo una cosa sucia que nos hacia bajar la vista cuando nos cruzábamos en el patio del boco. ¿Y todavía tienes esa vergüenza? Fijate que ya no, ahora que lo cuento se me pasó, y puedo hablar sin culpa porque fue hace tanto y eran cosas de chicos chicos. Tienes otro tragó? Se acabo todo, nos tomamos la betela cuera y es un poco tarde. suspiro la boca bostezando. ¿Le vas a quedar agua? Esperame voy a traer una frazada para que no pases frío.

Cuando se paró, el suelo era goma moventiza y una náusea estomacal le arremolinaba la pieza pero zigzagueando logró caminar hacia su dormitorio. Mientras buscaba una frazada las imágenes del secreto de Carlos las veía expandiéndose en el primer plano de su cebra cabeza. Pero aunque el secreto había logrado expandirse hasta la punta de las pestañas postizas

aunque varias veces mientras Carlos hablaba cruzó la pierna para disimular la erección de su estambre con flor algo de torio aquello le pareció chocante. Y no era por moral, ya que ella guardaba miles de historias más crudas donde la sangre, el semen y la caña habían maquillado noches de ujuja. No era ese pensamiento, es la forma de contar que tienen los hombres. La brutalidad de narrar sexo urgente, ese te lo doy primero, yo te lo pongo, yo te parto, yo te cometo, yo te hago pedazos, sin ninguna discreción. Algo de ese salvajismo siempre la había templado gustosa con otros machos, pero podía negarlo, era su viejo, pero no con Carlos tal vez porque la pornografía de ese relato la confundió logrando matar el verbo amor. Si por último solo hubiera sido una eterna historia de ocultos de la montaña de Dow. Nada más se le permitió eructando los vapores del psicoanálisis desde el dormitorio tambaleándose con la falda bajo el brazo.

Al entrar escuchó la aguja del psicoanálisis arrastrando al final del disco, y más allá, un ruido como un fango nel sobre los arietes de los hombres. Carlos reneaba profundamente por los ruidos de las ventileras de su boca abierta. Una de sus piernas se estiraba en el aparato leve del reposo y la otra colgando del diván, directa al espacio abandonado de su proyecto, pero solo por el brillo del cierre eclatante medio abierto a medio

descorrer en ese oja ribeteado por los dientes de bronce del marteo, donde se podía ver la preña castiza de un calzoncillo coronado por los rizos negros de la pendejada varonil. Solo un pequeño fragmento de estomago latía a guisa de un botón, unido por la hebilla del cinturón, una mínima isla de piel sombreada por el matorral del pubis en el mar cobalto del drapeado blivín. Tuvo que sentirse ahogada por el exasis de la escena, tuvo que tomar aire para no sucumbir al vacío del desmayo frente a esa estética erouzada por la embriaguez. Allí estaba, desprotegido, pavorosamente expuesto en su dulce letargo irreflexivo, ese cuerpo amulo escueto o alcanzable tantas veces esfumándose en la vigua de su arrebató amoroso. Ahí lo tenía, al alcance de la mano para su entera contemplación, para recorrerlo centímetro a centímetro con sus ojos de vieja oruga reptando sedosa por el nervo occituno del cuello plegado como una cinta. Ahí se le entregaba borracho como una puta de puerto, para que las venas legamosas de admirar le acariciaran a la distancia, en ese tacto de ojos en un se abierto de ojos vaporizando el beso intangible en sus tendras quibras, violas caspumedas bajo la transparencia ramiseta de algodón. Ahí a solo un metro podía verlo abrir el pie pietras mazo en la eschada encoya de la ingle arrojándole su muñón veinteañero, ofreciéndole ese salto lengua llado por la mezcla aspera que confundaba sus muslos aperturados.

Parece un dino indio, arrullado por las palmas de la seña pensó. Un guerrero sonador que se dio un descanso en el combate, una tentación inevitable para una loca sedienta de sexo negro, cunao la hipnotizada, enloquecida por esa amosfera ranciosa de pecado y pasión. No lo pensaba ni lo sentía cuando su mano gaxosa alzó el arte que la separaba de ese matraj, su mano mansosa que la dejó flotar ingravida sobre el estrecho territorio de las caderas, sus dedos se espasmosaronse avismos en el carro metálico del cierre, eclair para bajarlo, para descolarlo sin ruido, con la suavidad de quien necesita una tela sin despertar al arañido. No lo pensaba ni siquiera cabía el nerviosismo en ese oficio de relojero, atrojando con el royo de un petalo la envoltura apretada de ese lagarto somnoliento. No lo pensaba, dejándose arrastrar abismo abajo, marruco abajo hasta liberar de atada as ese tronco blando que moldeaba su anatomía de perno carnal bajo la alba mortaja del calzavilla. Y ahí estaba, por fin, a sonoros resacaños de su nariz ese bebe en pañales rezumando a letrogeite. Ese musculo tan deseado de Carlos durmiendo, un moer, e, extreme de a ratos por el amasjo delgado de su miembro verda. En su cabeza de loca, ludosa no cabía la culpa, este era un oficio de a tor que movía aba a esa memoria de sus vendas. Con estmbia durezza desheva a mano entre el estomago y el elastico del slip, hasta tomar

como una porcelana el cuerpo tibio de ese niño en reposo. Apenas lo acunó en su palma y lo extrajo a la luz tenue de la pieza, desenrollando en toda su extensión la crecida guagua-boa, que al salir de la bolsa se soltó como un lazo. La lengua se extendía con creces lo imaginado. a pesar de lo lánguido, el gitapato exhibía la obusidad de un trofeo de guerra. un grueso dedalón una que pedía a gritos una boca que amallara su amoratado glande. Y la boca así lo hizo sacándose la placa de dientes, se mojó los labios con saliva para resollar su trahá ese pendulo que campaneo en sus encías huecas. En la concavidad húmeda lo sintió chapotear, moverse, despertar, corcoveando agradecido de ese fruncido lingual. Es un trabajo de amor, reflexionaba, escuchar la respiración agitada de Carlos en la inconsciencia etílica. No podría ser otra cosa, pensó al sentir en el paladar el papito de ese amantito resollando la vida. Con la punta de una grava, lo empujó extrayéndolo de su boca, lo miró erguirse frente a su cara, como la lengua alada en una flecha. doblando con sus coqueles labios el arco mora de la calva resuciente. Es un arte de amor, se repetía incansable cuando los vapores de macho etrusco que exhalaba ese hongo lunar. Las mujeres no saben de esto, supuso, ellas solo lo chupan, en cambio las locas elaboran un bordado cantante en la sinfonía de su mamar. Las mujeres succionan nada más, en tanto la boca-locas primero

aureola de vaho el ajarr del gesto. La boca solo
de gusta y luego mina su catadura lrica por el
microfono carnal que expande su radiolmica
obacina. Es como cantar conchavo, interpre-
tarle a Carlos un humano de amor il recto al co-
razn. Pero nunca lo sabra. le confidenció con
tristeza al muñeco que tena en su mano, y a
miraba ternamente con su ojo de ciclope tuer-
ta. Carlos tan borracho y dormido, nunca se va
a enterar de su me por regalo de cumpleaos. le
dio a tres moreno besando con arcuopeta
suavidad el pequeno agujero de su boquita pe-
puesca. Y en respuesta, el mozo soldado le
brando una gran lagrima de vidrio para lubrica-
e. Tanto resaca de su incomprendida soledad.

*Anxiedad de tenerte en mis brazos
mis ansio palabras de amor
Anxiedad de unet tus encantos
Y en la boca suavete a besar.*

A abrir los ojos frente a ella, Carlos seguía
mirando en su pose de Cristo desarticulado por
el remolque cñico del psico. La densa ana lo
tena sereno en la inmovilidad flacida de sus lar-
gos miembros olvidados en el reposo. El pedestal
de su tierra eslar era un pequeno tren de bi-
ce que seguía desarticulado a mitad de una casa
en el mismo lugar. Y si no fuera por ese se-
todo hac a pensar que el exucio de imgenes
anteriores solo haba sido parte de su frenetico

de ser. No estaba segura, no atesoraba ningún sabor a carne humana en la lengua. Pero al mirar a Carlos tan desahogado se permitió descansar viendo su carta de nene en completo relax como después de un placentero. Pretendía no saber, no tener la certeza real que esa sublime mamada había sido cierta. Y con esa dulce duda equilibrando su cuerpo de gata temblorosa que, sin hacer el menor ruido, salió de la pieza y se fue a acostar.

LAS SAIVAS DE VEINTE fusiles lo hicieron saltar en el lecho asustado por ese trueno, meño la mano en el velador para encontrar su pequeña Lager de cabeza. Son los cadetes de la Escuela que te vienen a saldar en tu cumpleaños. Igo su mjer cantando a. Jirmito no aterrorizado en la hamaca mañana opacada por el humo de las detonaciones. El Dictador bufó un respo de alivio y se dio vueltas volviendo a hundirse en la almohada. Se ven tan lindos los chiquillos, me con sus pompitos blancos y rojos, formados alla afuera. Supongo que no van a disparar tantas veces como asados, porque no quedaria ni una hoja en el magnolio que recién está floreciendo. Han llamado de todos los telefonos, y el telefono no ha dejado de sonar por tanta gente que quiere saludarte. Gonzalo vino temprano y te trajo un par de corbatas tanitas finitas, bordadas en seda tornasol, y me pido que te las entregara yo porque el cree que tú no lo quieres. Mira tú qué timido es Gonzalo y tan de bardo tan gente. No parca de a los edecanes que todos los años te regalan esos

terribles platos de cobre con copihues y la pa-
reja de huasos hablando cueca. No tengo de-
re meter todo ese cachuco. El living parece ofi-
cina de tránsito con tantos tachos, espuelas es-
tribos y mantas tricolores. Que poco creativa es
la gente para hacer regalos. Y esto tienen esta
crepezanera porque a las once vienen los em-
bajadores, después los comandantes y más se-
ñoras que les da por traerle libros. Como si
quisieran educarte. Enate tú. Como si tu leyeras
tanto esas colecciones de bayona de la cerama
empastadas con lomo dorado. Que no te digo
que sean ordinarios porque deben valer una
buena y le dan un aire intelectual a la sala.
Además hacen juego con los marcos colorido
de los cuadros. La Primera Dama frente al ex-
pejido tocador se empolvaba la nariz con su
espuma de plumas de cisne. No hay derecho
que maneje de salame arrugas en la frente. Au-
gusto. Mira tengo casi tantas como tú y eso
que soy un muchacho joven. Deben ser los tra-
tos, sustos y rabias que he pasado a tu la-
do. No. Ninguna mujer habría soportado que
a su mando la prensa mundial lo tratara de ti-
rante dictador asesino. Y aunque sean tu ma-
rta, aunque todos los chilenos sepan que se-
vaste a la Patria, no me vas a negar que Euzé-
boche-mora. Sí como te digo es una pesadilla
saber que todos esos comunistas pat pelados
que se creen escritores se limpian la boca con
tigo. Y eso te pasa por habértelos de ado entrar

eso te ocurrió por ser un viejo cobarde que le tuviste miedo a la mala fama que le hacían afuera al gobierno. Visie que no me equivoqué cuando te dije que no dejaras volver a esa tropa de literatos marxistas. Tan diferentes, oye a don Jorge Luis Borges, un caballero, un gentleman que se emocionó tanto cuando lo condecoraste con la Cruz al Mérito. Dicen que el pobre se perdió el Premio Nobel porque habló bien de ti. Mira tú qué desgraciados son esos suecos que se hicieron los suecos con el pobre viejo. Dicen que sus libros son muy interesantes pero la verdad Augustín yo no entendí ni jota cuando traté de leer el *Die Hades*. Ah ¿Cómo se llama ese libro famoso? Tú me dirás que no tengo corazón, pero que sabía yo que Borges era ciego. Y cuando me lo presentaron, en vez de darme la mano agarró el brazo del sillón. No me vas a decir que no le dio risa, porque estaba lleno de autoridades y escritores que se mordieron la boca para no soltar la carcajada. Y no me mires con esa cara de censura porque hoy estás de cumpleaños, yo hablo lo que quiero y no me importa que a ti te moleste. No faltaba más. Ponele esa cara de ogro a tu tropa, pero a mí no me echas a perder ese día que hay tanto que hacer. Y salió de la habitación tocando la campanilla para que viniera la servidumbre. No había caso, ni siquiera el día de su cumpleaños ella se podía calar y de lejos la escuchó ordenando a la murama que no dejaban

entrar a nadie mientras Augusto no se levante. Mientras el siguiera amodorrado entre las sábanas tratando de cazar un último vacío de sueño. Y lo consiguió al abrir los ojos a otra habitación donde colgaban de la pared sus juguetes de niño. Se arremolinaba en las repisas los carros de antiguas traperías, los canchales, los jets y tanques blindados en espera de un pequeño combate. Las colecciones completas de generales persas, de soldados omarios, gurkas etíopes, la caballería del general Custer, Alejandro Magno y sus legiones enanas moldeadas de plomo perfectamente en línea. Era el zoológico de guerra que había rodeado sus años de infancia, reaccionando en esos juguetes, el fantasma blanco de una matanza. Las repasó, pasando revista a las diminutas tropas con sus ojos de niño lince, y trató de recordar qué colección le faltaba para pedirle de regalo en su próximo cumpleaños. Nada más ni nada menos que esas, ni fiesta. Nada de eso. Le tocó oír al chocmate, los globos, las serpientes y gorritos desde que a su mamá se le ocurrió escribirle su día con una gran fiesta. Un cumpleaños grandioso, la fecha en que Augusto cumplía diez años. Y en realidad, ella estaba tan entusiasmada que cuando pudo la casa hizo imprimir tarjetas de invitación con la foto de Augusto y le obligó a repartirlas a todos sus compañeros de curso. A todos, preguntó primero con aliento desden. A todos, rabio la

madre mirandolo con firmeza, porque no creo que tan chico ya tengas enemigos. Todos son mis enemigos, rezongo Augusto con soberbia. Ya, no sea rencoroso, las peleas de niños se olvidan jugando. Así uno a uno, sus compañeros recibieron la invitación, y fueron más de cuarenta veces que dijo te invito a mi fiesta, reiterando la estrofa de una odiada canción. Nadie almorzó tranquilo en su casa esa tarde, la empleada y su mamá corrían acomodando los queques de naranja, las tartas de vainilla y la gran torta de banana que instalaron en el centro de la mesa con las diez velas. A las cuatro de la tarde, lo metieron a la tina del baño, y con una esponja de mar le rasparon el cuerpo porque se humillaba en sus patas y orejas de niño sucio. Lo dejaron colorado de tanto refregón, de amonios y perfumes fragantes que friccionalon su espalda. A las cinco ya estaba listo, rubicundo y bien peinado con su copete a la guineña, impecablemente vestido en sus algodones nuevos de sa blanco trae de marino. Que todo se ve, muyto, lo acusaba su mamá pellizcándole los cachetes guindas de su cara moñeta.

Augusto sentado en la catexera de la mesa se pestaneaba mirando a puerta de calle donde vería desfilas uno a uno a sus detestables compañeros. Y estaba feliz esperando que llegaran y se pelearan como moscas en su apartamento. Augusto morcaba de gusto, imaginando sus bocas engullendo la torta, preguntando qué se son

tan raro, qué gusto tan raro... son pasas... son nueces... son canchales molidos. No, no, no son moscas y cucarachas, les diría con una risa macabra. Todo tipo de insectos que los había despidazado echándolos a escondidas a la bella torta. Entonces vendría la estampida: las arañas, escupidos y vómitos que arrasarían el marfil. Viste, mamá, que no tenía que invitarlos, le diría a su madre que a escolazos los expulsaría del salón. A las seis, las tías le guisaban pidiéndole algo, y el taxicabo picoteando galletas y golosinas. ¿Todavía no ha llegado nadie? preguntó la empicada desde la cocina con la lengua fuera. No hay que preocuparse para esas cosas, los niños siempre se cansan muertunquitos, se cansan a solido para dísarle su gran pipo, le dijo. ¿Quieres un poco de chocolate con leche mientras esperamos? No quiso porque los arrebatos del ocaso nul larón de legrar a ver el color del cielo, y permaneció inmóvil como la estatua de un pequeño almirante de veinti y espera de un desembarco. A las siete tuvo que prender las luces del salón para que al ritmo señalado no se lo tragara la sombra. El buque se había quemado tres veces de tanto recalentarlo, y los metríficos comenzaban a desmenuarse en gotas espesas sobre el albo mantel. A las ocho, el hombre no había sido admitido a bordo, y Auguste estaba muy cuando se dio a su madre que se cansó la mirada vidriosa, quiso hacerlo todo nada, ahorrando la voz con

una risita optimista, llamando a la empleada para que prendiera las velas, ordenándole que sirviera de todo para los tres como si no faltara nadie. Su madre, que trataba de levantarse el ánimo, cuando entre las dos mujeres entonarían un desahogado cumpleaños feliz. Tienes que pedir un deseo antes de soplar, no interrumpas está poniéndole un dedo en sus tercios labios. Entonces Augusto ensombreció el azul intenso de sus ojos para mirar uno a uno los puestos vacíos que rodeaban la mesa. Y un silencio funebre selló el deseo fardico de ese momento. Y cuando se pitó y se pitó y se pitó, la portia de las llamas se negaban a extinguirse, como si trataran de contradecir la oscura premonición. Bueno, y como no hay mal que por bien no venga, ¿a tres mamá, no te lo pinta como se toda a tortita que quiera, porque a nosotras con la nana nos mataría la diabetes. Y ante los desolucados ojos de Augustito, es gran cuchallo de cocina te sacó el bizcocho en un gran trozo que le impusieron frente a su cara. Y no me digas que no quieres, lo amenazó su madre, él te fiscal, lo su gesto al ofrecerle en la boca una cucharada del insectario manjar. Ya pues, mi niño, abra la boca. A una cucharada por mi, una cucharada por la nana, y una cucharada por cada uno que cumple. Y Augustito, conteniendo la tansa, trago y trago su tuculo en su garganta el raspacé espuado de las patas de avanas, nebras y cuatru las que ahñaban la tersura lúcuma del pastel.

Y todavía no te levantas hombre - te llega a
sacar humo de la cama. El grito de su mujer lo
despertó de un costalazo. Por esta vez agradeció
el sobresalto de esa voz de lata que de un zúca-
te lo trajo al presente. Aún tenía en la garganta
el asco de aquella tortita y necesitó beber un sor-
bo de agua para tragarse el resabio de aquel en-
tomólogo de cementerio. Desde allí oíó las tor-
tas, los regalos y toda la farfalleada acarameada
de: Cumpleaños Feliz. Han llegado cinco tortas,
de paja de merengue, de charlilly y dos se va-
negra. No me digas que no estás contento. Ade-
más falta la de once pisos que esta noche en el
Club Militar te van a llevar las Damas de Crema
Chicle. Han ramosas las señoras oye que puse-
ron a todas sus empleadas a fabricarte ese Van-
cane de merengue. Me de tres metros de altura,
y esta entera decorada con saltes cruzados de
chazapan. No me digas que no te emocionas. Lo
an - o que no tengo clar - es que tuje me voy a
poner esta noche. Que te parece este crema-
con cielo de brecauto. Aunque tengo este Cha-
nel mostaza que no he usado nunca porque
Gonzalo dice que me veo amarillenta. Que
eres - Que piensas ahí tirado como una lo-
ca refanando. Gonzalo cree que el color
mostaza me opaca el rosado natural de mi cara
y dice que si la combino con - Hasta ahí punto
resachar. Rosario pulotote de mi esposa y sen-
tándose en el hecho pulso el tocar acetes para ge-
zar el guaripolco de Lily Marleen.

UN PERRIÑE DE BULTOS despertó a la Loca del Frente u ahumorada. ¿Qué muchacha metía ese ruido tan temprano. Alcanzó a tomar la bata y salió del dormitorio a cachar el escándalo. La casa relucía de limpia por el aseo que Carlos había hecho tan de mañana. Dos jóvenes amigos suyos arrastraban unas cajas escalera arriba y atrás, la mujer que él decía se llamaba Laura y era su compañera de universidad. Había un dentero como Cleopatra chagando el casamiento. ¿Qué se va aquí? exclamó con los labios fríosidos por la ausencia de la placa dental. Buenos días y perdónese por el ruido. Carlos dijo que nos podíamos llevar estos libros, la saludó la chica con impudencia educada. Podría haberlo hecho personalmente ya que fue el quien me pidió que se las guardara. Y tenga cuidado señorita con el cigarrillo mire que estos libros pueden estallar como un polvorín, le dejó caer la frase sarcástica, saboteando algún secreto que la chica y los dos muchachos sorprendidos simulaban no saber.

Creo que una es gueyusa, refunfuñó, recogiendo los almohadones repartidos por el salón.

en el empeño de la murlanza. Podrían tener más respeto con la decoración estos cabros de mierda. Arumaco y alrunco, al tiempo que palpaba sus dientes postizos olvidados bajo un cono en el tragón de la tomatera la noche anterior. Y más atrás tal vez un plásuco duro, una tarjeta o un carne de identidad que acercó a sus pupilas mopes. ¿Y si era de Carlos? ¿Y si no se llamaba Carlos? ¿Y si le hubiera mentado su nombre era Carreño Sandoza, por ejemplo. ¿Qué horror! ¿Cómo se venía a quererlo con ese nombre de albanil de gasfina? Pretendía no saber, no enterarse de nada más en esta pelona buelta. Con las agujas y las reuniones de babulos en el aldo ya tenía suficiente, y preso se le había reprimido su espíritu copuchero. Por eso se olvidó del carnet y guardándolo en su bolsillo, encendió la radio para evadir la tentación de leerlo.

UN COMUNICADO DE LA CENTRAL NACIONAL DE INFORMACIONES DEL GOBIERNO DECLARA QUE SE HA DESARROLLADO UN PLAN SUBVERSIVO QUE SE PRETENIA PONER EN PRACTICA EN EL MES DE SEPTIEMBRE. ADEMÁS, AGREGA QUE SE HAN TOMADO TODAS LAS MEDIDAS NECESARIAS PARA PREVENIR HECHOS DE VIOLENCIA EN LAS PROXIMAS FECHAS.

Tantas amenazas la tenían chata, pero una preocupación se instaló en el vértice de sus cejas depiladas. Tenía que saber algo más de esa noticia, averiguar otros antecedentes más confiables que solo la Radio Cooperativa podía entregar. Por eso giró la perilla buscando en el abanico de músicas y voces el tararán tan reconocido:

COOPERATIVA, LA RADIO DE LA MAYORÍA,
INFORMA. LA ASOCIACIÓN DE FAMILIARES
DE LOS FENIDOS DESAPARECIDOS CONVOCA A
UNA VELATORIA FRENTE A LA VIGILIA DE LA
SOLIDARIDAD EN PLAZA DE ARMAS. ESTE
ACTO TIENE COMO OBJETIVO EXIGIR JUSTICIA
POR LOS ATROPELLOS COMO LIBRES EN
DERECHOS HUMANOS.

De tanto escuchar transmisiones sobre ese tema, había logrado sensibilizarse, emocionarse hasta vidriar sus ojos, escuchando los testimonios de esas señoras a quienes les habían arrebatado al marido, a un hijo, o algún familiar en la noche espesa de la dictadura. Ahora se atrevía a decir dictadura y no gobierno militar, como lo llamaba la Upe, esa loca tan melancólica, tan de derecha y no tiene dónde caerle muerta. Por eso prefería no discutir de política con ese maricón hueco hasta de la cabeza. Y por lo mismo se despatallaba, le cambiaba el tema cuando insistía en preguntarle, por Caracas

A que apalida tiene. Y donde vive? A en que
universidad estudia? Y tiene hermanos? A. ni
na. tu que estuvieras caliente con el cabio le
contestaba iracunda para que se cansara de
preguntar. Pero al rato seguía la cargante. A
cómo lo conociste. porque tu por la univesi-
dad pasaste por el frente. si por eso me llaman
la boca de frente. estúpida le refregó en la ca-
ra. Y de que te va. agrega la L que con su
intención de tener pascual. Nava a ser del Fren-
te Patronico Manuel Rodríguez pues. una me-
llanata. Jania. la Guernilera y te pondría una
banda en el culo para que no preguntaras más.
Que colva tan sapo. Pete era con torrona la L
pu por eso se creía de derecha. No tenía idea
de que era ser de derecha pero decían daba
disculpa. Era elegante ser de derecha y por-
tanto todo hecho con la mandíbula. cosa era
medio de todas esas bocas cabeza de papa que
habían a la disco. Porque de todas no se han una
todas son iguales y viven pendiente del cone-
xión por el sábado para ir a zangonearse a la
disco donde se manosean y arañan entre ellas
como los gays de Estados Unidos porque esas
Letas no saben lo que es un hombre. nunca
han tenido un macho con ellos a huecas y se-
lance que les de vuelta el huevo a cada as. Pero
esas son costumbres de viejas la treaba la L que
estirando el chicle con el dedo. En más bien
que te los comes caladita. cuando cae uno

arrancando del toque de queda. Pero no es humana pues, nada, no va a dejar que a joven lo encuentre una patrulla. Además, ellos son los que me lo proponen. Que sería de nosotros sin el toque de queda, no habría nada que echarle al pan, nos tendríamos que meter a un convento. Por eso voy amo el toque de queda, amo a mi general que bene a este país en orden. Amo a este gobierno, porque a todas las locas nos da de comer y con el tiempo, los putas andan más calientes. Porque no me vas a regar que con la cesantía los hombres están regalados. Dale una vuelta por el Paseo Abundancia y la Plaza de Armas, te pesarán, te acercan pretendiéndote una moneda, un peso, un cigarro, lo que sea con tal de irse contigo. Hasta ahí había de ado la conversa con la Lape para no darle un chanchazo por necia y le había cambiado el tema porque nunca iba a entender. Y por ser te para ella, había delegado Carlos a su vida mostrándole la realidad en el que rodeaba a los chilenos. Ese año, él tiene que mantener al país desde La Moneda. Y nadie se atreve a cantarle las claras o a ponerle una bomba para que resiente en pedacitos, entonces ella recogía con pinzas una celada de general y se la regalaba a la Lape diciéndole: Toma, mira, para que te hagas un escapuano chiquitito, chiquitito.

Tres días transcurrieron desde la noche del empicatos y de Carlos llegando a noticia. Varias

veres estuvo tentada de mirar el carne para sa-
ber su identidad pero se contuvo por un pal-
pito extraño que le paralizaba los dedos quan-
do tan caba el plavico de la tarjeta. De las cajas
mandadas a guardar por el soic quedaban dos
y el cuadro de metal que era lo unico que de-
coraba la gran pieza. Una enorme sensacion de
abandono se iba apoderando del lugar. Esten-
diendo su tapiz melancolico en las rines y es va-
cos. Algo de esta novela estaba llegando a su
fin y podia presentir el mismo eco de parada
que habia escuchado su desmo. Quiso limpiar
encetar pero su tenia animo ni siquiera para
dar un escobazo. Y con esa muestra de energia
trepo la escabeta del suelo alcanzando una vie-
ta y admirada de la ciudad monosa en el ala-
marco oxido de los techos. Quiso verlo apare-
cer ala abajo, doblando la esquina, caminando
atrapado con su entrepierna humida y oido
sa. Quiso sentirlo tan cerca como la otra noche
cuando la embobadura del alcohol le revelaba
en la cara silenciosa el tacto sonado. Pudo pe-
sarlo en la clasica flexion de su carnata apa-
rta, siempie llegando de algun tramite y par-
tiendo a otro. La vida parecia una duracion le-
habia dicho una tarde que era un sofocato de
mcala solo para mostrar la cara desearsa in-
momento y volver a salir. Asi de atreves son
estos tiempos le contos o ausandose el y abello
pegado de transpiration. Pero sientate desear-
sa un poco. No puedo me estan esperando.

Que te esperen. Mira como te salta el corazón o alermo poniéndole un dedo en su pecho. La Patria me llama, bromeo Carlos exhalando cansado. ¿Y cuál es el trámite que te pide esa Patria tuya. Debo entregar este paquete a las doce y va a las una hora, suspiro mirando el reloj. A eso o fuera a dejarte, pregunto sugesiva la Loba de Frente. Es delicado, mas bien confidencial. Me enzarzaré en las perennias de espaldas. Dime dónde es. Lo harás por mí. La loba susurre una ronda exclamación. Supieras de lo que soy capaz. Bueno, entonces escúchame con atención. Pero anóname la calle y el número. No le conto Carlos taparme los ojos aprendiendo de memoria. Es en el entre en la segunda cuadra de Amigala. El paquete roza a tener en el hombro de bigotes y va a estar en la puerta de una tienda que se llama...

La realidad era que Carl llevar esa bolsa tan pesada y hacerle ese favor a Catho. Como siempre no pregunto nada más, y mientras estaba para alcanzar la mano se repetía como nota las indicaciones que le entrego su amor. Al sentirse y poner la bolsa en su espalda me hizo un cargo vis rotilay. Deben ser herramientas, alicates, martillos, tornos y vava uno a saber. Vava uno a preguntar, si el chico te pide un favor tan simple, seguro que confía en mi discreción. Al llegar al centro, dos toreros de Lanzabombas o mudaron la muertra o versa. Por la calle un ramalio de gente corría tapándose la boca.

metiéndose en cualquier parte desesperados por huir del aire picante de las lacrimógenas. Cierren las ventanas, cierren las puertas, gritó la loca, tosiendo hasta las tripas con ese arroyo asfuziante. Una guagua rompió en llanto, un abuelo hacia gargatas de taquis ardiendo tratando de tragar el poco aire. Una mujer en la desesperación perdió un zapato y la loca del frente le ayudó a buscarlo carraspeando bajo los asientos. La hamaca la agria cruzó al viento y en un momento saltó a la vereda regada por el escorzo. Pero el paquete de Carlos se le había quedado en el asiento de la mano que ya aceleraba a media cuadra de distancia. Entonces, arrojándose de valor, corrió y corrió tropezando, hundido en el esfuerzo lacrimógeno hasta agarrarse de la mano y lograr trepar al cruce. Basándose desesperada la bolsa que dejó en el asiento. Pero ya no estaba, había desaparecido en la confusión. «Busca esto» le preguntó un estudiante apuntando con el dedo la bolsa que había rodado bajo los asientos. Al mismo tiempo que una ráfaga de aire fresco entró por las ventanasullandole de tranquilidad su único suspiro. Carlos nunca me lo hubiera perdonado, se dijo abrazando el bulto mientras la mano se alejaba de la nube acida de la república. Varias cuadras más allá, rechinó sobre el vacío del agotamiento por el agitado movimiento. Al bajar de la mano se sur la náusea de las bombas la hizo amarrar patata en el gymio del

Paseo Abumaria, entonces sentí el peso plomo de la bolsa que cargaba su mano. Esta güeva pesa más que un muerto, por suerte la tengo que entregar en la próxima cuadra. Y por suerte no hay más protestas. Y no terminaba de pensar esto cuando una muchedumbre se vino encima arrancando, metiéndose en las vendas, gritando: PIVICHET-CNI-ASESINOS DEL PAÍS, corriendo sobre rasas lavando, parándose tirando abanicos de panfletos que llevaban el desconcierto de la loca, estática en medio de la infuera. Artañeta vienen los paños. YAYAYER, YAYAYAYER, PAUCO-CUJADO-LAFICHE-DEL-ESTADO. Cuchillo que viene por la Abumaria. Contra que parecen perros apaleando gume. Y por que me van a hacer algo a mí - tu cagado pienso correr. Jentran que respetar a una señora mamá a una dama decente. Pero va a chocar un griton había pasado y detrás vio venir la máquina de escuderos, cascos borotas arrasando todo con el rastillo de los lamazos. Bajo el tamboreo de los polos en las espadetas, en los raneros, en las mujeres viejas, estudiantes y niños, pisoteados por el suelo. La mirada policial la tenía entretejer pero la boca dura, empalada de terror no se movió, y arrascando su nariz con una mueca impetrosa, caminó directamente a, encuentro de la brutalidad policial. Me deja pasar. Le dió al primer andoener que tuvo enfrente. Y el paño soprepelido de ante el descaro de esta pajarra caísteo, tubero al empunando la luna, al alzar a

luna para quebrar esa porcelana albanera. Con tanto desorden una ni siquiera puede hacer las compras del supermercado tranquila. Me da permiso — le asistió al pago que se quedó — en la ruina en alto huyendo con las ganas de aporrear esa coliflora pin santa. Pero ya era tarde porque de un pestabazo la loca había rota el acorazado muro y llevando como una prena la pesada bolsa se confundió en el cratigo alterado del paseo público. Recorrió mas allá respiró con alivio cuando vio el letrero de la tienda señalada por Carlos. Y en el momento que el canchón de una iglesia campana alía las doce descendió al gordo bigotudo parado en la vitrina. Aquí está el estrogo que le manda Carlos, le susurró al hombre — que descolocado por su transexuada presencia — tomó el paquete — le dio las gracias entre dientes y se hizo hueco en la hoguera de rostros tensos que tramitaban el mediodía.

Tantas cosas que había hecho por Carlos y era capaz de hacer muchas otras — nada más que por su deliciosa compañía — medito sentada en el aljibe horadando con sus ojos secos la perspectiva de la calle que hacia tres días lo ve desaparecer. Cada vez que Carlos se perdía en abismo — insondable — quebraba ese pasaje — viéndolo a pensarlo tan joven y la vieja tan hermosa y ella tan desahogada por los años. Ese hombre era tan sutilmente masculino y ella mujer — tan copata — tan manilana que hasta el

aire que la carmelita oía a fermento mariposón. ¿Y que le iba a hacer?, si la tenía moribunda como un papel de seda mojado por la humedad de su aliento. ¿Y qué le iba a hacer?, si en su vida siempre alumbro lo prohibido, en el retanguero amordazado de imposibles.

*Quién iba a imaginar que el verdadero amor
nos golpearía de este modo al corazón:
ya tarde cuando estamos sin remedio
prisioneros de la equívocación.*

Cuando apareció nuevamente, a los tres días de cumplidos y vino sin la resaca las últimas capas y el tubo de acero que se lo llevó frotado en el taleño con vuelos de un ojo que ella le había confeccionado. Le molestó que no le lo diera así. Me da lo mismo, pero si tu quieres ocultar lo que es, así se ve más llamativo. Entonces no sabes de que se trata. La interrogué sujetando el cilindro al pie de la escalera. Mirando que se una se haga la tonta es un a cosa pero por suerte el amor no me tiene mongolico, le grito con desprecio de serena sin usar. Y corrí escalera arriba presiguiéndola por el trancuero de Carlos que la alcanzó en mitad de los pedanales, y tomándola de un brazo le clavo la espina negra de vapores. ¿Y por que tu no preguntaste nada? Como que no pregunte nada? Me caí se de preguntarte y tu siempre diciendo. -Despues te explico despues te explico-

como si una fuera la más necia de las locas. Porque en el fondo *con un sollozo en la barbaja de la* boca nunca me tomaste en serio, nunca creíste que yo podía guardar un secreto. No era eso dijo Carlos, tomándola de la cintura ayudándola a subir el resto de escalera. Sería peligroso que maneje las más importantes. ¿Por qué? no estamos metidos los dos en lo mismo. Seguro afirmó Carlos, y a ella le encantó comparar ese «*los dos*», ese «*mismo*» que él reafirmaba como peligrosa complicitad. ¿Quieres que te cuente algo de lo que te puedo contar... porque es injusto que habiendome ayudado sepas tan poco. Mira, sentate, conversemos. Yo no me llamo Carlos. Ya lo sé dijo ella sacando el carnet de identidad que había guardado días atrás. Desde lo encontraste... estaba súper orgulloso. No te preocupes, lo encontré debajo de ese asiento y ni siquiera he mirado el nombre. ¿Quieres decirlo ahora... o... qué es que yo te lo diga. Aunque yo prefiero por seguridad que me lo digas por Carlos que es mi chapa. ¿Y qué es eso de chapa? Algo así como un apodo, un seudónimo. Cuando yo hacía show travesti usaba seudónimo, nombre de fantasía le dicen los colegas. ¿Cuál era tu nombre de travesti? Y por qué te lo voy a decir si tú no me dices el tuyo? Esto es otra cosa, malpues, no Carlos guardando el carnet es por buen es otro nombre para actuar en la clandestinidad. ¿Y Carlos... *un infantil tímido*... esas palabras me asustan... me parecen a las que repetir

las noticias de la Radio Cooperativa *manejadas con mucho cinematográfico.* No me vas a decir que haces del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. A estas alturas, murmura Carlos, *sonrisa.* Se parece a una canción. *Vivimos un sueño imposible que busca la noche.* Tienes razón, pero lo que nosotros buscamos no es la noche, es el día, el amanecer de la larga oscuridad que vive este país. Otra vez te puse serio, chuchurreó ella como una niña, enroscándose el dedo en una cinta de nail. Están serio más de lo que tú eres por eso yo prefiero que sepas lo mío. Y si algún día nos tenemos que comunicar en la clandestinidad, vamos a usar una contraseña, una palabra, una frase secreta que solamente conozcan los dos que le parezca. Me encantó. *ella tenía las mejillas como diálogos al sol.* Y puede ser una canción. No se usa mucho, pero si tú quieres, no deben ser más de tres palabras. Ya la tengo, la encuentro. ¿Quieres que te la escriba? Nunca jamás, rugió Carlos con lúdica ternura. Una contraseña nunca se escribe. Hay que aprenderse a la memoria. Entonces te la digo al oído. Carlos acercó su mejilla sin alejar a la boca picallora que lentamente resopló los vahos cupleteros de aquel nombre.

LA MAÑANA DE SEPTIEMBRE relucía cristales de espumas que pagaban en el aire. Los alorcellos parulo tempestaba la cúpula del jardín donde las empleadas embalsaban merca de los repajas comestibles en los autos de la comitiva presidencial para el largo fin de semana. El Deltacón se hio de la casa perseguido por la letanía cavatía de su mujer, que aun en bata, se agarraba in frente asateada por la papuca. Tu no me crees, tu piensas que es puro teatro mi dolor de cabeza para no acompañarte. Tu crees, como todos los hombres, que las mujeres usamos la armadura de los bochornos para no hacer ciertas cosas. Imaginate como voy a preferir quedarme aburrída en esta casa tan grande mientras tú te rascas la panza frente al río, rodeado de árboles, en esta preciosura de chalet que tenemos en el Cañon del Mapo. Porque fue idea mía que se la compráramos tan barata, cayé ganada a esos oportunos que mandare al exilio. Y ahora, así como está de arreglada, debe valer una fortuna. Piensa tú que hubiera si no invieramos todas estas propiedades para

de escarpar tendríamos que mezclarnos con la
crusma que va al Club Militar a refrescarse las
patas en la piscina. Que asco. Banarse en la mis-
ma agua donde mis amigos, esos generales ve-
jestorios, se remojar las botas. Por eso. Augus-
to, no creas que soy yo la que no quiere ir al
Club este fin de semana, es este maldito dolor
que me parte la cabeza. Además ahí vas a estar
más tranquilo sin mí, vas a escuchar las mar-
chas a todo chanchito sin que nadie te diga na-
da, sin que yo te moleste con mi conversación,
porque si que te da lata escucharme, por eso te
haces el leso viejo zorro, finges que me escit-
cha y mueves la cabeza afirmando como ante.
Andate luego entonces si te molesta que yo ha-
ble tanto, subete al auto luego que vienen a to-
dos los chiquillos de la escolta esperando.

Después del beso a la rápida que le dio su
tonterías con los vitrios automáticos de la ama-
sina para cortar los ruidos de esa despenida. La
Alicia de coches tomó la calle arbolada del ba-
rrio aló en un arbolado de sirenas. Y fue extraño
el sobresalto que tuvo al escuchar ese alarido
rompedizo, que siempre acompañaba sus des-
pazamientos. Esta vez le molestó ese ruido de
emergencia tan parecido al de los bomberos, o
al de las ambulancias que rompían el silencio
con su presagio de desastre. Mandaría a arri-
bana, tal vez una sirena recitara al murmullo
de los grillos, al zumbido de los mariposeros en el
pastoreo del campo. Una sirena especial para

anunciarlo, sin la «u» ni la «a» ni la «o» interminable que en ese momento le recordaba el palabreo de su mujer.

Corte eso, que en este país de lauchas nadie se atrevería a cruzarse en mi camino, le ordenó al chófer. Nadie que yo conozca, pensó, menos ese Frente Patronico Manuel Rodríguez que son puros estudiantes que se pegan a ser guerrilleros. Son puros cabros maricones que están pedregos, cantan canciones de la Violeta Parra y leen poesías. Mere que hombrucitos, chupillos pedregos que recitan poemas de amor y marabeta. Y relata la poesía como le dije a ese periodista que me preguntó si leía a Neruda. Le dije en alguna vez un poema. Me dijo: ¡no me cuente que se diga una cosa! Oídas las poesías. Ni las lee, ni escuchabas, ni escribías. ¡Eh, no! Como se le ocurre preguntarle sobre un te quevada. Es único que en tal te quevada me si yo hablaba hablo. Ya ese Neruda que se muere está en la pata el 73 y lo habrán mandado al servicio militar para que aprendiera a caminar como hombre. Que hubiera sido de ese país un poeta con un sueldo de Presidente. Y por eso que tiene que aplaudirlo en el Estadio Nacional el 72, cuando los suecos le dieron el Nobel. En eso se relajó, lo único bueno es que su mujer no le ha a llenado un día de semana con su teatro de zángano. Que por que exctasis poder viajar solo echado en el asie no de la im. usua ta. un. de. os pasos de. os que en esta época alfon. na. na. a

ruta. Nos vamos por Pique y no por la cuesta de Achupallas, mi general, porque parece que en la cuesta están arreglando el camino, le eximent o el choter. ¿Que raro que el alcalde no le hubiera dicho nada sobre los arreglos del camino si esa misma mañana estuvo conversando con él? Era una loca dar esa vuelta cuando a él le gustaba pasar por ese abismo. Ver tan pequeño el rancho abaje caminando en te las piedras y ese marañón de cerro donde caben un solo animal. Al pasar por ese lugar el papito del verugo se me zafaba con cierta inquietud de gozo como si la comitiva hiciera el papel de un equilibrista sobre el alambre del camino en la brevedad de un tránsito mortal. Era la primera sensación que tuve el 13 de septiembre del '73 cuando dio la orden para que mi Hacker Hunter soltara sus burvos explosivos sobre La Moneda. Claro que en ese momento el se encontraba en Peñalolen en el alto de Santiago dirigiendo toda la operación desde una cómoda sala de comandos. Siento a recordar ese instante. Que se tiraban los Allende y sus secuaces que a él le iba a temblar la mano para iniciar el asalto. Que pensaban esos marxistas que el Ejército se iba a quedar de brazos cruzados viendo como transformaban el país en una fonda de patipelados revolucionarios. Por viene Dios y la Virgen del Carmen habían aprobado su histórico gesto, y ahora Chile era una tur con ornepada y teñil como lo mostraba el paisaje florido que pasaba por la ventana del auto.

CARLOS LA SURPRENDIÓ mientras secaba unas tazas en la cocina. Se acercó por detrás tapándole la vista con su jugueteador humor. ¿La vida o la contraseña — la apuntalo con la mano empuñada como si fuera un arma. Usted es mi vida dijo ella amorosa, caraoleandose en su abrazo. ¿Y la contraseña? Tendría que obligarle a mi corazón que se la cante. Vamos cantando entonces, le insistió Carlos, con la voz de ganster aunque era en teatralidad. Tendría que matarme de a petacaos, y ni aun así lograría saber el nombre de esa canción. ¿Entonces es una canción? Pero hay miles de canciones de amor. ¿Entonces es una canción de amor. De amor y peligro, exclamó ella girando en sus brazos hasta quedar frente a frente, a centímetros de su aliento embriagador. ¿Usted es fácil de sobornar?, continuó Carlos con el romántico interrogatorio. Tan fácil y difícil como cortar una rosa sin clavarse las espinas. ¿Y si uso guantes? La rosa lo confundiría con el jardinero y moriría sin conocer el lacto de su emoción. Estaban tan cerca que podía zambullirse en la exposición

de sus ojos y Carlos, turbado, la abrazó fuerte que brando su talle sin temor de clavarse las espaldas. ¡FFF qué carnisso, se desprendió ella del abrazo. Ni que te fueras a ir, parece que te estuvieras despidiendo para siempre. En estas cosas nunca se sabe, contestó el chico sin disimular la amargura, pero para qué pensar en eso. Ando en el auto, ¿quieres que vayamos a alguna parte? *Llévame a la luna*, como dice la canción y a propósito de canción tengo que devolver el tocadiscos que me prestaron para tu cumpleaños, es cerca de Recoleta, donde viven unas amigas. ¿Podría llevarme, señor cochero por favor? Con todo gusto, princesa, la carroza la está esperando, y saltaría la escuela de sus tres libros mientras bajaban la escalera con ademanes reales para subirse al auto estacionado en la puerta.

Lío, el Miguel lo le está riendo el auto. Llévame lleva a dar una vuelta. Eso dice a Carolina que este auto se lo trajo el Viejo Pascual. Chama, ¡muyica! dijo la loca acariandole la mejilla a los labios y se trepó al vehículo con el tocadisco en su falda.

El auto despegó como un cohete en el renuncio de chiquillos que lo persiguieron girando un trazo de cuadra. A este auto tan moderno, es nuevo, no me digas que te sacaste la Pacha Gol. ¡Ojalá, pero no es mío, es de Laura, esa compañera de su universidad que te presentó el día. Debe tener mucho dinero esa nana. A se

llama Laura o es una chapa, como le dicen ustedes. Eso no te lo voy a contestar, conformate con lo que te conté. Pero si no me quisiste contar nada, Carlos. Mejor así, porque si nos agarran, contigo se ensañarían. ¿Y tú crees que yo no soy capaz de resistir un interrogatorio? Son unos animales. ni te imaginas lo que te podrían hacer. Una boranada de silencio y me interrumpen conversaciones, la ciudad corría en la ventana como una serpiente de mil alas descoloridas por la lluvia. la ciudad fuera del auto era una cobra grisácea ondulando en rostros también descoloridos por el susto cotidiano de la dictadura. ¿Ay que serio? dijo ella tratando de avanzar el trivial silencio de la ruta a su lado. La parte de Carlos se relaja en una sonrisa. Me haces así bien, cuando estoy contigo me pierdo contigo. No que yo fuera una muñeca para ti. No es eso, contigo me siento optimista. ¿Y qué más? ¿Que más quieres? Que me ames un poquito. Tu sabes que te quiero más que un papito. No es lo mismo. entre amar y querer hay un mundo de diferencia. Te quiero con tu diferencia. No es lo mismo. *Yo por ti*, como dice una canción, *contaría la arena del mar* (con los ojos entornados). *Por ti yo sería capaz de matar*. Admiró la memoria que tienes para recordar canciones. Esta es antigua, pero es muy bonita, dice todo lo que uno puede hacer por alguien que se ama. Yo había lo mismo. recuerdo Carlos, pero por Chile. ¿Y tú crees que este papito va a agradecer que le des

la vida. Me da risa me acuerdo de Arturo Prat y me cago de la risa. ¿Tu piensas que me creo héroe. Algo así tal vez no como () Higgins o Prat pero sí como el Che Guevara. ¿Y tu conoces quien fue el Che Guevara. Un bombonazo de hombre una maravilla de hombre con esos ojos con esa barba con esa sonrisa. ¿Y que más. ¿Y te parece poco. ¿Y no te interesa saber cual era su sueño de mundo. Que pensar. ¿Por que se entregó su vida a la causa de los pobres. ¿Sería tan romántico y cabente como yo. Me ha agustado p' ncesá se suicropo Carlos, pero yo estoy muy lejos de esa enorme figura. A punto te eres regu y solo te falta la barba. ¿Por que no te dejas barba. Carritos. ¿Por que eres tu. Te cachan al año y muertas como el Che. ¿A usted de lloraría alguna lagrima por mi p' ncesá. Una sola nada más que una pequeña pepiensa como una perla amarga que se quedó sin oír.

Nunca has pensado escribir. ¿o hablas en poesía. ¿o sabes. A casi todas las locas e tanto todas les florece la voz pero de ahí a ser escritora hay un abismo porque yo apenas hegué a tercera preparatoria nunca he leído libros. ¿o conozco la universidad. En todo caso me gustaría haber sido cantante haber escrito canciones y cantarlas que es lo mismo que ser escritor. ¿o cree usted señor coctero. Puede ser poeta, que su canto sea poesía pura como los paganos que se nupocó huyendo a la universidad. Los maricones pobres nunca van a la universidad. Ando

Pero yo conozco muchos hombres sexuales que estudian en la universidad. ¿Y se les nota? ¿Son las tuercas como yo, por ejemplo? Carlos desvió los ojos de la ruta para mirarla. Un reflejo otoral delineaba su perfil mariposo, torcido por los años. Nadie se le compara, princesa, usted es irrepetible. Sus halagos me conmueven, señor cochero, pero no se distraiga del camino, yo no le he dado tanta confianza para que me seduzca así. Usted no puede faltarme el respeto y menos mirarme con esos ojos de... ¿De qué, princesa? Devoradora, deslumbrante en la brasa oscura de su imperunencia. Y ahí soltaron la risa, y ahí rieron a más no poder, como si sus corazonces supieran partes del artefacto pendiente de un instante frías. Que le importaba a ella lo que pasara, que le importaba lo que pasara después, en ese momento podía morir de un infarto, de solo sentir su mano anarrándole los hombros con el cariño colorido de su abrazo. Él miraba que relaba atrás en el soplo del viento en la marcha. El mañana lo soñaban ellos, viendo unidos en los ecos de esas risas, en la reestación fílmica de la ciudad que escenografiaba paruos a él transformado futuro de ese destino. El auto cupido cruzando las calles era una flecha vegetal en el verde pestanco de los semáforos, el auto ando volaba culebreando obstáculos en el alcantarán transparente del asfalto. El auto viajero galopando al red, temblaba agitado en las manos nudosas, varoniles de Carlos al volante.

Cuidarte cocheru, que el semáforo está rojo. El
resbalar de las ruedas casi la hizo dar un cabe-
zazo en el parabrisas. Por favor Carlos, que este
auto no es tuyo, casi se me cae el tocado de
la Rana que se muere si le pasa algo. Ya prope-
sita ¿dónde viven tus amigos? Porque estamos
llegando al final de Recoleta. Es por aquí cerca
mira, dobla en la próxima esquina a la izquierda
y pasate a una cancha de fútbol ahí es a la casa

Que regala ella viene en auto con chofer. Así
llo la Rana al verla al saludarla tratando de mi-
rar a Carlos que esperaba sentado en el vehí-
culo. Dile que se baje por favor para conocer al
principio de tus pesadillas. Mejor que no. Rara
tu porque la Lupe y la otra lo van a agarrar por
el gobierno. Na que ver dice estoy sola. Anda
vívelo al hombre que entre un rato para te dar
se una tarta de té y también pueda conocer a
tu madre. Es amor es la Loco del Ferre miro los
que capotados de la Rana y volvió a empujar
en viejo camino de amiga, esa hermandad ge-
nerosa de esa amiga al verla tan enamorado

Carlos entre colubido, pidiendo permiso a
sentarse en el destatado sillón. Pase no más
fijo lo recibes la Rana tratando de no enan-
tarse con los ojos adormecidos del chico. En-
tanda las fotos de hombres pidiendo que empa-
pelaban la piza. Es mi álbum familiar todos me
amaron, todos me adoraban cuando yo era tica
y después cuando me llegó la pobreza se fueron
me robaron las últimas pizas y apagaron la luz. Y

cuando fuiste rica, mami, le dijo la Loca del Frente tratando de hibernar la magia emboscada de esa conversa. En el norte, mi linda, yo era la señora Rana, la Gran-Rana, la Rana-Reina que le organizaba las mejores noches al alcalde, a los bomberos, al Club Deportivo, y a cuanta autoridad digna por esas tierras. ¿Usted era dueña de alguna discoteca? Na que ver, niño, le contestó la Rana mirándolo bien. Yo regentaba la mejor casa de putas de Antofagasta, tenía piano y las chicas las más lindas de la región. Piano de cola, preguntó la Loca del Frente con fingida inocencia. Ya salió la ordinaria con sus conchazos de mal vivir. Usted, mijo, tiene que perdonar a esta hija mía que salió así. La tuve en los mejores colegios de monjas, pero nunca aprendió modales la pobrecita. Y tú comprenderás, Carlos, que con esta madre, a quien más iba a sus costumbres la afectada simulando rubor. No se enoje mi niña, si el joven sabe que es puro guaxo de locas. ¿No es cierto, mijo? Claro que sí, dijo Carlos sonriendo tranquilo. Era exótico, pero en esa guardiola de mancuernas se sentía bien, como se en alguna villa anterior. Buena como doña la Rana, esa enorme matrona colmada vestida de pantalón y camisa negra que lo miraba con calida simpatía. Pongá la tetera, mija, para que tomemos técito, le rogó la Rana tierna y maternal. Al tiro, mami, se paró la otra y fue a la cocina con una mangueta de ibuprofeno. No se preocupe, agregó Carlos, no queríamos

mostrar. No es modestia atender a un amigo de mi hija. Se conocen hace mucho tiempo. Casi dos meses. Y como se conocieron. Caminando, murmurando Carlos, un conocido por ese mojesto interrogatorio. Entonces la Rana, como una gran marsoja leve y licitante, se sentó junto a Carlos y le habló en un susurro. Mire, hijo, no es que sea copuchenta, pero a esta chiquilla, a quien como a una hija, dice apuntando con la boca a la cocina donde la Lora del Frente da la sonar las tazas preysuando la uice. Lo único que le pido es que no la haga sufrir, porque su vida no ha sido mala de la L. Yo veo que usted es un joven decente, respetuoso, y por lo mismo le pido que en la cenestastre, no le haga cosas que no pueden ser. Me entendió Carlos sin hablar, ahumado con la cabeza visiblemente afectado. Pero nunca lo he ausionado, nunca le he dicho que. Me están pelando, gritó desde la cocina la Rana, apareciendo con la bandeja humeante de aromático té. A quien te va a pelar a ti, mi amor, le ro la Rana parándose del salón y volviendo a su lugar. Mientras tomabas el té, la Rana llenó el anticagrio de la pieza con sus variaciones problemáticas y alegres anécdotas que Carlos celebraba con estridentes carcajadas. Que bien se llevan ustedes, murmuró la Lora del Frente, cogiendo las tazas con una muñeca de reloj. Pero que me agradecida es aserd, la pámia se me lesa porque entretengo a mi amigo que me avoan bien. Y tiene las puertas abiertas de esa casa.

cuando usted quiera, mi lindo. Muchas gracias, respondió Carlos parándose con relajo para retirarse con su cortésia de muchacho educado. ¿Nos vamos? Seguro, Carlos, porque mi mamá después se pone cargante. Venga el burro..., replicó la Rana. Por detrás y por delante, dijo la otra. Av, niña, no hay quien lo aguante, siguió la Rana. Para usted mi comandante se vino pagando la Loca del Frente, mientras la Rana la abrazaba en un arrebato de cariño. Y conversando animados y alegres, los tres salieron a la calle y en el minuto del adiós puato al auto, los ojos anfibios de la Rana se agolparon en dos cuaguetes a punto de lagruncar. Av mamá no se ponga triste, si lo pasamos tan bien. Por lo minuto, aguete decir que puede ser una última vez, presagó la otra, se la voz de la Rana, empujando su pecho con don nado paucero. Se nos olvidaba el toca-discos, si a eso vamos. Carlos, anda a buscarlo al auto y llévalo a la casa, por favor. En el momento de quedarse solas en la vereda, ella le preguntó a la Rana. Es lindo... no es cierto. Maravilloso, hija, pero no se enamore, déjelo ir, porque después será más difícil la aconsejo con sabiduría de comadre sureña. 'Pero que envidiosa' saltó con furia la Loca del Frente, o sea que tú no crees que un hombre me pueda amar. Muchos, hija, pero este no, dijo la Rana con glaseado. Me preguntó qué motivos tiene para engatuarle. Míxela a los puey... sí, sí, sí, ademas tú no conoces nuestra historia y tampoco te la puedo contar.

No creo que sea ratica de drogas, mira. Mas
pelagrosa que eso. La Rana se agarró la cabeza
cuando Carlos salió de la casa y corrientemente le
tomó la mano para despedirse. No se olvide de
lo que le pidió se habló en secreto mientras el
chico sonreía no afirmativo subió al auto para
acelerar en un remolino de tierra. ¿Que le pidió
la Rana. Nada importante. unas revistas que le
ofrecí. Quedo maravillada contigo, es una gran
amiga la Rana. las locas son todas valedoras,
pero esta es fiel. un poco anicada no mas. pa-
sada de moda. No es cierto, Carlos. Mira que
habla. ¿O sea que tu me encuentras vieja. Eso
no te lo voy a aceptar. dijo ella ametrada y se
hundió en el asiento. No te enojes, estoy hu-
meando. fue linda esta tarde. me relajaba. me
iba a tanta falta relajarme porque vienen
días pesados. Y otra vez caso sobre ellos una
hamburra de acero. No te voy a preguntar por
que pero te pido que tengas cuidado, y no dis-
tes en pedirme lo que sea, dijo ella. ¿Lo que
sea. me entrego el con una copa en alto. Cualquier
cosa. menos. una. un arma. me temblan las
manos no lo soporto. Pero ya hay tenido armas
en tus manos. Capaz dijo ella pero se sabía.
No quiero enterarme y prefiero cambiar de se-
ña porque me dan nervios. A si vo te enseña
dispara. Me marea. sería como un cambio
con ayuda le disparaba a una puerta. ¿Ay Car-
los!, habiemos de otra cosa por favor. preguntamos
música. ¿Dónde se prende la radio?

*Si Dios me quita la vida
antes que a ti
te voy a pedir ser el ángel
que cuida tus pasos.*

La música los envolvió con su timbaleada ranchera, entre la canción y sus pensamientos, la historia pasó a trenzarse emociones, inquietudes del joven trenzaba al borde del arroyo, canciones enamoradas de la loca cerrando los párpados, rezando la letra de esa balada con el pecho apretado presintiendo cercano el desenlace de una anticipación. Así por largo rato se dejaron llevar en la atmósfera de romance y prágno que presiguaba esa mexicana voz. Hasta que Carlos cortó la radio y, muy serio, se acercó a decir: Fue hermoso conocerte. Te juro por mis ideales que nunca te voy a olvidar. Y por que me hablas así, como si te estuvieras despidiendo. Que te dijo la Rana? Que chismes te metió en la cabeza? No se dijo Carlos meditando, pero a lo mejor sin querer te he hecho daño. ¿Será que la Rana creen que yo soy un cacañal chica que no se maneja mis sentimientos? No es eso solamente es posible que yo te haya metido en eso sin preguntarte. Me sigues creyendo una tonta inocente? Pero de todas maneras esto tenemos que conversarlo. Mira, Carlos, me duele mucho la cabeza, dijo ella poniéndose un dedo en la sien, de este tema no hay nada que conversar. Pero... Pero nada, concluyó la loca,

grando la cabeza en un desprecio para sumirse en el anochecer violáceo de la ciudad.

Al llegar, ella se bajó dando un portazo, y abriendo la cerradura subió la escalera sobre ella sin mirar atrás. La ruidosa acelerada la hizo detenerse en el descanso de los peldaños, porque hasta allí le dio su rabia y sintiendo las piernas de lana pudo prever el vahido ser tándose en la escalera para reponerse. Que se fuera que no volviera nunca más, togo apretando los puños. Total ya la había usado. Y en realidad, la Rana y el chiquillo de moneda tenían razón, ella era una loca necia, una vieja escapada que se dejó embucar por la cuestia universitaria y el truco amable de ese mocoso. Y era solo eso, pura amabilidad, puro agradecimiento por haber prestado su casa y su tiempo a esos revolucionarios que no tenían corazón. En esa postura, con las rodillas juntas, se articulada en el centro de la larga escalera, parecía más bien una niña, cogía aliento al ratico del descanso. Qué dolor, como tantas veces que la vida perra la mostraba el espejo del descargano. Qué na liarar con toda su alma para sacarse de una vez la espina que nante de ese capricho, pero su mirada se quitra blanca no pudo reflejar la claridad agonica que se iba en el último pestanzato de la tarde.

¿QUIERE DESAYUNAR en el comedor o en la terraza, mi General?, preguntó con hablar resfriado el cadete que estaba a su servicio ese fin de semana. Tiene voz de maricón este cabro, pensó el Dicador mirándole el sube y baja de las calgas apretadas al llevar la bandeja. El Cajón dice: Ma porota a tierra mojada esa mañana los hedores y vapores del río se mezclaban con el humear de las tostadas y el café con leche recién preparado que lo esperaba en la amplia terraza. Pero otro olor dulzón, como a claveles frescos, predominaba en el ambiente. ¿Quiere las tostadas con miel melada de damasco o fresa buena, mi General? Con nada y retírese, le contestó patro al cadete que desapareció en la noche zarrita de ese perfume matano. Después del desayuno y durante toda la mañana permaneció tirado sobre un sillón en ese mismo sitio, almirando embobado las altas cumbres de la cordillera por si descubría algún condor gigante en su carnívoro planear. Pero no encontró ninguno en su despedido lento del firmamento, en su reemplazo una bandada de picaflores

pase, zarpa sobre su cabeza cana, despeñan-
dose con su alceco mosquero. Pequeñísimas las
aves, paguetean en enredadas en la baranda, y
que el aser y su helicopero flotar, sus cuvaron a
destajo el polen de su jardín. Con un manoteo
enopado las espanto. Lancados de mierda, más
vas pich ruchus que se creen papiros picando
flores. No le aprenden al gran condor cazador
que nunca deja las auroras. A la alaja en el pra-
do, el remanso de las aguas mecia la chasca ver-
de del pasto, y más lejos, sentado en un penasco,
el joven cadete con una mano en su estrecha
cintura, parece a ser par vicido en respase, a co-
rrante. Su cabeza tapada y ruba a relulgia co-
mo un hueso de bronce a chispazo del sol. Mi
General, tiene tiempo para revisar este dia-
ctubo, no interrumpo su secretario esna mío-
le la aceteta. Mientras le gía leer las hojas una
por una, observo de reojo al cadete, continúa a
lo lejos por la lengua de arena que bordaba el
río, su figura de flamenco adolescente, se cur-
vaba a ratos para cuitar una flautina que mordia
su boca con la sandía. ¿Por qué el mi General,
me haya que cambiarle algo al texto. Lo volví
a su prender el secretario que a su lado guar-
daba instrucciones. Espérese un poco, que te-
davía no he terminado de leer, le contesto sin
perder de vista al cadete que ahora conversa-
ba animadamente con uno de sus escoltas. A
la distancia, los muchachos reían por alguna
broma que contaba el chico rubio. De esos co-

escuela, también joven y gallardo, algo le susurraba al oído del cadete, y juntos caminaron por el angosto sendero de playa palmeando con los desnudos brazos en manga corta de una camisa militar. Entonces el Dictador dejó los papeles y parándose fue hasta la baranda. Y de donde salió este pajaro afeminado, preguntó al secretario apuntando al cadete que se acercaba hasta el bosque acompañado por el escolta. Es sobrino del coronel Abarzúa, dijo el otro recogiendo la carpeta. ¿Cómo se les ocurre traer a mi casa este tipo de gente? ¿Cómo se les ocurre dejar entrar estos raros a la Escuela Militar? Lo recomendó el coronel Abarzúa, mi General. A la mierda el coronel Abarzúa. No sabe usted que estos tipos traen mala suerte y quizás que tragedia nos espera este fin de semana. ¿En qué cabeza les cabe permitir que un maricon use el uniforme de cadete. No sabe usted que estos desgraciados son iguales que los comunistas, una vez da la pata paga y no de hay uno... ligero convence a otro y así, en poco tiempo el Ejército va a patear la casa de putas. ¿Y qué hacemos con el mi General? Saquele inmediatamente de aquí y lo da de cara. No soporto ver un maricon andar en mi jardín insultando a los muchachos de la escuela. ¿A qué razones se danos al coronel Abarzúa. Dígale que al sobrino lo sorprendieron en un acto inmoral, y al tonto de Abarzúa no le quedarán ganas de seguir preguntando.

Desde la terraza el Dictador vio cuando al cadete lo sacaban urneándolo de la casa, lo vio recamar pedir explicaciones, y vio cuando a empujones lo subían al jeep que desapareció en una fumarola de tierra, y solo entonces respuo profundo y ya más relajado se dispuso a escuchar los redobles sintonicos de su marcha preferida. Así todo estaba casi bien el tarre radial de su mujer en Santiago, ese cadete marucho expulsado del Ejército los marxistas controlados y otros bajo tierra pero el temerario de parallones seguía allí alterando el orden de la mañana con su zigzaguo molesto.

12:00 Hrs.

A las doce aún no sabía que cocinar la noche entera se la pasó vuelta y vuelta, medio ahogada como si alguien le pusiera una plancha de hierro en el pecho. Y con esa taquicardia se había levantado. Cada cierto rato usaba una avestible le apretaba la garganta y tenía que salir al altillo a tomar aire.

En realidad, el hambre no era importante, había mirado unos fideos a la olla por si acaso, pero antes se tomaría unas gotas de valeriana para calmar la angustia. No lograba repetir ese de las palabras que Carlos le había dicho. Volvió a escuchar esa despedida trágica diciendo: Fue bonito conocerle. Pero qué desastro del güevón de la comida con tanta fumita. A lo mejor ella exageraba, confundía las cosas, quizás Carlos no

se estaba despidiendo, porque habían pasado una tarde tan maravillosa en la casa de esa vieja copulhenta de la Kana. Pero era otra cosa aquello que la tensaba como un resorte de soñar al pensar en el chico. Algo intangible se apoderaba de la casa a medida que avanzaba el día. Algo siniestro la aguardaba al abrir una puerta al entrar al despojado mundo en que se había convertido ese espacio desde que Carlos retiró los cajones. Todos sus trapos, manteles, carpetas y cortinas yacían tirados por el suelo y en la semipenumbra. Los rayos solares arrastraban la luz cinda del mediodía por los pliegues y dobleces de esos hurtos, dándole apariencia humana. Algo así como un campo de batalla sembrado de varios restos. Que hombre se dijo, pensando accidentalmente en por qué ese pajaro de alas desahulladas por todos lados. Su pasado persa, sus telas y drapadas bambalinas de carca. Todo ese proyecto escenográfico para enamorar a Carlos había sacudido, se había desplomado como una teatralizada por el peso plomo de una historia urgente.

12:05 Hrs.

A las doce y cinco le preguntó el secretario: ¿A qué hora piensa almorzar, mi General? ¿A usted cree que tengo ganas de almorzar leyendo estas noticias? y le extendió el diario español donde aparecía su famosa foto de lentos oscuros con el título de criminal. ¿Que usted como me matan?

estos mal nacidos. Perros vende patria, que se salvaron jaloneados el '73 debería haberlos aplastado como cucarachas a todos y santo remedio. Y dio un golpe en la mesa de la terraza alborotando el enjambre de picaflores, que hubieron a pensarse en el verdezuzo año pasado. Pero a que hora desea almorzar mi General? porque tenemos que regresar temprano a Santiago. insistió cortésmente el secretario, recogiendo el periódico desparramado en el piso. No quiero almorzar, no voy a comer nada. ¿Entiende usted o es tonto?, y ahora retírese que deseo descansar. Y se amarró en el sillón tratando de olvidar ese mal rato, pero no pudo, esa foto suya con gafas oscuras de la primera Junta Militar tenía impresa en el cerebro. ¿Para que te pudiesen antes oscurecer si estaba hablado ese día? ¿Entiende usted o es tonto?, lo había recriminado su mujer entonces. No ves como los comunistas han usado esa foto para desprestigiarlo. Pareces un gastero, un mafioso con esos dientes tan feos. Y la verdad, ahora que lo pensaba, se los había puesto para no tener que mirar a nadie a los ojos, más bien para que nadie viera el egoísmo en su mirada de buitre esos días de palomas muertas.

16.00 Hrs

A las cuatro se sobresaltó la voz de su vecina gritando como gallina ciega desde la vereda de frente. Vecino, vecino, lo llaman por teléfono es la señora Catta, y quiere hablar urgente con

usted. Desde la ventana le hizo un ademán apaciguador a la mujer y dándole las gracias, dijo que se iba. El dolor de cabeza no se le quitaba aunque en ese rato había logrado dormir un poco. Mientras descendía la escalera, inventaba una excusa que darle a dona Cata. Que lo perdonara por haberse ido así de su casa y no entregarle el maní. Pero pensándolo mejor, no tenía que darle ninguna explicación a esa vieja de mierda, tan tulerula, tan telerla de piteca, de mantenerlo por la mujer de mante, como si ella fuera una china a su servicio. Cuando entró al almacén, las viejas se quedaron mudas para escuchar la conversación, pero la loca no tomó el auricular y acercándose a una de ellas le dijo por lo bajo. Le quiero solicitar un favor: ¿usted podría contestar el teléfono y decirle a la señora que me llama que yo me cambie de barrio y que usted se encuentre alca dónde me fue. La mujer lo miró con sorpresa, pero accedió sin más trámite. Al salir del lugar trago una inmensa bocanada de aire y sintió soltarse un poco el nudo que anudaba su corazón. ¿Tal vez era el encierro en esa casa lo que la tenía así? Por eso decidió no quedarse encerrada esa tarde, quería salir, tomar sus antiguos traseros, salirse a una marro, paritar por el centro, ir al cerro Santa Lucía o meterse en un cine de caluán, donde por unos pesos, alguien lo iba a hacer de mamá en la oscuridad y poder olvidarse de Carlos y sus preocupaciones.

pectorándole el pecho. Y así lo hizo, pero cuando subió a la mano un laudo urgente se ahogó en su garganta.

16:05 Hrs.

A las cuatro y cinco, el Dictador ronroneaba un sueño profundo hamañado por la leve venesca que entibiaba el ardim. Después del mal rato, su pesado cuerpo había sucumbido al rumor oloroso que despedía el campo, las fragancias de pino, eucaliptos y bosta de vaca tomaban lo más evocativas en el paisaje de algodón que amortiguaba su sueño. Podía ver el horizonte y las protuberancias azules de los cerros casi tocando el cielo y en el cielo, pequeños puntos oscuros girando en la centrifuga de un aire flotante. Eran condores sin duda que iban agrandándose a medida que su trapecio circular perdía altura. Pero también podían ser aguilas, pero muy lejano graznido. Ya casi podía verlas nadar aleteando en su balanceo tímido. Pero ellas también lo veían desde lo alto enfocándolo con su pupila rapta. Mas bien él se veía en los ojos de las aves tan solas diminutas tan indefensas allá abajo recostado en la terraza como un abuelo muerto, presa fácil para esos pájaros cazadores. Intento sentarse, moverse para alejar esa ronda asesina que ya sus revolaba el techo de la casa. Quiso llamar al secretario, pero al abrir sus labios nervios, paralizados por el miedo, entonces la primera sombra se precipita

a su cara, y sintió un escalofrío cuando el violento picotazo le arrancó un ojo. No sentía dolor pero la mitad de mundo se apagó en la penumbra. Por el otro ojo vio caer en picada la gran sombra detentiva y el grito estrangulado despettó a toda la casa. Cuando abrió los ojos, lo rodeaban los escoltas y el secretario abanicándolo con el diario español mientras decía: Era una pesadilla mi General respire hondo, no se preocupe.

18 00 Hrs.

A las seis recién la metro había llegado al centro. En la Alameda se bajó encaminándose a Paseo Ahumada que a esa hora hervía de gente apurada y comerciantes ambulantes corriendo recogiendo mercaderías desparramadas por el suelo arrancando de los patos. El sacle estaba regado de pañuelos lamando a protesta en septiembre: 1986-ANONDE-LA-LIBERTAD. ESTE-ANONDE-PIÑERO, SE-TE-ACABÓ-LA-FIESTA. Eran algunas consignas que se leían en los papeles escritos con tinta roja. Al agacharse y recoger uno sintió el puñalazo de la lluvia al clavarle las cosquillas. ¡Basta, mare me culhao! le gritó el paco mirándolo con furia. Y correte de aquí, anda a mariconear a otro lado si no quieres que te lleve preso. Y a loca no espero que le repitieran la orden, haciéndose humo entre los transeúntes que le abrían paso con susto. A las diez y media recién pudo sentarse en un banco acezando sintiendo.

mas que el dolor la humillacion de ser golpeada por ese perro de uniforme verde. Sin motivo, sin ninguna razon, estos desgraciados apalean, torturan y hasta matan gente con el consentimiento del tirano. Malditos asesinos, pensó, pero ya van a ver cuando Carlos y sus amigos del Frente les vuelen la raja de un bombazo. La vida es una fiesta y ya les va a tocar a ellos, siguió pensando al pararse y caminar cojeando hasta la Plaza de Armas, donde espero encontrar tranquilidad ese día de fiesta. Pero al llegar cerca de la Catedral un numeroso grupo de friegotes se juntaron en las escaleras portando las fotos de sus familiares detenidos desaparecidos. ¡SECA Y QUEREMOS JUSTICIA! ¡OSERVAMOS EL MUNDO QUE NOS DOLAN DENTRO ESTAN! Era la consigna que coreaban las señoras, madres, abuelas, hermanas de toda esa gente que aparecia destentada en las fotos clavadas en el pecho. Al acercarse una mujer todavía joven le hizo una seña para que se uniera a la manifestacion y casi sin pensarlo, la otra tomó un cartel con la foto de un desaparecido y dejó que su garganta rubia se acomodara a gritos de las mujeres. Era extraño pero allí, en medio de las señoras, no se había vergüenza de alzar su voz marfilada y sumarse al descontento. Es más, una calda protectora redujo el miedo cuando las suenas de las parteras las disolvieron el manto calafato que correteaba en banco de la plaza, tropezar toda por

el suelo en un resbalón por las baldosas mojas, y llegar a la esquina donde encontró refugio en una galería comercial. Todavía respirando ahogada por el humo de las bombas, despegó la foto que llevaba en el cartel, y doblándola cuidadosa, la guardó en su bolsillo. 'Por ahí la protesta' es un hueco que alguien inventaba a su lado, era un joven café que sobandose el bulto esperaba clientes. Tiene que esconderse en el teatro para que no lo pillen, le comentó con malicia invitándolo a seguirlo hasta el fondo de la galería, donde los carteles karateas del Cine Capri ocultaban la doble función en vivo del porno maraca. Y otra vez, casi sin pensarlo, se dejó arrastrar por el pasaje detrás de ese taxi box que le había empujado la doctrina blanca de su antiguo mariconear.

18 05 Hrs.

A las seis y cinco los autos de la comitiva estaban alineados en el camino esperando al Dictador para trasladarlo a Santiago. La guardia personal conversaba rápidamente al pie de los vehículos con las metralletas colgando de sus hombros. Las maletas en el portaequipajes, el chofer presencial sentado al volante... Todo estaba listo, pero él no se decidía a emprender el regreso. Mas bien, dilataba ese caluroso viaje entre los cerros, a esa hora del atardecer con el sol ribetizando las cumbres ahumadas con esa gran sombra de tinieblas brotando de los acantilados.

ennegreciendo el verde primavera que espiraba bajo la sombra del Capon del Maipo. En realidad no tenía ganas de volver a Santiago ni esperaba el traqueten revoltoso de septiembre que las protestas, que las marchas de los estudiantes, que los bombazos y apagones de este orbe que al parecer por lo que transmitía esa Radio Cooperativa, se venía con toda la batahola revolucionaria para desestabilizar al gobierno. Por ahí a mano dura, y si era necesario, decretaría toque de queda, y las tropas del Ejército se harían cargo de la situación. No vacilaría en dar la orden de fusilar a cualquier comunista que atentara desafiando. Pero son unos cobardes, no se atreven a enfrentarse cara a cara a mis hombres montro al mecar el grupo de escoltas que, bajo los árboles del camino, bromeaban con sus armas apuntando a un perro copo que reaguicaba por la carretera. Tal espectáculo le sirvió la sonrisa con partiendo la lengua al gritales. Mientra ese perro marxista, tiene y mi permiso. Pero el animal, alertado por el grito y las carcajadas, se prescambióse entre las malezas y el quepido del disparo fue un eco que siguió sonando mientras el Dictador, con buen ánimo, se dispuso a subir al Mercedes Benz para iniciar el viaje.

19:00 Hrs

A las siete en punto se apagaron las luces de la sala y comenzó la primera película. De repente la loca levó el truco. De RO DE SEXTAR IL Y también

de rojo y lo a caliche pendiente que a su lado se acomodó en la butaca amasándose el miembro. Quiso sentarse en las primeras filas pero que al fondo era tan espeso el abadengo que en la oscuridad nadie sabía con quién lo estaba haciendo. Y en realidad, las últimas filas eran para las ucas cochinas que se pagaban entre ellas, y cuando aparecía un fanaliteño, como el que ella tenía a su lado, eran capaces de todo con tal de agarrarle el paquete. Por eso, no prestó atención al cartelito de butacas que terremotoaba el ambiente, tampoco escuchó los quejidos evocantes que acompañaban las escenas de karate violento desplegadas en la pantalla. Los espacios lacres retulgián la penumbra, y ese resplandor rosado mostraba la garza ensalada de cuerpos que en la última fila coreográficamente el éxtasis de su clandestino manosear. Junto a ella el taxiboy, algo entusiasmado con la película, esperaba que la hora tomara la iniciativa. Por algo le había pagado la entrada, por algo se habían sentado juntos. Pero también, por alguna misteriosa razón, ella permanecía estabá frente a ese film de sangre y hematomas acrobáticos. En realidad, no estaba completamente ahí, su corazón estaba temeroso, latiendo como una bomba de tiempo apresurando su reventar.

19:05 Hrs.

A las siete y cinco le pidió al chokri que disminuyera la velocidad para vigilar mejor el paquete.

que el zumbido de los autos dejaba atrás. Es la seguridad en General que no permite ir más lento. Que seguridad ni seguridad aquí mando yo. y si le ordeno que vaya más lento, obedezca. Entonces la caravana de veinte dos zigzaguen con el repentino cambio de marcha. Adelante y atrás los escoltas sorprendidos asomaron por las ventanillas los cañones de las metrallas, y de improviso aullaron las sirenas su griterío de alarma. Pasa algo en General preguntaron por el radio. transmití. ¿A que va a pasar. Nada pues hombre. y apague esa que vada que me pute más nerviosa. Así con una tranquilidad de paseo, la comitiva descubre la precordillera cerrando las puertas al vadear los porteros de amarillos rayos y pinas lacres de alguna maleza en flor. Un extraño sopor lo abotago de cansancio y el suave cabeceo de la tota me fue acunando hasta que sin me darme caso al pecho en un silencio suspirar. Pero no queriendo dormir, las continuas pesadillas lo ponían de mal genio y trató de permanecer despierto hasta llegar a Santiago. Rectos habían cruzado el paraje de San José de Muyo y le extrañó no ver a nadie en sus polvorizadas cañales esmas, en toda la ruta no había visto a ningún lugareño y los paestros de empacadoras y pan arrastrado que bordeaban el camino estaban cerrados y sin las típicas banderolas blancas anunciando su olorosa cocca. Hasta los pajanos habían desaparecido de ese arte quieto y

solamente el mullido rodar de la comitiva aten-
nuaba el pesado silencio.

19:10 Hrs.

A las siete y diez se aburrío de mirar la película y le puso una mano en la rodilla al chico que hacia rato esperaba su decisión. Y suavemente, sus dedos lombrices reptaron el muslo tan lento como si cruzaran un campo minado. La textura áspera del bhayin era terreno de aja para sus venas tarantulas en arañándose por el largo fémur endurecido por el tibialacio. El tiron se había convertido en un parabolas veloz que tragaba la interminable carretera donde viajaba la pareja protagonista. Sin duda, alguna escena de acción se acercaba por la secuencia acelerada de las tomas camineras. Y allí detuvo la mano a centímetros de la entrepierna, casi notando el temblor de los testículos palpando como huesos de pólvora caliente. El chico esperaba su avance mirando el film. También con doblada su atención, entre la carencia sexual y esa carretera sin fin del auto en la punta la abota, rodando veintigrueso perseguido por un helicóptero. En cada giro de volante, la muñeca rubia se abrazaba al joven oriental esquivando raras e inebardes aereo que encendía en llamas la huella de su fuga. La mano crispada de la loca avanzó un poco más, hasta pulsar suave el escroto prohibido. Y allí el telon se inflamó en una brasa púrpura alcanzando la coxa del auto

que aceleró aún más en un reguero de chispas. Cuando me va a pagar, la interrumpió el chico sacándole bruscamente la mano. La loca se contestó, acomodándose en el asiento para seguir viendo la película.

19:11 Hrs

A las siete con once, aún faltaban unos minutos para que la ola de autos tomara la curva de Chapala. E insistió en regresar a Santiago por ese camino, y a la vez más van que contradecía a esos tontos del aparato de seguridad que constantemente cambiaban su itinerario. Es por precaución, mi General, para prevenir algún atentado. No pudo más que reírse cuando escuchó esas explicaciones. Y ¡qué se va a atender a ponerle un petardo en el camino! Faltos cabros ven mucha televisión, muchas películas de comandos guerrilleros, pero en este país no ocurren esas cosas. Aquí todo está controlado, y no se mueve ninguna hoja sin que yo lo sepa. Además, aquí no hay selvas donde puedan esconderse. Por eso, pensar en un ataque guerrillero es ser demasiado fantasioso. Y con la suerte sacándole de la comisaría, giró la cabeza para revisar los dos autos que seguían a Mercedes y también a un tercero que encabezaba la columna. Y fue en ese momento que el vehículo delantero se quebró en chaga al con la braca frenada para no chocar la casa rodante que cortaba el camino. Y a su vez, todos los autos

patinaron en un alarido de neumáticos y explotó la sonajera de balas repicando en los parabrisas. Como de improviso, estalló la tormenta de guatacayos en garfizada de metrallas salpicando los vidrios. ¿Lo estaba simulando o era real ese ataque silbando fuego por los Mauser desde los peñascos? Tirese al suelo, mi General le gritó el chofer desesperado, pero hacia rato que el Dictador tenía la nariz pegada al piso, temblando, tartamudeando. Ma-mama-c-talinda, esta guevó es cierta. Y tan cierta que el pavor de los escoltas no les dejaba reaccionar. Y paados se escondían como ratas en el tragón de la balacera. Y niarot cov no sabían que hacer con las armas, mirando hacia todos lados, gritando ordenes locas en el desconcierto. En los estampidos de rocket haciendo recagar el primer auto que saltó por los aires en un estruendo de cenizas y un humo espeso, un humo picante subiendo la batahola en el ardor de aquella escena.

19:15 Hrs.

A las siete y cuarto, la hora no pudo leer la luz en el reloj fosforescente colgado en la muralla del cine. Repentinamente algo le empato la visión y por más que se achunaba tratando de ver lo que ocurría en la pantalla, un velo mugriento le cubría el rostro al joven protagonista, y solo distinguía la carpentería nudosa de sus dedos y prepiños pulsando el arma. Mas

bien solo creía ver las manos de Carlos aferradas al metal de ese cañón torante. Lo veía como imaginaba saltando las piedras, rodar la pendiente y volver a pararse disparando, corriendo evitando el claveteo de los proyectiles en la muralla de rocas. Un grito ahogado se escapó de su garganta. Cuidado! Carlos que se muera. A tu derecha Carlos, ese mulico que se apaña. Y zambra el pencazo rozándole su sombra elevándose que va no está allí que saltó ovilado girando por el barro del suelo. Y con la cara sucia se sintió desde el telón agradeciendo el aviso de su loba, su vieja loba, que de lejos lo acompañaba en el apuro.

19 20 Hra

A las siete y veinte andaba la estesta en el Cajón del Mapo con el pencazo de la polvora al explotar en los años que hundecaban por el retumban. Sugamos de aquí ahora que nos hacen carrera gritaba como verraco el Dictador asomado meculoso la nariz por el vidrio hecho astillas. Pero ¿por dónde?, si nos tienen rodeados tantando el choler mientras peo una ha atrás chocando con el vehículo trasero. Por cualquier parte saquemo de aquí que estos gñevones me matan! ¿No ve que no se puede mi General. Agátese mejor y sujetese bien que voy a intentar lo por atrás! Y así una maniobra de arrobata el blindado Mercedes recio con desespero estrellando parachoques

y latas, pudiendo salir muagrosamente del toro por la pericia del chofer, que varió en noventa grados rechazando la goma de los neumáticos al retomar el camino y arrancar hecho un poco de regreso por la carretera. Atraso que quedaba de la comitiva era un desastre de autos agujerados en la espesura del humo que vibría por los cerros. En el asiento trasero, el Duardo temblaba como una hoja, no podía hablar, no atinaba a pronunciar palabra, estaba sin moverse, sin poder acomodarse en el asiento. Mas bien se quería moverse, sentado en la tibia plaza de su muerte que lentamente corría por su pierna, dejando escapar el hedor particular del miedo.

19:30 Hrs

A las siete y media una hediondez a cosa flota en la atmosfera del cine, mezclada con semen desordenado y perfume de varón. El comentario lo hizo pararse de la butaca y caminar rápidamente hacia la salida. Maricones cochinos, pensó, ni se lavan el puto antes de venir a culear en la fila del fondo. Pero más que eso, más que la borra leuda del sexo machista, algún presuntuoso la tenía en vaquilla a ver esa película tan violenta. ¿No me vas a pagar la mercepito el machacho que ven a tras de ella. ¿Has... como que falaba. ¿Como no la tocá? Unas monedas que sean, le dijo el chico con ojos lastimeros. ¿Cris que soy gaxona, ni

siquiera me lo mostraste. Te lo muestro ahora. No se moleste, ludo, porque ahora me voy, con esto la boca pasando de las monedas de a peso al cañiche que las agarró marmurando. María con cagao, mientras entraba a la sala nuevamente. La ciudad era otra cuando atravesó la galería comercial desierta y avanzó la calle del centro, que a esa hora, siempre era un bullicio de oficinistas y bohemias y secretarías que corrían a tomar el Metro. La Plaza de Armas, en la esquina, se veía tan desierta, herida por el logotipo lacte de las jaurullas que corrían alrededor. Los paraderos de metros hervían de peatones colgando en racimos de brazos y manos agarrados de la escasa iluminación colectiva que ardeaba haciendo por las calles vacías. Pero que mierda había pasado en el tiempo que ella estuvo en el cine. El tamaño de su corazón le temblaba Carlos Carlos Carlos. ¿Que sería de él en esta incertidumbre de picos reventando bolsos y carteras en las esquinas y ese sobrecarga de helicópteros que zambullaban la ciudad fotografiando la ciudad con sus reflectores azules de teatro paruto. Al subir a la micrófono, amasaba como tortilla de campo, algún escuchó por los comentarios en voz baja que escuchaban el tiempo a gente. Una entusiasta. La mataría. Era herido. Se salvó. Murió con siete escultas. Fueron los del Frente. A qué herido avanzas le preguntó a una vieja que hacía gargaras con la copacha. Se salvó de milagro, ni un rasgano, debe tener

pacto con el diablo. Seguro que si, pero dígame los guerrilleros, ¿pudieron escapar? La mujer lo miró de perfil, y le dijo al oído: Toditos, toditos, no cayó ninguno. ¡Uff! Que ahí no, suspiró la mujer poniéndose una mano en el pecho para tranquilizar su corazón. Dicen que los chiquillos del frente se hicieron humo después de la gracia. ¿Y nadie sabe cómo salieron de allí? Como el hombre invisible, dijo la vieja cerrándole un ojo al tiempo que se corria por el pasillo. Entonces la micro frenó de improvviso y se escuchó un altoparlante: Se ordena a todos los pasajeros de este vehículo bajar de a uno para ser sometidos a una revisión.

En la casa del Cajon del Mapo el teléfono no paraba de sonar, en tropel llegaba el alto mando bajándose de autos y helicópteros recorriendo los potreros. En la casa, el urano recién bañado tomaba a sorbos el té con tranquilizante recetado por los médicos. Un murmullo de ministros y familiares recorría las habitaciones sobresaliendo la voz estridente de su mujer gritando: ¡Se lo dije, se lo dije, se lo dije!, pero nunca me hace caso. Yo lo sabía, lo presenté y no quise comentárselo porque siempre me deja como tonta tratándome de alarmista y albacara. Revién este fin de semana Gonzalo me vio el Tarot y ahí sabía, Gonzalo me lo advirtió: «Cuidado con los viajes, señora Lucy», me dijo,

Y yo, como tengo tanta fe en las pronósticos de este chiquillo, le hice caso y cancelé mi viaje a Miami para comprarme unas chaquetas Versace que allá están en liquidación. Yo me cansé de prevenirlo, pero él no dejó de venir todas las semanas a olfatear el pasto de los campos como si fuera una vaca. Ve lo que le pasó, ve que tanto va el cantaro al agua que al final queda sin oreja. Ve que yo tenía razón cuando le propuse castrar con tejas todo este valle, no dejar entrar a ningún desconocido y poner alarmas en todos los postes de la luz. Pero él tan seguro como siempre, tan confiado en esos roles de la Escuela Militar que trajo a estudiar a Panamá. ¿Y de qué les sirvieron los cursos, amigos artífices que les dieron los gangos. ¿De que les sirvió andar mendos hasta en el barrio personal de una que yo no podía ni cambiar canciones porque ellos estaban vigilando. Se fijan que fue puro gasto de plata en el haber contratado a esos músicos que ni siquiera disparan a la hora del apuro. Y yo, la tortata, no se lo quise decir porque el número me hace caso. Tanto gasto de plata en la segunda del hombre, y apuesto que ni siquiera saca karate estos cabros chicos. A lo mejor habría sido más barato contratar a ese Frente Manuel Rodríguez para que nos cuidara, digo yo. Porque yo sabía muy bien que yo y los tontorrones de la escuela fuimos perdidos con ellos. No se acuerda un terrorista muerto, ni uno solo. En cambio, cayeron siete

de los nuestros, siete funerales, siete monolitos habrá que levantarles, siete indemnizaciones a las familias, siete banderas hay que comprar para cubrir las urnas. No ve que sal a mas barato conutar terroristas para la seguridad. Parece un chiste lo que estoy diciendo, lo sé. Pero no me van a decir que aunque parezca broma macabra, esos guerrilleros del Frente no sé cuánto, se merecen un aplauso. Mire que después del asalto le pusieron sirenas a sus autos y arrancaron haciéndose pasar por gente nuestra, como en las películas. Y claro, nadie se atrevió a detenerlos, y pasaron por las ratas de los carabineros que controlaban el camino. Y yo creo que hasta les dijeron chao a los carabos de combate que pasaron a la salida de Puente Alto, y se fueron riendo de este viejo tonto, que no lo mataron gracias al chofer y porque Dios es grande, pero le hicieron pasar un susto.

Recordando que aun tenia en su bolsillo la foto del desaparecido, sintió un vacío en el estomago al bajar de la micro, y ante la orden mandona del militar, que los hombres allá y las mujeres acá, no supo reaccionar, topiéndose entera, y ahí le afloró lo loca en la emergencia. ¿Y usted qué espera, no sabe dónde ponerse? le grito el único médico le idia que partirne por la mitad para estar en las dos

partes le contestó risueña. Así que le gustan las niñas, dijo el milico acercándosele lascivo. Entre muchas otras cosas, respondió ella con la nariz respingona. Como tales. Como bordarles manteles a las señoras de los generales. ¿Y que más? Como bordarle sabanas a la mamá de un coronel. ¿Y qué más? ¿Y qué más quiere. Que me borde este paruelito que tengo en el bañillo, le murmuró agarrándose el miembro con disimulo. Cuando quiera, pero ahora voy atrasado porque tengo que terminar un trabajo. Ent me es vaya se no más, dijo el milico bajando la metrallera. Y no me va a revisar? Ahora no, pero después le voy a llevar el pañuelo. Muchas gracias, se despidió la mujer encaminándose por la vereda ante la mirada de los pasajeros encanionados por la espalda, con las piernas abiertas y las manos en la pared. Y desapareció con su alma coñillona clavada en un aambue, sintiendo un fredo sabroso oltan andole los pasos. En las avencas no finaban ni las ánimas, a lo lejos un traqueteo de balas le apartó el paso. ¿Que se tira Carlos a esta hora? Y si la net estaba. Y si no está dándole escondirse es pobrecito. Y si a estaba esperando en la casa angustiador. Y cuando ella llegara se tirara a sus brazos como un perro. Pero, y si los milicos la venían siguiendo. Se le habían dado la pasada porque algo sospechaban. Y ahí tactionados de y en la emboscada. Porque en esa casa de mierda no

había por donde arrancar y las viejas copuchentas de la cuadra les daban a los milicos: Si, yo vi cuando entraban esos cayones con armas. Yo vi a ese homosexual cuando les abrió la puerta en el toque de queda a tantos muchachos. Quizás no, peladoras serían las viejas, pero nunca soplonas, nunca dirían que en esa casa nunca, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había encontrado un hueco calido de protección. Al sentir un metralleo cercano, intentó correr, pero se contuvo, ese panfleto con la cara de ese desaparecido le quemaba en el bolsillo, como si el rostro de ese hombre muerto pudiera respirar, y su vaho sepulto, quién sabe dónde, le enubriara el costado previniendo su acelerado caminar. Faltaban solo dos cuadras para llegar a su casa que le parecían eternas, y al fin, temblorosa, abrió la puerta, y respirando hondo la cerró, sintiéndose protegida en la concavidad familiar de la sombra. Pero no prendió la luz. El silencio obeso que tenía el lugar podía presagiar cualquier cosa. Igual se arriesgó a subir dispuesta a todo. Y un a uno los pedraños crujieron como si caminara sobre un cementerio de cristal. Una a una sus pasos fueron estampados cinematográficos que la ametrallaron rodando escarata abajo moteada de purpura — creyendo ahogarla en sangre el nombre de Carlos-Carlo Carl. Aquel nombre falso disperso era un plica chamullera de esas letras, un nombre

de mentira, de hambalinas, tan ficticio como
esa ugarreta imaginaria de actuar el miedo.
Le balneara gustado recibir aplausos al llegar
arriba, pero por fortuna y mucha suerte, su
el con manfruncer de su voz le contestó burles-
co: «Hay alguien por aquí»

AQUELLA NOCHE EN SEPTIEMBRE del '86 fue espesa, un socavón de coyotes aullantes por las avenidas, una ciudad crispada por los numerosos allanamientos, portazos, gritos y balaceras en los barrios populares. El ejército se tomó Santiago corriendo las rutas de salida. Se montó un cerco armado desde la periferia que se fue cerrando a medida que los militares revisaban autos, casas, poblaciones enteras, formadas en fila toda la noche en las canchas de fútbol. A la menor equivocación, al más simple tubero, a calatazos se llenaban camiones y camiones de sospechosos. Por supuesto, ella no pudo dormir en un estado así, brincando cuando escuchaba un ruido, sobresaltada por el crujir de la escalera. Con la tetera hirviendo toda la noche por si acaso por si a Carlos o sus amigos se les ocurría llegar. Con la radio prendida, pero bajo, escuchando los últimos comunicados:

COOPERATIVA ESTÁ LLAMANDO. LA
SECRETARÍA DE GOBIERNO INFORMA
POR LOS GRAVES ACONTECIMIENTOS DE LOS

CUAL EN EL PASAJE SIN TENDIDO SE LL
RUEGA A LA POBLACION MANTENERSE EN SUS
DOMICILIOS Y ESTAR ATENTA A CUALQUIER
CIRCUNSTANCIA QUE LES PAREZCA
SOSPECHOSA Y DENUNCIARLA A TIEMPO.

Ya en la mañana, cabeceando de sueño, es-
cucha el alarido de su vecina informándole que
lo llamaban por teléfono. Hombre o mujer
preguntó tragando saliva. Mujer es una señora
la que se llama Laura que te hablará con amor.
Vio escalera abajo, cruzó la calle y tomando el
teléfono en un minuto preguntó. ¿A quién
el diga. Usted habla con Laura la amiga de
Carlos. Ya lo se dígame cómo está. No pue-
do hablar mucho, usted me entiende. Él está
bien pero no es por eso que lo llamo. Necesita-
mos urgente hablar con usted. Puede ser en
una hora. Claro que se esperen en la calle lo
pasamos a recoger. Gracias. ¿Que mujer tan he-
cha pelotas! Que temida que hablar con él. Se-
guramente querían pedirle otro favor, pero que
que no se lo pedía Carlos con que tenía más
confianza. A lo mejor era arriesgado. A lo me-
por Carlos estaba herido y esa Laura no quería
decirle por teléfono.

Tema no nido de dudas ruidos en su cabeza
cuando el auto apareció por la esquina y se de-
claró muerto. No al tiempo que una mujer le abría
la puerta trasera para que subiera. Al mirarla
nuevamente reconoció a esa tal Laura (apo

unos gruesos lentes ópticos y un pañuelo anudado en la cabeza. No te reconocí. Niña, te parece a la Chalindrina. Es por seguridad. Usted entiende que son momentos difíciles para todos, le dijo la mujer cortándole el chiste. El auto aceleró, y ella recién se fijó en el hombre que conducía el vehículo. ¿Por qué no vino Carlos? fue lo primero que se atrevió a preguntar. No puede pero no se preocupe, es esta seguro. Queríamos hablar con usted para ponerlo al tanto de su situación. Es muy peligroso que siga viviendo aquí, casi todas las casas de seguridad han sido allanadas y la suya es la única que falta. Debe ser cosa de horas para que llegue la CNF. Es urgente que siga rápido de Santiago. Pero no puedo abandonar mi casa que va a decir el dueño si la depongo. Me reí, lo interpequé a mujer mirándolo tranquilamente y cristales. Es cosa de vida o muerte, en esencia. Si alguien más cae caemos todos. Pero yo no puedo ir y pagar como una millonaria loca, señora. No es mi estilo. Cayó gritando a borde de la indignación. La mujer tragó aire para tranquilizar el diálogo y agregó: Es richemencito, estamos preguntando si usted quiere irse, debe hacer o por su bien y el de todos. La Laca del Frente masticó saliva mirando hacia afuera. La ciudad pasaba rápida a ritmo en la perspectiva brumosa de las calles. Otras veces, en ese mismo auto junto a Carlos, esa figura alta le parecía más amable. Pero ahora

la misma ciudad era otra. Las imágenes en re-
trada de un pasado feliz le arrebataban el tan-
co amado de su plácida vida. Era e — fue la his-
toria de amor se deshojaba como una magnolia
aplastada por las ruedas del auto. Solo quedaba
el reflejo de su cara en el vidrio superando esa
garra que caía en la ciudad llorando a sin su
consentimiento. ¿Dónde está Carlos — ¿Puede
verlo una vez más — le pregunto a la joven que
a veces esperaba una respuesta. Lo veo ahí —
dijo la mujer mirando al hombre que maneja-
ba nervioso. Sería la última conducción que yo le
pido para irme de Santiago. Veremos que se
puede hacer pero por el momento es urgente
que usted deje esta casa. Tendré tiempo para
sacar algunas cosas. No hay eso. lo que a im-
porta es hacer una limpieza de todo lo que
pueda comprometerlo. Como que? Nombres,
cartas, documentos suyos, cualquier indicio
cualquier cosa que ellos puedan encontrar.
Me entiende. La loca del frente amano cu-
mo una niña, dejándose llevar escuchando las
instrucciones estrictas que le daba esa chica
chica tocata a guerrillera. Total daba lo mis-
mo, el cuento terminaba de esa manera absur-
da. Carlos y ella arrastrando en dos direcciones
opuestas. ¿Y dónde quieren que me vaya? pre-
guntó agregando ¿por que yo no tengo un post-
para viajar a ningún lado. De eso no se preo-
cupé, nosotros tenemos un dinero para el via-
je sus gastos y estadía. ¿A cual será su destino?

No se lo podemos decir hasta mañana a las siete cuando lo pasemos a buscar. El auto se había detenido a media cuadra de la casa. La mujer, ahora un poco más amable, le estiro la mano, que la loca apretó interrogando. Y Carlos, cuando podrá hablar con él. Eso dejelo por cuenta nuestra. No se preocupe.

Tenía la zorra en la cabeza, un menpinje de cerros y confusiones dándole vueltas, un apuro siniestro sin saber por donde comenzar. Por eso iba y venía por la casa juntando y amontonando trastos. Y entonces se dio cuenta que no tenía muebles, eran pocos cachureos tirados por el suelo y que daba lo mismo recogerlos o guardarlos, total en cualquier otro sitio con unos tapetes, trapos y mucha imaginación podía levantar de nuevo su castaño pinalla. Pero había cosas que no podía dejarlas al abandono como el mantel bordado, como el sombrero amarrado, por ejemplo, como los gigantes con pautitos y sus lentes de gata. Las revistas *Esqu*, algunos recortes de Santa Moniel y menos una foto mía en que aparecía de travesti. La extrajo de entre las páginas amarillas de un *Éme Amor* y la puso a la luz para verla más nítida, pero daba lo mismo, porque el retrato era tan amoso que la bruma del tiempo había suavizado su perfil de cuclillo. Se veía casi bella. Y si no fuera por el «can», nadie podría reconocerla. Fechada en el año escamado de su vestido de señora, nadie podría pensar que era ella en esa

pose blandamente torcida la cadera y el cuello mirando atrás. Con ese moño de nido que se usaba en los años sesenta. Upo Grace Kelly con el maquillaje preciso que se daba a su cara esa aureola irreal, esa espuma vaporosa de luz falsa que le confería el destierro de los años. Casi bella, se convenció alabando la cintura de junio y esa piel de dinamita que tortaba sus hombros empelotados. Un ruido la hizo levantar la cabeza y mirar por la ventana, y en el vidrio del presentee se encontró con el rostro abotrecido de la realidad. Alguna vez fue linda, se contuvo guardando la foto en una bolsa donde iba urtando sus amados cachuchos. Tal vez si Carlos viera ese retrato, quizás si Carlos la hubiera esplendida en el glamour sepa de ese aver, podría haberla amado con el artefacto de un varón. Romen adolescente. Entonces tal vez huido juntos rajados por la carretera, a perderse en el horizonte donde el viaje nunca tuvo fin... Tal vez detenerse a la rápida en un pueblecho donde Carlos se bajara a comprar chocolates y en agradecimiento ella se sujetaba el manto de nido para sentir la cascada de pelo al apartarse sus hombros descubiertos. Le gustaba le diera mordiendo el labio para encontrarlo al otro lado de su beso. Pero allí se quedó con la mano a varca de su boca de abuela. U gta son de allí como le dijo esa Laura. Y solo en ese momento pudo calibrar la recomendación de esa mujer que era apenas una

chiquita tan joven y parecía un sargento. Pero que al parecer ella tenía un rango más alto que Carlos. Pero tan mandarina la cabra de mierda que la obligaba a dejar su casa que la tenía tan nerviosa desarmando lo único que ella había tenido en el mundo. Siempre fue así suspano tener cada pan para hoy y hambre para mañana tan pronto creía tener algo y la vida se lo quitaba de un arañazo. Se sorprendía verse tan sumisa haciéndole caso a esa gente del Frente Patriótico. Total ella les había hecho un favor sin saber de que se trataba la película. Pero que no le iba a creer. Se enamoran conigo, le había dicho Carlos, y a él sí le creía con toda el alma. Esa era la única razón que la tenía desbotando todo su ambiente para marcharse quien sabe donde. La vajilla inglesa y los cubiertos de plata se los voy a llevar a la Ramita se dijo amañando la tetera abollada y un resto de platos salados y tazas sin crepa. También los puros de sábanas, que no pudo terminar se los dejaba a la Rama que había sido tan buena. Y sobre todo la radio, su querido y viejo radiito musical. Eso sí que iba a echar de menos. Y allí en el aire quieto del agua necesitó alguna melodía para amortiguar la pena. Entonces encendió el artefacto, que chischaronlo transmita nuestras noticias.

INERTE EL COSO SON LOS ESFUERZOS DE LOS SERVICIOS DE SEGURIDAD PARA DAR CON EL PARADERO DEL GRUPO TERRORISTA QUE EN

EL DÍA DE AYER ATENTÓ CONTRA LA VIDA
DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. SE
ESPERAN PRONTAS DETENCIONES EN LOS
ALLANAMIENTOS QUE SE EFECTUAN EN LA
ZONA SUR DE SANTIAGO.
INFORMO LA DIRECCIÓN NACIONAL DE
COMUNICACIONES DE GOBIERNO

Fue un milagro de la Virgen lo que salvó a mi marido, se explicaba a los periodistas la mujer del Dictador, señalando el vidrio astillado del Mercedes Benz, donde aseguraba que se distinguía la imagen de María Santísima en los resquebrajados de las tablas. Pero que Virgen? preguntó una joven corresponsal de Radio Cooperativa. Como que Virgen? Usted es una la Virgen del Carmen pues la Patrona del Ejército. Qué otra Virgen podía ser. No se fija que se ve clara la imagen con el sol en brazos aquí en la ventana del auto. ¿O usted es ciega? ¿Y que piensa hacer con el vehículo? preguntó un periodista español. Lo pondremos en exhibición en algún lugar público para que la gente venga a agradecerle a la Virgen por haber salvado la vida del Presidente. La improvisada conferencia de prensa que daba su nombre se realizaba en el patio de la casa, justo bajo el dormitorio desde donde él escuchaba sin querer escuchar. Más bien, deseando hundirse en el cubo hondo para olvidar el castaácter de sus diálogos. Todavía no se recuperaba del susto y al cerrar

los ojos aun las cenizas de la pólvora nevaban sus pestañas canosas

¿Cómo se siente el Presidente ahora, señora Lucia, después de lo ocurrido? preguntó la joven por el sala de Radio Cooperativa. Y como creer usted que puede sentirse le contesté mirándola con sus ojos maquillados de azul. Mal pues. Si no fue un juego, no ve que castro maian. Pero Augusto es fuerte, él tiene una formación militar que le ayudara a recuperarse. Ustedes habían pensado que podía ocurrir algo así?, insistió la niña con sana curiosidad. ¿Hunde esuido periodismo usted, señora? que pregunta tamaña tontera? ¿Cree que son los magos para adivinar el futuro? preguntó usted que soy una bruja que sabe lo que va a pasar. Una de bruja tenía esa vieja, pero a ella guardando la grabadora visiblemente avergonzada, mientras la Primera Dama la enseñale un desprecio invitaba a los otros permitistas a tomar un refresco. Algo de bruja tenía su mujer reflexionó el Dictador arrojándole a su cama recordando sus recomendaciones de mal agüero inspiradas en el Libro de Gonzalo. Desde ahora le haría caso, tomaría en cuenta sus opiniones y era posible que arrojara a su maraichito asesero consejero del gobierno. Los papayos le pesaban una botaada, pero le quería dormir se aterraba que diese su vida en oscuridad. Pero inevitablemente el mundo arastaría pendiente abajo, temblas abajo, como

una boca negra que lo chupó en la inconsciencia del maruj. La noche de su dormir era espesa, pero pronto una huera de punas luminosas comenzó a subir desde el fondo, también los sonos de la «Marcha Erika» le llegaron en el arstineo lejano de las marimbas. La columna de antorchas subía el cerro Chacaritas hasta la cumbre, donde él, con uniforme de gala, esperaba a los setenta y siete jóvenes artistas e intelectuales que cada año condecoraba en esa fecha aniversario de la batalla de La Concepción. Respiró hondo, hinchándose espesamente de orgullo, al vez de cerca a sus cadetes vestidos con el uniforme azul y rojo de la Guerra del Pacifico. Se veían tan gallardos silbando su himno predilecto bajo el resplandor anaranjado de las antorchas. Entre ellos había jóvenes intelectuales, escritores, poetas, pintores y músicos, regalos para esta nominación. A la luz temblorosa del fuego distinguió al camarada de la Nueva Olla José Alfredo Fuentes, que ya no era tan joven, pero todo el país recordaba su éxito «Le perdí». Mas a las pudo ver a la tibia Andaca Jessa, que en sus cumpleaños se alegraba cantándole «El rey», qué bonita era esa chiquita, quien fuera joven. A su lado reconocía al animal de César Antonio Santos, el mito maravilla de la tele, y detrás a Julio López Blanco, el poeta de las noticias que lo vitoreo emocionado con un «Salud y gloria al Presidente!». Le respondió el saludo amable, pero cortante.

e cargaba ese personaje tan ebuscado y chupamedias. Pero había otros más rebeldes, como ese rockero Alvaro Scaramelli que se atrevía a venir con las mechas largas, tan diferente al joven cucunista Carlos Jaura, que pensaba a la gnomana y de correcto tertulogno esperaba con humildad la distinción. El único que faltaba era el poeta Raul Zurita que, sin ningún reparo, había rechazado el premio. Mejor que lo ese aquí, ese comunista de mierda que se cree Neruda. ¿A quién se le habrá ocurrido nombrarlo. Lo único que faltaba por decir cuando a mí me vista.

Ah, uno a uno, los homenajeados iban pasando frente a él y recibían agradecidos la paliza al mento que le ponían en sus sienes. Primero fueron los cantantes; después los pintores, periodistas y escritores. Y luego no esperaba la larga fila de cadetes correctamente vestidos con el uniforme de Séptimo de Línea. Y a cada uno miraba como no padre engancha de y la dorada insignia en el pecho. El gesto se fue haciendo más cariñoso a medida que desfilaba la columna al compás vibrante de los tambores. Y cuando llegó el último chico de uniforme, sobresaltó la voz aflautada del muchacho diciéndole: ¿Qué tal, Presidente? Era el mismo marposelero que había mandado a expulsar de la Escuela Militar. El mismo colquinto que ahora lo enfrentaba sonriendo, desabotonándose la guerraca, desnudándose un poco los brazos en un negro sostén de encaje para recibir la

medalla. No me vaya a clavar mi General le decía burlesco. Un marco de furia lo despertó ruidando hiel por los dientes. Por suerte había sido un sueño y por suerte desperté porque si no, me acrimino con ese degenerado. ¿Qué te pasa, hombre? ¿Que estas diciendo? Apuesto que otra vez no te tomaste el tranquilizante que te dejó el médico, le decía su mujer retorciéndose la boca frente al penador. Con tanta pregunta de los periodistas, se me corria todo el maquillaje.

LA CASITA ESQUEMÁTICA de tres pisos era una cuenca sin vida en ese amanecer en que la Loca del Frente no había pegado los ojos tratando de borrar sus huellas de cada rincón, quemando papeletas con números de teléfonos y direcciones, batiendo pisadas, lanzando los vidrios, por si alguna marca dactilar era descubierta, y recién en la mañana pudo respirar tranquila con sus cosas más afectivas embaladas en dos grandes paquetes. Entonces encendió un cigarrillo y subió al altillo para ver ese horizonte gris con los ojos de un desahucado. Y sentada frente a esa perspectiva, dejó escapar un gas de hiumo, preguntándose: ¿Cómo se mira algo que nunca más se va a ver? ¿Cómo se puede olvidar aquello que nunca se ha tenido? Tan simple como eso. Tan sencillo como querer ver a Carlos una vez más cruzando la calle sonriéndole desde allá abajo. La vida era tan simple y tan estúpida al mismo tiempo. Ese paisaje de ciudad en ciento ochenta grados era la escenografía en cinescopia para un necio tal. Como el tubo a gustado ahora en ese momento sobre el cielo.

plano de las lágrimas en un velo sucio cayendo como un blando y lluvioso telón sobre la ciudad también sucia. Como le hubiera gustado que toda su enjuagada pena rodara fuera de ella en al menos una gota de amargura. Sería más fácil partir de allí quizás un pequeño charco de llanto, una mínima poza de aguada tristeza que ninguna. Ni pudiera identificar. Porque las lágrimas de las locas no temían de identificación, ni calor ni saber ni regaban ningún jardín de ilusiones. Las lágrimas de una loca huacha como ella, nunca vertían la luz, nunca serían mundos húmedos que recogieran pájaros secos, es de páginas literarias. Las lágrimas de las locas siempre parecían fingidas, lágrimas de un leve llanto de pasajes, lágrimas respasadas por la cosmética de la chiflada emoción. La ciudad a sus pies, aclaraba relambrecida en los respuntes del mundo sol. Esa mala de oro se iba espaciando por el oleaje de techumbres careadas de miseria. La lluvia del reciente invierno había lavado las superficies de zinc donde relucía ese ureado calor. Desde arriba iba su rudo al doblar la esquina y luego detenerse su rudo frente a la casa. Es hora de partir, mamá, se le vino a sí mismo, trayéndole un beso al ayer que evaporaba su adios en el herido remanso del amor viejo.

La Rana no esperaba esa visita tan temprana. La rana había entrado en la puerta, arrebataada por unchal. ¿Que pasa mamá? ¿A esos bulios? No

me digái que te echaron de la casa. Mira, Ranta, ahora no puedo explicarte nada, pero te quiero pedir que me guardes estas cosas, estos son unos trabajos que no pude terminar, hácelte cargo tú y entregalos, porque unos pesos no estan de más. Te dejo mi radio para que te entretengas, y lo demás ocupalo si te hace falta. Pero qué güevá, nina, pasa y siéntate por lo menos para que me cuentes de qué se trata esta chifladura. ¿le volviste loca?, ¿dejar esa casa tan linda. La bocina del auto interrumpio la charla. ¿No me vai a decir que te rapta el hombre? No, nina, nada de eso. Ojalá fuera así, agrega fragorizada por un suspiro. Pero en tot es, acá es la razón. dijo la Rana tomandola de brazo. Yo no te dejo ir, maricon, si no me das un motivo por lo menos. Tengo que hacer una manita es cosa de vida o muerte. La bocina del auto volvió a interrumpirlas. No entiendo, no puedo comprender en que güevadas andái metida. No importa Ranta mejor así contestó a Lorea del Frente, zafandose y dandole un fuerte abrazo y un gran beso sobre el palpito. ¡ah! ¡ah! de su gran amiga. Manu Rina, con un se decia con cariño. La hermosa cola matrona que en el marco de la puerta la despedía con sus dedos acalambrados de frío. Ah la vio empequeñecer a medida que el auto se alejaba de esas paredes. Es muy amigo mío. supongo que no le habia dicho nada. interrogó la mujer sentada a su lado. Y si le hubiera dicho ¿qué? ¿Acaso ustedes

no creen que hay gente como yo que puede guardar un secreto? ¿Tern que todos los maricutas somos traicioneros? replicó la Loca del Frente con las mejillas rojas de indignación. Pero no se preocupen, yo le dije nada, solamente para no comprometerlo. Ni se enoje, agregó la tal Laura, arreglándose la peluca cobriza que la montacrea le daba otra identidad. Nos queda bastante que via al juntos, porque yo lo voy a dejar hasta su destino, mantengo la mujer con diferencia, así que por lo menos hagamos agradable el trayecto. No le hizo caso, algo manía le gustó de esa niña con aires de sargento, y no era solamente por cosas tan poco porque era joven y preciosa. Era algo más, cierto esfuerzo que la cabra hacía por ser amable. Y estaba segura que si no fuera por la inseguridad que sentían con el escañal Laura la dejaba honada ahí mismo, en la mitad del camino a Vina del Mar, porque hasta raso el vehículo había tomado esa ruta. Lo pudo ver en los avisos, anuncios que pasaban y se olvidaban como ga a frivola en escañal, como de desgana. Me va a hacer bien un poco de sol marino, estoy tan pálida.

Cuando estuvieron cerca de la Ciudad Jardín, la humedad mancha del vestido le despertó las nalgas mechas. Puede abrir un poco la ventanilla por favor. Laura le hizo caso, pero sin tenerlo, e a realidad no habían pronunciado palabra en todo el camino. Ni el otro el chico que manejaba. Había sido un viaje tenso y

en cada parada de peaje Laura prendía un cigarrillo y luego lo apagaba casi sin fumarlo.

Viña del Mar apareció de pronto en un recordo con sus mansiones mediterráneas. La Lucha del Frente nunca había estado en ese balneario de turistas y gente linda. Pero en esa época, y a esa hora de la mañana, solamente se veían empleadas domésticas haciendo compras, estudiantes rubios con sus uniformes de colegios católicos, más alguna anciana invalida tomando el fresco en las pergolas jarrineras de los palacetes. Se parece a una película antigua de la costa francesa pensaba recordando el milagro de esa primera vez que se encontró con el mar proleta de Cartagena cuando toda la población de su infancia se encaramó a un tren, gratis y por iniciativa de Mano Palestro, el alcaide de San Miguel que le legó a toda su fortuna un cha de playa. ¿Por qué había sido ese caballero y que lastima que estos hijos le hubieran exhalado. ¿Qué de Carlos tenía ese político de bigotes mexicanos y sonrisa generosa. Y a propósito, ¿cuándo me voy a encontrar con Carlos se nota dijo alzando la pregunta alta y exigente. Recuerde que ese fue el trato. La mujer sonrió con la boca torcida mirando al chófer. No se preocupe, nosotros nos encargamos de eso... Pero... Contie en nosotros, la interrumpió la chica con firmeza. Y ahora escúcheme con atención, agregó como una profesora que le habla a una niña, nosotros lo

vamos a dejar en un bar frente a la playa. Usted va a entrar solo y se sienta en la primera mesa de la izquierda. Pide un café. Yo no tomo café porque me hace mal para la uzeera. No importa, entonces pida una bebida. No hable con nadie ni le pregunte nada a nadie. Y allí espere. Esperar que... Que la pera caiga. Quedese tranquilo y haga lo que va le digo, mismo Laura, tomándole el brazo con amabilidad al tiempo que el auto se detenia frente al local. Muchas gracias por todo y disculpenme si en algún momento he sido maleducada. Usted sabe que vivimos juntos tiempos difíciles.

En un segundo la voz de la cineca se fragmentó conectándose con alguna parte suya, como si en ese momento se asomara en ella el desagravio de la emoción. Y después de darle un beso en la mejilla, el auto se perdió en la costanera. Y allí estaba ahora frente a ese bar con sus pocas pilchas en un bolso. ¿A si todo había sido una broma? ¿A si esos guerrilleros se habían leshecho del maricon trasladándolo de ciudad y punto... sin dejarle ni un peso porque ahora que se registraba los bolsillos era en cuenta que no tenía su para hacer cantar a un coque en esa playa de ricos.

Entonces escuchó la voz del mozo que amablemente lo invitaba a pasar. Y no le quedó otra opción, ya que el muchacho cogió la bolsa de su equipaje y casi arreandola lo introdujo al cagante bar. ¿Le gusta en la primera mesa

de la izquierda para que vea el mar?, le preguntó con un levísimo tic en sus pupilas brillantes. Y en realidad, desde allí, la ondulante seda marina extendía su capa cobalto unto al meridiano del firmamento, tan azul, tan bellamente azul que parecía otro país, un país de cuento donde no pasaban las atrocidades que se escondían bajo la alfombra. ¿Que se va a servir?, dijo el joven mozo con su voz cantante. ¿No tengo con que pagar? contestó ella con tímido rubor. No se preocupe, es una atención de la casa. Entonces un agente marcó al Camgas. Sí, por favor, muchas gracias.

En la costanera que bordeaba la playa, un largo tacho de vehículos eran revisados por infantes navales que, con metralleta en mano, pedían documentos, encanonaban y detenían sospechosos. Ella no tenía documentos, nunca había usado documentos, y si venían a pedirle los, les contestaría que las estrecheces no usaban esas cosas. A pesar de todo, estaba tranquila, tan serena y en zé gada al placer de la brisa que pegó un salto cuando una voz en su oído susurró: ¿Tienes miedo torero?

Voy a dormir tres días seguidos cuando lleguemos a Cerro Castillo, con tanta neura me salieron patas de gallo hasta en la lengua. Mira cómo tengo la piel, parece un papiro egipcio con la preocupación. Y esas cremas grasosas las que

hacen ahora no son ningún remedio. Fíjate como salgo en esta foto del diario. Mira las bolsas que tengo debajo de los ojos. Por suerte es hoy no este titular: LA VIRGEN SALVA A PRESIDENTE. ¿No crees que deberías mandar a construir una capilla en el lugar del atentado? Porque no pensarías vestirme de café por seis meses como los cabros chicos cuando hacen una manda. Aunque con ese uniforme plomo parece que siempre andayeran de manda. Nunca se te ha ocurrido Augusto, que los uniformes podrían ser de distinto color para cada estación del año. Si ya se que estas pensando que soy fevola, pero no es mala idea, se verían tan lindos los chiquitos de la Escuela con trajes color sandía en verano, con amarillo miel en otoño y bueno el mismo color gris burro para el invierno. Me das que estoy loca por pensar así, pero me puedes negar que siempre tengo razón. Si me hubieras hecho caso, no habría ocurrido lo que pasó. Mira que andar con ese batallón custodiando te era evidente que los terroristas te seguían los pasos por todos lados. Ahora la seguridad se usa más discreta, hombre, sin helicópteros ni aviones. Apenas tres autos sobrios de comitiva te rodean ahora. Viste que nadie se dio cuenta que estamos en Lima. Ningún periodista te fotografiaba siguiéndonos con sus cámaras. Y si yo quisiera, me podría bajar de momento a tomarme un té fresco aquí mismo, en aquel barcito tan modesto que pusieron allí en la costanera.

Como por milagro, Carlos apareció en el bar riendose con su teclado delicioso. Príncipe dio ella sofocada, usted nunca deja de sorprenderme. Es mi deber, alteza, la rutina la pone triste. No solo la rutina, príncipe, también su ausencia, y bajo los ojos para que la tormenta del amor no le ahogara la mirada. ¿Me permite sentarme y hacerle compañía. No talaba más dijo ella dramática. Pensé que nunca más te iba a ver, agrego después rompiendo el juego. No habíamos de eso ahora, murmuró Carlos, tomándole la mano bajo el mantel de la mesa. Tenía tanto miedo, Carlos, que... Shit, no sigas, conversemos de otro tema. Pero... Pero nada, tenemos poco tiempo y debo informarte algunas cosas. No me importa ninguna información si vez es contigo. Yo también, pero ahora salgamos de aquí porque esto está lleno de sapos. Con una seña, Carlos se despidió del mozo, y cargando los paquetes de la lona apurado la invitó a salir.

Afuera, en la playa, el tibio aliento de la mañana sostenía el planear de las gaviotas, parecían que esbozaban fugas en el mapa del aire. A lo lejos, la caravana de autos seguían siendo revuados por los infantes de la Armada.

Vámonos a otra parte, dijo Carlos nervioso haciendo parar un taxi. Siga derecho hasta Valparaíso, vamos a Laguna Verde. Pero el camino está cortado. Entonces siga por arriba. Nos vamos a demorar un poco. No importa, no tenemos apuro. En el trayecto no hablaron ni

una palabra y cada vez que ella mentaba de
algo. Carlos la enmudecía con un gesto de su
boca. Pero que importaba hablar en ese mo-
mento, lo tenía a su lado, su perfil moreno, su
juventud nerviosa en el sutil temblor de su ros-
tro tan próximo, tan cerca, que veía resbalar
por sus sienes una gota turbia de preocupa-
ción. Al llegar al puerto frente al monumental
edificio del nuevo Congreso, un senador de-
tuvo al taxi. ¡Qué guevada tan fea, parece un
hospital de la política, le susurro por lo bajo a
Carlos que, conteniendo la risa, le hizo una se-
ña reiterando el silencio.

La breve comitiva presidencial va subiendo por
la calle Cerro Cavallo. Mira Augusto desde aquí
se ve el Congreso de Valparaíso. Parece un chis-
te que mandarías a construir un edificio tan bo-
nito para esos políticos que te odian. Por que
no te olvidas de ese proyecto y lo conviertes en
una honra cinco estrellas. Porque no piensas
lamar a elecciones. Imagínate que perdamos,
cómo malagradecidos que son los chilenos.
Imagínate que esos marxistas gaiten y ocupen
esa maravilla de Parlamento.

Al irnos, en la concavidad del calanpeteo
porteno, las altas torres del Congreso se erigen
flamantes en su moderna arquitectura. Esa
construcción larvónica es a su gran orgullo
nada más que la Carreteta Austral. La posteridad

lo recordaría como a Ramsés II por esas ciclopeas obras. Pero tal vez su mujer tenía razón al pensar que en una posible elección esos toros podrían ganar y de una patada en el trasero lo iban a sacar del Congreso. Lo único que ella no sabía era que un artículo de su nueva Constitución lo designaba como senador vitalicio hasta el fin de los tiempos. Respiró más tranquilo, viendo cómo las torres majestuosas se recortaban en lejanía, y recordó que hacía poco tiempo su mujer le había insistido que se apresurara los avances de la construcción. Maldito día en que le hizo caso porque al llegar la comitiva, cuando él se bajó del auto presidencial, rodeado de guardaespaldas, fotógrafos y periodistas, escuchó un griterío en el alto de la obra gruesa del edificio y pensó temeramente que los obreros lo vitoreaban desde los andamios, pero eso contestó el saludo alzando las manos, pero al poner oído escuchó con atención: PINUCHO, VEJO CALIADASEMNO Y LUMINAL. La rabia fue un calor que retrocedió su cara, lo sacó de quicio y arreciaron los golpes en la cabeza: los desdichos a guapeado: BAJENSE DE AHI, GÉVENSIS DE MIERIA, SI SE ATROVEN, VENGAN PARA ACA SI SON TAN GALLITOS, RITOS DESGRACIADOS Y MALA RABBITOS. Fue un bochorno una vergüenza que por desgracia apareció por televisión a todo el país. Y esos tarados de Seguridad ni siquiera pudieron echar a ninguno de esos patpelados que desaparecieron en los ventucos del enorme Parlamento.

Al igual que los terroristas que habían atentado en su contra. De seguro, ahora andaban por ahí y habían sabido de Chile por los muchos pasos cordilleranos. Bajate pues hombre que va legamos, es ocho que le decía su mujer desde el enorme prado de Cerro Castillo.

La bruma marina les pegaba en la cara su aire muy refrigerado. Hasta un rato que habían salido del centro de Valparaíso y ahora el río serpenteaba por los acantilados de basura acumulada en la espalda del puerto. Pero que horrible lugar parece el pasaje de *Cuchies horribles*, comentó la loca con pavor, encogéndose en el asiento. Esperate un poco que legamos, es realmente hermoso. Chala pues, loca, porque hasta aquí todo es sinuoso. Y des más de unas cuantas curvas aparece a la abajo el ojo de selva mar llamado Laguna Verde. Ella continuó la exhalación. Carlos, este niño es precioso, no parece Chile. Viste, viste dije, lo que pasa es que los chilenos no conocemos nuestro país. Así es pues, amigo, agrégate chofer entusiasmado bajando a pendiente hasta llegar a ese paraíso de playa. Le ve espuma que se encaja tras la marca en moldeaje de arrastre. La aureola de arena contiene ese perpetuo golfo como una cucharada de azul turquesa y transparente. Un pequeño poblado de cuatro casas urbanizaba cual ese

pedazo de costa, pero no se veía nadie en el éxtasis mágico de la escena.

¿Puede venir a buscarnos a las cinco?, le preguntó Carlos al choter, escurriéndose un billete por el costado de viaje. Como no, sonrió el hombre aspirando a bocanadas el reflejo salado. Los recogió aquí mismo. Claro que sí, agregó echa- ro tra ando los bultos de la loca que miraba en el oceánico drapado por la brisa. Y de pronto echó a correr como una chicuela al encuentro del encaje blanco que alisaba la playa. En la agitada carrera se quitó los zapatos y soltó los pinches imaginarios que sujetaban su desonda cabellera. Quería que ese pasaje la envuera a la abrazara, la colmara, refrescándole el ardor quemante de su alma en presa. Y Carlos fue una cola unca de lola, sumándose irresponsable a ese effavo amoroso. Y tras tanto justo cuando una ola enana le encadenaba los pies, y fue doble abrazo. Fueron múltiples caspe trasas de agua que chispearon la caída porque cayeron multitudos y cuando luchando y rodando por la arena como dos niños que por fin se encuentran, dos chiquillos que jugando a la agresión disfrazan la caricia brusca que urge tocarse, anular ese abismo masculino de arenal y océano. Y ahí quedaron acanzantes uno al lado del otro como dos garabatos de cuerpos extremados en la playa desierta. Y si la mirada abyecta de la guvota que sarcaba la altura hubiese sido un amara de cante, la visión circular del papajo sobre

a había, les habría regalado un mundo. Si pudiera morir antes de despertar, dijo ella espi-
cándole cada palabra como si leyera un respon-
so. Si fuera así, princesa, yo viviría en su sueño
para siempre, murmuro Carlos a su lado, con el
lente del cielo ahismándole los ojos. Usted
siempre habitará mis sueños, y se ocultará en
el ramaje de mis pestañas para que yo lo des-
cubra acechando con pena el varén de mi eter-
no dormir. ¿Cómo usted puede futurizar mi
gran dolor, princesa? dijo Carlos sintiendo co-
mo el vaho de su boca escribía el daldago en el
telón del firmamento. Porque usted, princesa,
sura el elegido que cierre la rotina de mi uni-
ma ilusión. Es un gran honor, alteza, pero es
tan triste. Y que importa, no hay otro color que
me vista de por la cabeza la tarde del adiós.
amor, con lujo ella dejando que la sílaba final
del amor anillara el eco de su voz. Y sacudién-
dose la arena, se puso de pie y cambio de tema.
Tengo hambre, Carlos. Donde vamos a almor-
zar. Por que no hay nada, pero mira, ahí se ve
un almuerzo donde podemos comprar algunas
cosas. Anda tu solo, mientras tanto voy por la
mesa. Y Carlos volo por la playa, dejando la es-
tela de sus pies moldeados en la arena. ¿Por
que tuve que conocerle... se pregunto la lora
mirándolo desaparecer. Pudimos no habernos
enizado nunca, siguió hablando sola mientras
iba caminando hacia donde Carlos había deja-
do sus bultos. Y con nervioso ademán desartro

uno buscando algo precipitado rabiando exclamando. ¿Donde mierda había rabiado aquello? Y lo encontró, desplegando la nueva bandera del mantel bordado de pájaros y angelitos. Carlos regresó en un santiamén cargado de paquetes. Y se quedó embobado mirando el mantel, las servilletas y el ramo de flores silvestres que las marcos de la zoca habían arregado en unas conchas de mariscos.

¿Qué elegancia!, suspiró el chico con admiración. Usted princesa de la nada construye un reino. Hay que tener dignidad para vivir, señor cochero. ¿Qué trajo para merendar? Solo encontré pan de Andalucía, princesa, quesos de Suiza y un buen vino chileno para brindar por los dos. Pero qué atrevimiento, ¿acaso no sabe usted que me está prohibido brindar con la servidumbre? Pruébelo, mi señora, dijo Carlos destapando la botella y verá que este tipo revolucionario hace olvidar las clases sociales. ¿Qué te embriagarme cochero para hacer de mí lo que usted quiera — exclamó ella empinándose un sorbo. Ve que ahora somos iguales, amiga princesa. Y si somos igual es amigo cochero, ¿por que no siento la canchaca de su amor rebalsando este momento? No culpe al amor, amiga princesa y déme un traguito para compensar su decepción. Ella sonrió alocando en sus labios una mueca burlesca. No alcanza a ser decepcion, querido amigo. Nada más que darse cuenta que una hora a ton a de amor siempre

estara dispuesta a ser engañada. Utilizada y
de que su voz descendiera por una escalera
de palabras y en el último peldaño su decir se
quebro tambaleante. Cuando se juega al amor
siempre existe el riesgo de equivocarse. Siguo
recitando como sonámbula, sobre todo cuan-
do hay muchos que no saben jugar y finalizo la
frase apuntando a Carlos con una mirada ac-
satoria. (Que dije que te molestó.) Nacla, linda,
no te preocupes por un momento mi deje lle-
var por este cuento estúpido. Y para cambiar de
tema, cuéntame... ¿como fue que arrancaron
después del atentado. No digas atenado por
que no fue eso. Y como le digo entonces? Im-
buscaila, al menos Carlos con las cejas parras. Me
perdonaras pero yo no acostumbro usar pala-
bras de cowboys. Agrego la loca pensando aun
más la escena con un acento de ironía. Llania-
lo como queras entonces, pero acuerdate que
tu también tuviste que ver en esto. ¿Ah, sí? No
te puedo creer cuando es evidente se acuerda
de ti y cuando no se deshacen de una como tra-
paviejo. Esa no es la idea, no te interpretes el
to Carlos con una seriedad desconocida. Te es-
tamos protegiendo. ¿No será que se estan
protegiendo ustedes? porque siempre diala-
ron de mí. También es posible, no te lo voy a
negar. Que bueno! Por fin lo reconoces. No
me pongas palabras en la boca, no quise decir
eso solamente que te estamos muy agradecidos
por tu cooperación. Además a nombre del

Frente tengo que entregarte este dinero para alojamiento y manutención por lo menos unos meses, hasta que todo pase y puedas regresar a Santiago. A por que eliges ese momento para pagar mis servicios? No seas tonto, no es un pago, es un dinero que te va a servir. A lo mejor soy una loca tonta que confundí las cosas, dásela como una niña envolviendo su pena infinita. No te pongas así, no es para tanto. Tú sabes que nunca te voy a olvidar. Ya Carlos también lo embargó la tristeza, y sin saber qué hacer le tomé sus manos de papá mío y las besé con la lengua de mis labios morenos. ¿Cómo podría pagarte todo lo que hiciste por nosotros y especialmente por mí? Con solo tres palabras. ¿Qué palabras?, dijo él con cierta vergüenza en sus ojos de macho marxista. *Trago mucho torro.* ¿Qué más?

Mira, Augusto como se llena de panguito a la costa, y fíjate tú que todavía no es verano. Piensa que va a ser en pleno enero y febrero. No hay derecho. A ver va perdido el verano, ni siquiera tienen respeto porque aquí en Cetrú Castillo vive ranea el Presidente. En la soleada terraza de la mansión, la Primera Dama tomaba el palido calor embetunándose con cremas de pepino, rosa mosqueta y plácida menta. Se iba con sus privadas, es el oleaje de baristas zangoloteándose en el mar. Mira, oye, esas mujeres que no

tenen vergüenza de mostrar cas todo. Mira a lá ahajo esa gorda ordinaria con traje de baño amarillo a rayas negras igual al mío a esta mujer que no me regalaste. Toma los lentes miera' y fijate bien que es la misma mara a misma tela e mismo estampado. Que me muere aqui mismo de rabia y eja amarré e apuesto que lo mandare a comprar a Falasé la donde se viste todos estos picantes. Por suerte no e azal no con el rquideas blancas que me compro Gonzalo en Paris. Me lo voy a cambiar al tiro. No suporio un minuto mas esta porquer a que me hacer ver como la Abeja Maya.

Mientras su mujer raunada caminaba por el cespel hacia la casa se miro por detras el guelopotito cubreado por la celulitis y sonrío al pensar que en realidad se parecia a esa caricatura de una revision. Un bho are vino a relajade los msculos de la espalda todavia agotados por el recuerdo. Por fortuna todo habia pasado a exceptuando ese calambre de tension estaba tranquilo sabiendo protegido en esa fortaleza. El cielo era tan azul que todo Yna del Mar parecia protegido por esa lumbra cesa. Por eso se dejó engañar hostezando en ese placentero agolamiento. Allí no habia ningún peligro, alcanzó a pensar antes de cruzar la puerta del sueño. Allí en ese castillo enclavado en el cielo ningún terrorista podía atacar contra su vida. Excepto que vengan por el aire que se conengan un helicoptero y lo pillen ahí durmiendo tan

desprevenido. Entonces, el zumbido del mar a lo lejos fue rmando sus pensamientos con un creptar de helices. Y al poner atención, el metal traqueteo fue diferenciándose de los murmullos de la playa, se iba acercando, se iba haciendo cada vez más ruido su runcunear de maquina demoleedora. Pero el cielo de su sueño seguía siendo azul, tan azul como un vidrio de catedral que se hizo trizas cuando la ventolera del aparato rugió sobre la casa. Cuando hizo volar las revistas y el sombrero que su mujer había dejado en la silla de lona. Era un vendaval caotico que parecía tragarlo. En pleno espanto mismo a todos lados, tocó desesperado la campanilla de los sirvientes, ese pequeño chulhco de axil que se trago la vibrante terna del turacan, al igual que sus gritos, al igual que sus gemidos, al igual que la mueca muda que tajo su boca. Me matan, me matan, quería decir en el momento que abrió los ojos ante la cara de su mujer que todavía enojada le esuraba el frasco de medicinas E. heli, el heli, el helicoptero a la zona de ser en el desespero. No pasa nada, hombre, témate tus gotas, no seas gallina. Es el almirante Urrutia que viene a saludarte y como aqui no tenemos helipuerto, yo misma le dije que aterrizara en el jardín.

Fue un día maravilloso, suspiro, mirando a Carlos que se sacaba la arena de los pies mientras

ella doblaba el mantel. Si la vida fuera una película, solo faltaría que una mano intrusa encendiera la luz, murmuró dejando ir su mirada miope por los acantilados ensombrecidos en la perspectiva pronta del ocaso. En el espolón de una punta geográfica, Valparaíso encendía la tñara pobre de sus chispas. Mira, Carlos, el puerto parece una isla de fiesta que nos dice adiós. Pero Carlos no quiso levantar la vista, no quiso mirar, y siguió como un autómata limpiando sus pies de una arena invisible. Por primera vez se había quedado mudo sin responder, sin participar de esa poética hablantina que una vez más, y con tanto amor, y quizás por última vez, le proponía su loca. Mi loca, pensó. Mi inevitable loca, mi inolvidable loca. Mi imposible loca, afirmó leve mirando el perfil hermosamente verde azulado por un reflejo de pieamar. Mira, Carlos, ahora Valparaíso parece un barco de año nuevo en noche de carnaval. Fíjate que en la punta lleva enroscada una sirena, como esas que tiene Neruda en su casa. ¿Cómo me dijiste que se llamaban? Fíjate que ahora se prenden los cerros como chispitas, como un árbol de Pascua que se lo lleva la marea. ¿A ti te hacían árbol de Pascua cuando niño, Carlos? ¿Te regalaron un barquito alguna vez? Mira qué lindo, Carlos, ahora que se prenden las calles como guirnaldas de luces. ¿En Cuba hacen árbol de Pascua? Entonces Carlos alzó la vista y pudo ver a la distancia la isla enjoyada de La Habana

derritiéndose en un espeso lagrimón. ¿Te irías conmigo a Cuba?, la voz de Carlos pareció retumbar en su cabeza de cascabel. Y ella giró la cara y lo miró desgarrada por la pregunta. El silencio que esperaba la respuesta fue tan grande, que no necesitaron tocarse para sentir el minuto de la noche abrazándose en esa ilusoria eternidad. Toda la vida te voy a agradecer esa pregunta. Es como si me estuvieras pidiendo la mano. Ella rió al decir esto, y enseguida agregó con demacrada seriedad: No juegues conmigo, niño, mira que me lo puedo tomar en serio. Es muy serio, yo parto mañana y todavía puedo conseguirte un pasaje. ¿Y qué dirían tus compañeros de partido? Lo entenderían como parte del plan de salvataje. Todos los que participaron en esto están saliendo del país. Tu generosidad me conmueve, amor, y quisiera ver el mundo con esa inocencia tuya que me estira los brazos. Pero a mis años no puedo salir huyendo como una vieja loca detrás de un sueño. Lo que nos hizo encontrarnos fueron dos historias que apenas se dieron la mano en medio de los acontecimientos. Y lo que aquí no pasó, no va a ocurrir en ninguna parte del mundo. Me enamoré de ti como una perra, y tú solamente te dejaste querer. ¿Qué podría ocurrir en Cuba que me ofrezca la esperanza de tu amor...? -*Tu silencio ya me dice adiós*-, como dice la canción. Tu silencio es una cruel verdad, pero también es una sincera respuesta. No me digas nada

porque está todo claro. ¿Te fijas, cariño, que a mí también me falló el atentado?

La bocina del taxi trizó el silencio en que habían quedado los dos. Y en el mismo silencio recogieron los bultos y se encaminaron hacia el vehículo que los esperaba para llevarlos de regreso. ¿Recogiste todas tus cosas?, preguntó Carlos cuando estuvieron instalados en el auto en marcha. Y ella mintió afirmando con la cabeza. Mientras atrás en la playa anochecida en terciopela oscuridad, la marea se encrespaba arrastrando el albo mantel olvidado en la arena. Señor, ¿tiene radio este auto?, preguntó la loca con renovada coquetería. Sabe que no, me robaron la radio la semana pasada. Entonces no se preocupe, agregó ella, musitando bajito la letra ingrata de una añeja canción:

*Tienen sus dibujos
figuras pequeñas,
ancitas locas
que quieren volar...*



Pedro Lemebel

Tengo miedo torero

Pedro Lemebel desafía todo intento catalogador. “Irónico, sarcástico, salvajemente paródico, cursi, relamido, retorcido y, además, tierno, divertido y siempre intenso, abrumadoramente lírico”, este escritor dirige su mirada a un universo poco o mal explorado entre nosotros: “la identidad homosexual, la alternativa travesti y sus complejidades”.

Una historia de amor en el Santiago del '86, el año del atentado a Pinochet. Un muchacho del Frente Patriótico Manuel Rodríguez que va a participar en la acción, vive una relación sentimental con un homosexual, que lo apoya, sin saber-sabiéndolo, en sus planes políticos. Éstos fracasan y la ligazón se frustra. El escenario es exactamente el del año que pudo ser decisivo pero no lo fue: las protestas, los neumáticos humeando en las calles de la capital, los apagones; los boleros, rancheras y baladas de la época; Pinochet lidiando en la intimidad con sus fantasmas y sus pesadillas, y con una Lucía encaprichada con los últimos modelos de Nina Ricci; y la Loca del Frente, protagonista y testigo, personaje entrañable, puente entre los sueños y la desdicha.

Tengo miedo torero es el verso de una antigua canción española. Sus palabras sugieren, más allá de “su densa teatralidad” y sus ecos melancólicos, la interioridad recóndita de un país que, según lo define Lemebel, “sueña muy poco, sueña a crédito, no sueña lo imposible”.

ISBN 950-73-13516

